



ARCHIVO
Y BIBLIOTECA
NACIONALES DE BOLIVIA

NICOMEDES ANTELO

Gabriel René-Moreno del Rivero

**OBRA CUSTODIADA POR EL
ARCHIVO Y BIBLIOTECA NACIONALES DE BOLIVIA**

GABRIEL RENÉ MORENO

NICOMEDES ANTELO

NICOMEDES ANTELO

I

Una advertencia previa. Esta no es una vida de prócer. No hay empleos, mandos, títulos, honores oficiales, tiempos influidos y situaciones dominadas, todo con sueldo y por cuanto vos necesitasteis y habéis ambicionado, etc. No se engañe el lector. Simplemente le señalo con el dedo a uno que pasa cabizbajo por el valle de la vida, observando un poco lo consciente y lo inconsciente con que tropieza, sabiendo muy bien, en Buenos Aires, que el Congreso y el Ejecutivo no mandarían publicar con láminas sus borradores bajo el título de "Obras Completas".

Antelo vivió largos años y murió fuera de su patria, Bolivia. Había nacido en Santa Cruz de la Sierra (1). No logró pasar de maestro de escuela en Buenos Aires. La necrología no salió al encuentro de su féretro, para darle aquel vano y decoroso adiós, que algún sentido del corazón debe de tener en la indiferencia de los vivos, puesto que la espontaneidad de ese adiós no le está casi nunca reservada al que mora desprendido de extranjeros lares.

Hagamos, pues, por suplir aquí, con noticias fidedignas e impresiones personales, lo que allá, con el testimonio de sus labores, no alcanzara a merecer el pobre peregrino. Hagamos por imitar lejos y tarde esa resonancia del sitio y la hora, cuando el ambiente social se rasga con el peso de algo estimable que cae, y que cae desde el vértice del vivir rompiendo junto con los vínculos de la familia los vínculos del suelo.

¿Por qué no referido? Antes de topar con él por los caminos del mundo, en Buenos Aires, lejísimos de la tierra natal, Antelo había vivido treinta años en lo más caro y ameno de mis recuerdos infantiles. Puedo decir que su imagen reinaba en mi memoria con todos los prestigios de una fantasmagoría. Veíale raudo perderse valsando entre bullicioso torbellino de damas y caballeros en los salones de mi abuela matema en Santa Cruz (2). Dos estrados había, uno para los de mayor consideración y otro para los jóvenes. El estaba, como el coloso de Rodas, con un pie en el primero y con otro en el segundo. Era el héroe incomparable del clave, del violín, de la quena, de la guitarra, del canto, de la danza, de los chistes y del donaire juvenil.

Luego también, y esto es lo más importante, Nicomedes remedaba a maravilla con la voz o con la mímica a cada pájaro y a todos los cuadrúpedos de aquella zona intertropical; presentaba a sus amigas ramilletes de disecadas mariposas relucientes con los más peregrinos matices; echaba a cantar y danzar al son de su violín una compañía de seis tordos, dos maticos y un cardenal; hacía fumar cigarrillos a los murciélagos y caminar en procesion legiones de cucarachas con candelillas clavadas en la parte posterior; traía los bolsillos llenos de culebritas multicolores y asomaban algunas por la pechera y se deslizaban otras por el cuello de la camisa; una noche cantando, al volcar la foja musical de una canción de Rosquellas (3), pobló la sala de picaflores, luciémagas y moscardones.

En una palabra: Nicomedes Antelo era entonces para mí el hombre más extraordinario de la tierra. ¡Qué no hubiera dado yo por obrar uno solo de sus prodigios! ¡Con cuántas veras envidiaba sus habilidades egregias! ¡Cómo la admiración de su persona me hacía pensar en la gloria de igualarle algún día! Salir de esta niñez torpe en sus remedos del genio, para ser cuanto antes un joven tan original y brillante y aplaudido como Nicomedes, era la más vehemente aspiración de mi alma hasta la edad de trece años.

He aquí que a la vuelta de tanto tiempo podía volver a ver al semidiós. En cuanto puse pie en Buenos Aires le busqué. ¿A qué pintar la ansiedad con que aguardé el momento fijado para la entrevista? Lo cierto es, que aquella noción tan experimental y de sentido común sobre la caducidad de las cosas humanas, se mostró esta vez insuficiente para desbaratar en mi fantasía la radiosa figura que allí descollaba. Por eso la dureza de la realidad me quebró despiadadamente los ojos.

Encontréme con un vejete calvo, altisecho, barbas blanquizcas, a lo cabrón desde las mejillas, un poco descuidado en el traje, dos troneras que algo husmeaban abiertas desde una nariz corta y algo colorada, ningún vestigio agradable de la prodigiosa juventud; pero también, y es de justicia apuntarlo, ojos picarescos, caucásica fisonomía espectadora, ademanes francos, la ágil y enhiesta persona doblándose con negligencia a impulsos de la urbanidad, como hacia la época de las molindas se cimbran sin ruido, a la brisa, las maduras cañas en jugo y de tallo despojado y seco penacho. La modestia agraciada del garbo era lo único lozano que le quedaba.

Estábamos en el vestíbulo de mi posada, Hotel de París, entre muchos desconocidos. Me desentredé con emoción de sus brazos. Para disimular mi sorpresa corté en lo sano y le pregunté si no había olvidado aquella sublime trova al sueño que él cantaba a dúo con Ildegunda, la sobrina de la marquesa Toledo (4). Su respuesta instantánea fue ponerse a cantar con voz atenerada:

Cuando todos en su lecho logran
olvidar con el sueño sus males,
en el mío dolores mortales
para siempre tengo que sufrir,
que sufrir, que sufrir, que sufrir.

Sorpresa y risa de los circunstantes. Antelo, siempre como si estuviésemos solos, añadió gravemente:

-La canción se ha puesto un poco fea con el tiempo; pero en aquel entonces era lindísima.

Esto fue dicho con un candor infinito. Después, ¿sobre quién estarían las curiosas y risueñas miradas del vestíbulo?. Antelo seguía ignorando completamente lo que pasaba. Con acento de credulidad, llevado a la perfección, me dijo entonces:

-Los gustos, ¿no? Cuentan los historiadores, que no era precisamente muy melodioso aquel enorme cuerno guerrero con cuyos ronquidos se estremecían las montañas suizas, y se lanzaban a pelear y morir por la patria hasta los niños y los ancianos. Este trombón fue sublime durante algunos siglos. La canción de Santa Cruz tuvo sus días en que era bella apenas.

Al llegar a la parte sobre los ronquidos del cuerno, por un movimiento leve de cabeza, Antelo quedó en conversación directa con todos los desconocidos del vestíbulo. En seguida, volviéndose hacia mí y sin darme tiempo para invitarle a seguirme, habló con efusión y delicadeza de sí, de mí, de los suyos, de nuestra ciudad natal. En ese momento ya todos nos rodeaban terciando con interés en la conversación, como si fuesen nuestros viejos amigos.

II

Muchas veces me recogí a pensar cómo era Nicomedes Antelo. Clarísimo entendimiento libre, no bien equilibrado con el sentido práctico, y que discurría con curiosidad, por entre las cosas de la naturaleza, desde el punto de vista del más completo positivismo de creencias. Aversión a toda metafísica y aun a toda filosofía especulativa. Desapego de los afanes materiales de la vida. Del núcleo intelectual, empinándose en su talle la flor de una cordialísima ironía paradójica. El leño de esta hermosa planta nativa servíale a veces de espada para interminables controversias, que acababan acaloradamente y junto con eso perjudicándole en su camino.

¿Las reliquias de su ingenio? Fueron al viento arrojadas esas producciones sin paternal piedad. Pero no todas, no se han perdido todavía; viven algunas en la memoria de los que de cerca le trataron. ¡Quién hubiera podido obligarle a escribir algunas de esas cosas!. Otras están sepultadas vivas bajo la mole de la prensa bonaerense ya difunta*.

He aquí, no obstante, algo suyo por el momento, algo de su espíritu y algo de su pluma, algo que de paso he recogido, que si él viviera más tiempo acaso yo hubiera olvidado, pero que ahora querría guardar como una flor funeraria en la memoria.

Porque, entre otras cosas, ha de saberse que aquello único interesante que el ya citado Album Patriótico contiene (5) y fue debido a la pluma de Nicomedes Antelo, es una disertación sobre producciones y productos bolivianos, disertación que acredita estudios muy especiales y extensos sobre la naturaleza virgen y sobre las rudimentarias industrias del país.

El que haya leído el medio centenar de descripciones más o menos chatas del paisaje boliviano, cuántas son en efecto y cómo son todas esas descripciones, se detiene a recorrer las pinceladas relevantes del breve cuadro ofrecido por Antelo.

Este bosqueja más bien como observador utilitario que como contemplador embelesado; y, sin embargo, para poder bosquejar con tan espléndido vigor, no ha podido menos también que haber sentido con fuerza el tono supremo y la armonía íntima que dominan en la variedad complicadísima del inmenso panorama. Cordilleras, campiñas, ríos, nevados, valles profundos, mesetas, cascadas, arenales, florestas, páramos heladísimos, selvas intertropicales, el reino mineral, la flora, la fauna, el café, la lana de alpaca, el cacao, la quina, el indio humilde enclavado en la actual estructura republicana, etc.

Esto de no ver sino contornos gráficos, de no percibir sino fases que se pintan solas, de delatar sorpresivamente el meollo que se oculta entre confusas y difusas apariencias, no es, como algunos quisieran, un privilegio del artista plástico, que también suele ser una prerrogativa de quien está dotado de intuición científica. Su suelo nativo y la índole de sus estudios en el nativo suelo infundieron y desarrollaron temprano, en el espíritu de Nicomedes, el sentimiento expresivo de la naturaleza.

Hasta hace treinta años se enseñaban magistralmente en Santa Cruz cuatro cosas: a bailar, el latín, el amor y la historia natural.

Es la única población boliviana que no habla ni ha hablado nunca sino castellano; ha sido también la única de pura raza española, y se miraba en ello. La plebe guardaba eterna ojeriza al *colla* (altoperuano), al *camba* (castas guaraníes de las provincias departamentales y del Beni), y al *portugués* (brasileños fronterizos y casi todos mulatos o zambos). De aquí el artículo inviolable de doctrina popular cruceña:

***Los enemigos del alma son tres:
Colla, camba y portugués***

Era una república de mujeres, presidida en jiras, bureos, saraos, lidias de toros, corridas de cañas y de sortijas, juegos florales y de prendas, etc., por una beldad suprema, unánimemente admirada y cortejada, y cuya primacía de honor no duró nunca más de un lustro (6): La naturaleza regla allá este período de esplendor a la hermosura de la mujer. No hay lengua humana capaz de pintar aquel vergel de delicias. El general Vargas Machuca, que en su ancianidad deliraba aún por el paraíso terrenal, me refería con asombro en Lima: que llegó a Capua jovencito, y de un soplo una mañana se encontró viejo.

Cuando visitaron Santa Cruz los dos célebres viajeros franceses, D'Orbigny en 1831, y el Conde de Castelnau en 1845, véfase en los suburbios sin alteración lo que un intendente informaba al rey en el siglo pasado (7): hermosas andaluzas, solas en los bosquecillos a la caída del sol, yendo por agua como en la tierra de Canaán. Calcule el lector. Por lo que el magistrado dice de los sotos y espesuras donde estaban los manatales, imagínese la impetuosidad de los organismos humanos que poblaban aquella tierra venturosa.

"Sin embargo de haber tanta abundancia de ganado caballar y mular, no se valen de este auxilio para la conducción del agua; las pobres mujeres soportan este diario trabajo, cargando los cántaros en la cabeza, de que se siguen no pocos desórdenes por dar pábulo a la libertad de la juventud. Rodea la ciudad un pequeño y claro monte, que tienen que rozarlo de tres en tres años, para lo que se convoca el vecindario, cuya diligencia es tan precisa, como que, de no hacerlo así, se haría inhabitable".

años el vecindario su sencillez colonial, habían establecido en las costumbres una especie de fraternidad provincialista, que no excluía sino antes bien mantenía sin resistencia una ordenada jerarquía de clases en la sociedad. Todos, ricos y pobres, chicos y grandes, plebe y señorío, en siendo blancos, que lo eran todos los naturales, por privilegio distintivo de raza y excluyente de colla, camba y portugués, se tuteaban o voseaban, según los casos, y como no mediase el óbice sumo de dignidad, saber o gobierno.

¡Qué exactamente parecido, al Santa Cruz de ahora treinta años, lo que veo en un exquisito libro reciente sobre costumbres montañesas de España! Es un prodigio esta identidad. Hace pensar en aquel determinismo riguroso que Antelo solía atribuir a la sola eficacia de la raza, determinismo en la producción de ciertos fenómenos sociológicos muy complicados en apariencia.

"En pueblos como Cumbrales se sabe en cada casa lo que ocurre en las demás, y en salones como el de don Pedro Mortera, donde la familia cose y habla y reza, muy a menudo se oyen relatos harto más insustanciales y pesados que la amorosa cuita del hijo del alcalde; porque allí van los pobres a llorar las suyas, los atropellados a pedir consejos. . . y más de una vecina a remendar la saya, o a que le corten una chaqueta, o a que le escriban una carta para el hijo ausente. Además, los unos son colonos de la casa, otros han servido en ella, y todos se codean en la iglesia, en la calle o en el concejo. De esta mancomunidad de intereses y de afectos nace la íntima cohesión, algo patriarcal, que existe entre todas las jerarquías de un mismo pueblo, cohesión que no por ser fecunda en ingratitudes, rencillas y disgustos, deja de existir en lo principal, afirmada en el inquebrantable respeto de los de abajo a los de arriba, y en la cordial estimación de éstos a los de abajo. . .".

Afuera del Colegio de Ciencias, con sus seis años de asignaturas, cada uno perfectamente bien enlatinado, había cuatro "estudios" de latín a secas en la ciudad. Al uso andaluz, a todo presbítero se le llamaba "padre", y el *pae* Aguilera, el *pae* Velasco, el *pae* Bozo y el *pae* no sé quién tenían cada uno, en tiempo de Nicomedes Antelo, estudio gratuito en su casa bajo los naranjos y granados del huerto. Allí enseñaban gramática a una totalidad de cien muchachos; latín con 24º centígrados por la mañana, latín a la siesta con 30º, a la tarde latín con 33º. Ni faltaba algún canónigo que también lo enseñaba bajo el corredor a una docena de señoritos patricios. Debe suponerse que el ilustrísimo obispo tenía asimismo sus latinistas tonsurados.

Antelo encontraba que todo esto era todavía poco latín para una población urbana de 15 mil blancos, si se han de tomar en cuenta las necesidades de otros 15 mil blancos del cercado más inmediato y el natural instinto latino propio de la raza.

El cura Durán y el secretario del cabildo eclesiástico, Juan Felipe Vaca, se sabían el breviario de memoria. Basilio de Cuéllar y Gabriel José Moreno llegaron de Santa Cruz, a la Universidad de Chuquisaca, recitando de punta a cabo en latín la instituta de Justiniano (8). Ya antes de eso, en 1810, el doctor cruceño Lorenzo Moreno pasó tres horas hablando en latín con el arzobispo Moxó. El vizconde D'Osery (9), aquel naturalista que asesinaron en el Perú a orillas de uno de los afluentes del Ucayali (diciembre de 1846), secretario de la expedición del conde de Castelnau, oyó en Santa Cruz que de vuelta una tarde a sus chacos dos carreteros, los desnudos pies blanquísimos colgando del pértigo, sacaban a remate, en puja de buena memoria, una lista de los deponentes que van por *Utor*.

El coronel Mercado - "*el colorao Mercao*" la plebe le llamaba-, aquel infatigable guerrillero cruceño de la independencia, se murió en su casa de la manera siguiente:

-¿Qué deseáis, qué os gustaría, mi oro y mi rey? -le dijo con ternura al oído el viejo sirviente del solar en momentos que advertía en su amo un desasosiego indecible, que era la agonía.

-Que me saques de aquí este par de collas -balbuceó el moribundo, señalando al prefecto del departamento y al deán de la catedral, que eran cochabambinos.

Hecho, recitó el militar unos cuantos latines y se murió tranquilo.

Es cosa averiguada que antes de 1840, más o menos, casi todos los señores rezaban en latín, aunque como las monjas en el coro no entendiesen ni una palabra de lo que decían sus oraciones (10).

Tres años lo estudió Antelo por Nebrija bajo los tamarindos del cura párroco en Portachuelo. El día que entró al colegio en la ciudad, el profesor Juan de la Cruz Montero, el cual enseñaba con gran ciencia la lengua del Lacio por los métodos modernos, le preguntó en el silencio del aula desde la cátedra:

- ¿Y vos hasta dónde sabéis?

- Hasta partes grandes, señor - contestó el recién incorporado.

La carcajada fue general. Nadie entre los alumnos conocía la vieja división gramatical en partes chicas y partes grandes. Antelo llevó desde entonces en el colegio el apodo de *Partes Grandes*.

Vencidas las humanidades, sepultó Partes Grandes su latín. Así y todo, en Buenos Aires, largos años después, no era Antelo hombre que se aterrorizase demasiado delante de un trozo de poesía latina. El sonido de las palabras y la estructura de la frase tenían la virtud, cuando menos, de infundirle vehementes sospechas, y de hacerle concebir presunciones gravísimas sobre aquello de que allí se trataba.

Sus preferencias durante los cursos se manifestaron en favor de la historia natural, y una circunstancia favoreció en él esta afición aun antes que el ramo figurase en la enseñanza del Colegio de Ciencias.

D'Orbigny fue un ilustre geólogo; y, más bien que botanista era zoólogo aventajado. Justamente dentro del recinto zoológico se posesionó de la anatomía comparada, que acababa de instituir Cuvier, y dentro de ese mismo recinto encontró a sus pies una escala altísima y un pozo profundo: por la escala se subió hasta la antropología general, y por el pozo bajó a las honduras de la paleontología. Sus libros botánicos y zoológicos y sus manuales de disector y dibujante naturalista quedaron en Santa Cruz el año 1832. Algunos jóvenes cruceños se apoderaron de ellos con ardimiento. Bajo su dictado se entregaron a estudios prácticos de primera-mano en ambos reinos de la naturaleza. Y, ¡qué naturaleza la de Santa Cruz! Tuvieron séquito, y formaron escuela o si decimos un grupo de estudiosos muy entusiastas, que leían pacientes en la noche y observaban curiosos en el día.

Antelo entre ellos. De aquí un dicho suyo:

"La zoología de 1831 era una gran zoología, una narración descriptiva muy bien documentada, si bien dejaba mucho por analizar o para meditar más tarde. Los que temprano nos abrazamos con ella a campo raso, no hemos hecho después antesala para asistir, bajo techo, a las bodas actuales del microscopio con la fisiología. De un tranco hemos entrado en el palacio anatómico de la vivisección, palacio unido hoy al de la disección, como unidas están las Tullerías al Louvre."

Ya no pensó, salido del colegio, sino en la flora y en la fauna de aquellas selvas y praderas, alumbradas por las llamas del sol, cobijadas por los torrentes de las nubes. Perdíase de la ciudad meses y también años persiguiendo pájaros y cuadrúpedos y reptiles, rebuscando plantas y flores peregrinas. Hízose disector y dibujante. Acompañábale su cuñado Félix Sanmartín, argentino. Recorrieron de norte a sur y de este a oeste el Oriente Boliviano. Ellos formaron juntos la colección cruceña que hoy se admira en el museo de Buenos Aires.

IV

De Sanmartín he dado noticia en el número 1.375 de mi catálogo impreso con el título de *Biblioteca Boliviana* (11). El traje consigo a la Argentina en 1859 a Nicomedes Antelo, a

quien amaba y de quien no quería ya separarse.

Pero el corazón del hombre se quedó por entero en Santa Cruz. Antes que boliviano Antelo era cruceño. No quiso renunciar esa nacionalidad porque Santa Cruz era de Bolivia, siéndole con todo apetecible que la región oriental no fuera de nadie sino de sí misma. Era capaz de estarse hablando de su tierra natal los siglos de los siglos.

Paseábamos un día festivo de 1882 por los jardines del Elíseo a orillas del Plata. Estar lejos de la greguería de la escuela era para él la suprema dicha, como fuese disertando sobre ciencias biológicas, lenguas y razas americanas, sociología positivista y moral evolucionista; sus ramos favoritos y acerca de los cuales no era difícil advertir que poseía conocimientos seguros y extensos. Hablaba de botánica cruceña a punto que pasábamos codeando a un señor que contemplaba un hermoso arbusto florido. Antelo esa tarde estaba lleno de ciencia y no veía otra cosa que la ciencia.

-Las mulatas del colegio tenían allá uno casi giganteo -dijo al desconocido poniéndole la mano en el hombro-; el tallo suele tomar la forma de un sarmiento trepador; Rafael Peña (12) incurre en el galicismo inexcusable de llamarla "laurel-rosa" (los brasileños la nombran *espirradeira*), cuando en castellano tenemos la palabra *adelfa*, con que han conocido este arbusto nuestros mayores; hoy se saca de su almendra ácido prúsico; el obispo Aguirre (13) plantó en el jardín de su palacio del Pari una adelfa traída del Ecuador; y, ¿quiere Ud. saber lo que Esteban Rozas (14) y yo notamos de muy particular en el folículo de su fruto. . . ?

-Antelo -le interrumpí- tal vez el señor, después de tantos años, ha olvidado los sitios y personas de Santa Cruz..

-¡Ah!, caballero, perdone; soy yo quien ha olvidado que estoy en Buenos Aires desde 1860 -exclamó Antelo volviendo en sí.

Lo del ensueño de los cuentos de Hoffman acontecía, a través de los años, en la memoria de Antelo con el recuerdo de Santa Cruz, esa metrópoli solitaria de los frondosos campos orientales, según D'Orbigny.

Aquel alabastro que quedó sobre el tapiz de esmeraldas, alabastro que iba tomando y tomando la suprema beldad de las cosas blancas que es la mujer, y esmeraldas que iban tomando y tomando la suprema beldad de las cosas verdes que es la floresta; y después, poco a poco, aquesta hurí adormida en la espesura, hurí y espesura que iban tomando y tomando la suprema beldad de la vida primaveral, que es el amor, el amor cuando en contacto con la naturaleza inflama los sentidos sublimando el alma: tales son el sendero del edén y el edén mismo de fresca y esplendor grandioso con que la imagen de la tierra nativa, transfigurándose para Nicomedes, se asentaba perenne, como un oasis, en la árida memoria técnica del naturalista, sobrecargada de clasificaciones, de nomenclaturas, de vocabularios, de estratos, de rocas basálticas, de terrenos plutónicos, etc., etc., a semejanza de una Arabia pétrea sin céfiros ni rocío.

Por eso me ha parecido tibio en fuerza de ser discreto el recuerdo que hizo de Santa Cruz en la velada literaria.

"Santa Cruz de la Sierra mi provincia natal -bella ninfa andaluza que se aduerme entre palmeras tropicales al arrullo del tordo y del matico, en la atmósfera cálida y perfumada del chirimoyo y del seyeye-, fue fundada en 1575 (15) por el travieso andaluz Nuflo de Chaves, compañero del segundo adelantado del Río de la Plata, Cabeza de Vaca.

"Fue trasladada a los llanos del Grigotá (donde hoy se encuentra) en 1592, por orden del virrey marqués de Cañete (16).

"Cuando D'Orbigny entraba a Santa Cruz, el año 1831, por la calle de Ayacucho, según él cuenta, las niñas cruceñas salían a la puerta, y al divisarlo oyó muchas veces esta expresión: *Yo me lo vi primero* (17).

"Bailábase en aquella época el *guachambé*, la *mariquita*, el *ondú*, la *gabota* y otras danzas en que se lucía la gracia gaditana.

"Según el viajero que acabo de mencionar, es Santa Cruz la provincia boliviana en que

se ha conservado más pura la raza española; y mis paisanas -las cruceñas-, las graciosas descendientes de la bella Andalucía en las selvas tropicales de América.

"Empero esta feliz pintura, no comprende, señores, al infeliz indio beniano, y mucho menos al *quichua* y al *aimará* de la Sierra.

"Ya he dicho que esta raza, bien que fuerte para el trabajo y con un pecho bien desarrollado, nos anuncia en su mirada sombría y esquiva, en sus reticencias mismas, toda la historia de una estirpe arcaica -un Tiahuanacu, un Palenque- que olvida hasta el nombre de sus dioses".

Antelo terminó su discurso con una observación que les viene a maravilla a ciertos diputados y periodistas pintorescos y sin cálculo, que han apadrinado por pura novelería empresas utópicas que envolvían una socialfiña al Estado. Estos padres apologéticos han hecho mucho daño a la iglesia que pretendían servir.

"Pero lo bello no es lo útil; y hay quien sostiene que los placeres estéticos excluyen completamente la idea de lo útil.

"Permitidme antes de cerrar estos apuntes, condenar un error muy común entre nosotros los sudamericanos, y es creer que la *variedad* de los productos es realmente una ventaja para una nación.

"Esta idea, que yo llamaría el error estético de la economía política, es muy natural en los pueblos dominados por un carácter poético.

"¿De qué serviría a Bolivia el rico inventario de sus variadísimos productos, si todos ellos, puestos en la balanza, no pesasen tanto como el solo carnero argentino, el café del Brasil, o el carbón de Inglaterra?".

"Dejémonos, pues, de cantar poemas seductores sobre la vainilla, el estoraque y el benjú; y busquemos para Bolivia una industria verdaderamente nacional, algo de aquello que tiene un abundante valor cambiabile en el mercado; y vías de comunicación para exportarlo".

¿Fue escuchado con atención por los concurrentes a la velada de la legación boliviana? Antelo aseguraba después que oyó esperezos masculinos y bostezos femeninos, si bien no tantos como cuando el cónsul refería allí mismo la historia y ventajas del comercio desde los fenicios hasta el presente.

¡Con qué candor ático enumeraba la atmósfera soporífera que se cernía en la velada, el almidonamiento dominguero de la casa y de sus dueños, la actitud trágica de Santiago Estrada con su enorme cachete siniestro, la placidez fachendosa del embajador reinando en gloria y majestad sobre las jerarquías y dominaciones argentinas, que allí resplandecían por sus billetes de excusa y ausencia!

Llovió de postre a cántaros, el Plata bramaba con furor, el pampero sacudía hasta sus cimientos las casitas, y todas aquellas gentes no gastaban coche con que ganar sus albergues. ¿Pero irremediable era salir? Era forzoso cuanto antes dormir.

Lo más picante es que Antelo narraba esto vivísimamente penetrado de la importancia, pero también de los inconvenientes de la velada. Mantenía la vista fija en el suelo cual si quisiese desentrañar algo. Su gravedad era de una ironía incomparable. ¿Qué escuchaba? Se parecía a aquel vidente de las leyendas hebraicas, que llamado para bendecir maldice, porque su lengua obedece, sin quererlo el pensamiento, a otro espíritu que le apunta las palabras. No sé dónde he leído esta curiosa noticia. Suma total: me fue reproducirlo y yo contemplé a lo vivo todo el convencionalismo remedador, presuntuoso y cursi de la velada literaria de la legación boliviana.

Pocos días después encontré en igual temple irónico, siempre sin darse cuenta él mismo de la ingenua vibración de esta cuerda suya, lo que era para mí de un efecto delicioso.

Todo lo que fuese extender el dominio o ascendiente de las ciencias naturales

constituía a sus ojos un título de estima y consideración. Como lector habitual que era de Claudio Bernard y de Pasteur, andaba esos días muy prendado de una ingeniosa tesis de Emilio Zola; transportar el arte de la novela al realismo experimental de las ciencias positivas. Sabemos que el método experimental, aplicado antes de ahora al estudio de los cuerpos humanos -en la química, en la física- puede igualmente emplearse con éxito en fisiología y en medicina. "Y, ¿por qué, siguiendo esta misma vía gradual, no extender también ese método a la vida pasional e intelectual y a la sociología humana?", dice el citado novelador realista contemporáneo.

Que el método experimental tiene excelente aplicación en la historia, cosa es que en sana doctrina no puede ofrecer duda ninguna. Por el fondo la historia es ciencia, y todo el arte de su forma se contrae a alcanzar una rigurosa modelación realista. Su fin no va encaminado a divertir sino a dejar constancia estricta de la verdad enseñadora. De todo esto se siguen para la composición y el estilo de la historia procedimientos muy trascendentes, pero procedimientos que por índole propia no podría la novela consentir.

Sostiene Zola que, en el caso de la novela histórica y en el de la novela de costumbres, el novelista emplea procedimientos que son una disección anatómica o una vivisección fisiológica de los personajes y del cuerpo social.

Y es lo curioso que, en el caso infeliz de la velada diplomático-literaria, Antelo contemplaba como cosa palpable los caracteres de una vivisección de índole sociológica. Este sería cuando menos, visto el resultado, el caso de haberse puesto en práctica esa noche el método experimental con documentos humanos.

Según este modo de considerar el chasco, la boliviana embajada no se había limitado al oficio de observadora atenta de los fenómenos sociales en la naturaleza, para estarse a sus lecciones; sino que, una vez observados sabiamente por ella dichos fenómenos, surgieron razonamientos interpretativos en su mente, sobrevino la luminosa idea de la verdad preconcebida, la presunción de ocultas cosas científicas que era necesario sorprender en flagrante realidad. Cata aquí ya al verdadero experimentador, al sabio que provoca adrede los fenómenos para comprobar en las entrañas de éstos una hipótesis, para arrancarle a la escondida naturaleza otros fenómenos y otros fenómenos, que ya entonces se pudieran decir probados positivamente.

La experiencia fue tan certera, que logró dar caza y dejó cautiva a la verdad real como en una trampa. Así tenía que suceder. El proceso del experimento había sido instituido por la embajada con la escrupulosidad propia de un laboratorio positivista. El determinismo natural del fenómeno quedó por eso constituido con toda su eficiencia científica. El resultado se descolgó por su virtualidad necesaria, cual efecto que obedece a sus causas, como los enormes cocos de Panamá se desprenden por maduros del cocotero, irresistiblemente; y tanto, que queriéndose producir velada, resultó sueño.

V

Antelo en su disertación de aquella noche dice con respecto a los indios de Bolivia:

"¿Me consideraréis por ventura defensor de la raza indígena en América, un tipo a lo Lascasas, algo como un Cabeza de Vaca destronado? No por cierto.

"Os presento simplemente una antítesis, esa antítesis esencialmente boliviana, característica, que en mi concepto presenta uno de los más arduos problemas que pudieran afectar a la mente del político, del estadista o del filósofo.

"Permitidme deciros, que la heterogeneidad del suelo, clima, razas y sociabilidad bolivianas, me representa a la imaginación ese contraste curioso que exhiben los tipos arcaicos de Australia al frente de las creaciones modernas.

"¿Se extinguirá el pobre indio al empuje de nuestra raza, como se extingue el dodo, el dinornis, el ornitorrinco?"

"Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal, como dicen nuestros sabios modernos, y como lo creo, la consecuencia, señores, es irrevocable, por más dolorosa que sea. Es como una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte".

Antelo no hacía aquí sino tocar lesivamente un asunto que era objeto para él de estudio y meditación muy especiales. Fue por eso materia larga de nuestras conversaciones la concurrencia del indio y del mestizo en la sociabilidad boliviana.

Que de una vez se acaben los indios y los mestizos en Bolivia, era un tema habitual de Antelo. En ello cifraba consecuencias extraordinarias de engrandecimiento y prosperidad para la raza blanca predominante y para la nación (18).

La filosofía de la evolución, como la han formulado recientemente los positivistas ingleses y alemanes de la nueva escuela darwiniana, era profesada por Nicomedes Antelo con fervor de sectario y con autoridad de apóstol. No es que él pudiese abarcar con igual fuerza de mirada todos los departamentos y dependencias de la aplicación; pero la historia del origen, desenvolvimiento y conclusiones de la teoría y las fórmulas abstractas de la teoría misma, le eran familiares en términos de estar habilitado para profesarlas públicamente.

Había aprendido un poco a leer en Newton y en Laplace. Pudo por eso entender algo del cómo y del porqué de la gran hipótesis positiva con referencia al cosmos en general y a nuestro planeta en particular. Más adentro le era imposible penetrar, porque antes de eso tampoco había puesto pie seguro en la región matemática de los insignes astrónomos.

Pero Cuvier y Lyell, dos adversarios del transformismo; y que de una manera tan formidable han preparado sin quererlo el advenimiento del transformismo, habían sido los sabios favoritos de su primera juventud, velaban todavía como dos viejos penates en su mesa de estudio; y Lyell y Cuvier le dejaron ya catequizado en el atrio del templo, hábil para recibir el evangelio de la evolución en las especies y de la evolución en la humanidad. La teoría y la comprobación del transformismo le eran familiares en esta parte de la doctrina. El maestro de escuela de Buenos Aires sabía leer de corrido en Lamarck, en Darwin, en Herbert- Spencer, en Haeckel.

Según Antelo, refiriéndose a Bolivia, el cerebro indígena y el cerebro mestizo son celularmente incapaces de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo. Término medio, esos cerebros pesan entre cinco, siete y diez onzas menos que el cerebro de un blanco de pura raza. En la evolución de la especie humana tal masa encefálica corresponde, fisiológicamente, a un período psíquico de dicha especie hoy ya decrépito, a un organismo mental raquítico de suyo para resistir al frotamiento y choque de las fuerzas intelectuales, económicas y políticas con que la civilización moderna actúa dentro de la democracia.

Esa raza de cobre ha rendido ya sus pruebas secularmente. Su poder y su civilización no resistieron en el imperio peruano al primer contacto del poder y civilización de un grupo de blancos aventureros. Su herencia es hoy para nosotros nada. Ningún nuevo factor, ni uno solo, ha aportado esa raza a la cultura ni al concurso de la actividad moderna. El indio incásico no sirve para nada. Pero, eso sí -y aquí la funesta deformidad-, representa en Bolivia una fuerza viviente, una masa de resistencia pasiva, una induración concreta en las vísceras del organismo social.

Los mestizos, casta híbrida y estéril para la presente labor etnológica como el mulo para el transformismo de las especies asnal o caballar, los mestizos, con su tórax levantado por los apetitos y su espíritu uncido por instinto al proselitismo del caudillaje, representan en la especie humana una variedad subalterna, que corresponde a una degeneración confusa de la impetuosidad española y del apocamiento indigenal.

El cholo o mestizo no desempeña, en la economía sociológica boliviana, los oficios de ningún elemento renovador, del organismo; y es visto en fisiología que el organismo, por

causa de su funcionamiento, experimenta una pérdida en la sustancia donde manifestó su vitalidad, pérdida que es urgente reparar. El cholo o es célula morosa por insuficiencia ingénita, o es célula pervertida juntamente por insuficiencia y por dolencia. Aun salido de su esfera por su educación y bajo influencias benéficas, el cholo, a la menor solicitud de su interés o de sus pasiones, descubre siempre que es cholo y más pernicioso que el común ignorante.

¿Cabe alimaña más dañina en la sociedad, que el cholo abogado, ni gato montés más rapaz y bravío que el cholo mandón? La propensión de la casta tiende como es notorio al ocio, a la reyerta, al servilismo y a la intriga, gérmenes del bochinche y del caudillaje; bien así como, de otro lado, la estupidez y amilanamiento del indio incásico se amoldan a punto para perpetuar en la sociedad el despotismo.

Según esto, si por alguna manera han de intervenir la indiada y la cholada en la evolución progresiva de la sociabilidad boliviana, ha de ser necesariamente por vía pasiva de una desintegración más o menos rápida, como productos secretorios vertidos en las cavidades orgánicas del cuerpo social, como residuos arrojados en lo profundo de la economía, a fin de que se franqueen por ahí el depuramiento completo y la unificación caucásica de la raza nacional.

En la concurrencia vital con el europeo, o con el criollo de pura sangre, o con el que ya logró salir del mestizaje por herencia derivada de felices selecciones, aquella raza y esta casta tendrán que sucumbir en la lucha por la existencia, como están sucumbiendo hoy y se extinguen a nuestra vista en Australia hombres, plantas y animales, precisamente porque las especies importadas o las especies nuevas ya aclimatadas poseen mejores condiciones para la lucha.

-Que la política y la administración -me decía Antelo una vez cobrando entusiasmo- favorezcan allá con sus arreglos más valiosos el ejercicio natural de las fuerzas inherentes a una nueva evolución etnológica, a fin de que, por la virtualidad que es propia del transformismo, desaparezcan cuanto antes el indio y el mestizo en Bolivia, estos dos agentes arcaicos, incásico el uno y colonial el otro; que se extingan bajo la planta de la inmigración europea, bien así como desaparecieron para siempre en Inglaterra las ratas negras destruidas por las ratas pardas de Hannover, que pasaron el Canal de la Mancha en los bajeles de Guillermo de Orange.

Como después de la Revolución el encerramiento territorial ha subsistido, y como por otro lado han dejado de afluir los peninsulares de la metrópoli, el mestizaje ha tomado en la República creces por el cruzamiento y la reproducción inevitables. No hay para qué insistir que ello ha cedido en menoscabo y detrimento del núcleo social compuesto de criollos; entendiéndose por criollo el descendiente de españoles nacido sin mezcla en Bolivia.

Cuando se tocaba este punto, la fibra del razonamiento de Antelo vibraba como el arpa gemebunda y profética de Jeremías. Porque es indudable que, de la Independencia acá, el bastardeamiento incásico de los vecindarios criollos del Alto Perú, siguiendo el camino de una labor genésica y atávica formidable, nos amenaza con una próxima restauración del imperio de Manco-Capac y Mama-Occho.

Agassiz, en uno de sus sabios escritos, invitaba a venir al Brasil a los que todavía dudasen del deterioro social, que es consiguiente a la mezcla de razas superiores con inferiores. El gran naturalista pudo decir que pasaran a Bolivia también. ¿Qué verían allí?

Verían impulsados por un achatamiento de índole, de fisonomía y de tez las relevantes cualidades del blanco. Verían progenies sin hervor patriótico en la sangre, de cerviz no menos blanda al atropello que a la idolatría, tirando todas a la duplicidad y al complot para hacer valer por engaño o sorpresa cualquier resolución enérgica.

Verían no menos deprimido el pensamiento colectivo, que difícilmente sale más allá del espíritu de casta, del provincialismo y del amor a un caudillo. Imposible empinarse a lo alto ni

ensancharse hacia fuera. Sin tráfigo de quehaceres y en mitad de la estancación social, es muy fácil que el pensamiento individual se aplaste y dilate por debajo de los individuos que nos rodean convirtiéndose en cavilosidad y suspicacia personalistas. ¡Cuánto dista todo esto de la tendencia incesante que constituye la fuerza y la nobleza de la raza criolla; cuánto dista de la expansión y asimilación a las cuales deben nuestras repúblicas lo poco bueno que poseen perteneciente a progreso y bienestar!

Así se explica cómo es allá ominosa y complicada la tarea directiva que pesa sobre la noble raza criolla.

No sin frecuencia su espíritu se ligó con las tendencias del cholo para evitar mayores males. Otras veces tuvo que apagar momentáneamente su antorcha y rendirse por causa de sus discordias a la fuerza y al número. Familias enteras han desertado los últimos años su puesto deslustrándose y encanallándose al par del indio y del mestizo. ¡Cuánto mal no han hecho prestando su asentimiento o su cooperación a caudillos pretorianos de la peor ralea soldadesca!

Todos saben que el mariscal Andrés Santa Cruz fue el cholo más feo de su tiempo. Recitábase una adulatoria rimada en las fiestas de su cumpleaños en Lima. El coplero concluía diciendo terriblemente, que el Protector de la Confederación Perú-Boliviana era lindo como el sol. El célebre José Joaquín de Mora, que estaba entre los cortesanos, dijo muy quedo al de su lado en la ceremonia:

- Si él es lindo como el sol, nosotros de cara blanca, ¿qué seremos?

-Sucios como la tierra -contestó el otro, que era el ilustre Juan García del Río.

Refiriéndose en Chile el caso, don Felipe Pardo contaba que Mora, muy picado, clavó de improviso este alfilerazo en la pasión de García del Río por cierta dama limeña:

La Filis bella en cuyo amor te escaldas,
Se te convierta en Santacruz con faldas.

Pero a lo menos estos tunantes de buena raza se burlaban del Mecenaz, remedador semiaimará de reyes europeos, mientras que otros han contribuido después a entronizar tiranuelos, que no podrían nunca equipararse por la calidad del cerebro con Santa Cruz.

V I

De los ocho departamentos de la República, cinco están mayormente poblados por indios incásicos y por mestizos resultantes de la mezcla de esta raza con la española. A fines del siglo pasado el intendente de Cochabamba informaba al rey que, contra todo progreso de estos naturales, en las sierras alto-peruanas fácilmente "los españoles se hacían de la calidad del indio". Los criollos están allí desde entonces en minoría, y aun en esta minoría se notan ideas y pasiones propias del indio y del cholo.

Estos cinco departamentos se dilatan a través de cordilleras, valles y mesetas. Su población representa unas nueve décimas partes de la totalidad boliviana civilizada. Sus principales y urbanos centros habitados, que son La Paz, Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí y Tarija, permanecen alejados socialmente por diversidad de intereses y por lentos y penosos caminos. No obstante, son ellos y ellos solos los que constituyen la persona y la personería de Bolivia. Tiene de común tres cosas: su existencia de serranos; sus antecedentes incásicos y su identidad colonial; la sangre de los indios y de los mestizos quichuístas y aimaristas que hormiguean en mayoría, los primeros en los campos y los mestizos en los pueblos y ciudades. De estos cinco departamentos se derivan la característica índole y la fisonomía nacional que de semejante conjunto pudieran derivarse.

En cuanto a las verdes, cálidas y húmedas llanuras orientales, con Santa Cruz por

cabecera social y con sociabilidad muy diferente, figuran unidas a la nacionalidad boliviana, a la manera como suele verse un jardín enclavado al pie de una roca, si bien esta vez el jardín es tan grande como la roca. Figuran meramente adscriptas; porque las gentes que pueblan esta apartada, espléndida y fertilísima región, casi toda solitaria, bien que surcada de navegables ríos, nada tienen de común con los altoperuanos.

Su modo de ser procede de otros orígenes, no menos determinantes que su suelo y su clima. Primeramente, sus tribus guaraníes tienen la barbarie como capítulo único de su historia antes del descubrimiento. El inca llegó hasta el postrer monte o collado; divisó allá abajo el verde azulejo de la inmensidad selvática y praderosa; "la mar" dijo, y se volvió con sus huestes de collas a las sierra. En segundo lugar, el sistema de conquista provino y no fue otro que el del Río de la Plata. Pizarro, Almagro y sus compañeros nada tuvieron que hacer por este lado. La colonización no fue por manos de mineros desalmados, sino por obra de industriosos pobladores agrícolas. El mismo sistema platense y paraguayo: centro urbano de blancos puros, misiones jesuíticas de indios netos en contorno.

Una de las cosas que más lamentaba Antelo era ver que su amada Santa Cruz, la propia ciudad cabecera del departamento, desdiciendo de sus antecedentes, estuviese hoy mestizando sus habitantes de pura raza española, dándose sin género de selección a encastar con los indígenas, o con los que tienen algo del indio en las venas. ¡Como si no fuera ya mucho el emparentarse con aquellos que, sin ser precisamente indios, tienen en su modo de ser todas las de indios por haber tomado la calidad de éste, como decía el intendente al rey! Sus noticias sobre el particular eran concretas, seguras, recientes. Seguía con ojo inquieto la evolución que allí se estaba verificando en la estructura social. Su punto más remoto de comparación era 1859, año de la salida de Antelo.

En esta descripción nos encontramos por vez primera en la historia con dos turbiones invasores del claro manantial: Uno que viene de la sierra y otro que fluye del cercado y de las provincias indígenas del departamento; por un lado el mestizo altoperuano y por el otro el indio guaraní; uno y otro prosperando rutinariamente un poco el comercio de Santa Cruz, pero también contaminando de consumo, con los glóbulos amarillos de su sangre, la linfa azul de la sangre cruceña. Y todo esto sin que ninguna infiltración exterior caucásica, sino en casos individuales muy contados, venga, para aquesta lucha íntima de las venas, a tonificar la generosa sangre criolla.

Antelo contaba con los dedos de una sola mano las viejas familias patricias cuyos vástagos no estuviesen ya bastardeados en la ciudad. En general, la clase media y la superior están hoy emparentadas con quichuístas o aimristas. Lo propio acontece desde algunos años atrás a los ocho mil blancos de la provincia de Vallegrande (19). ¿Qué más? La plebe urbana está hoy contaminada hasta los huesos con quilo guaraní (20).

¿Podían aceptarse, como perjuicios consiguientes de orden moral y social, ciertos hechos nuevos que coinciden con el rebajamiento actual de color de la plebe cruceña, y con su consanguinidad y frecuente comercio con los altoperuanos?

No se puede negar que la estadística de Antelo era exacta en cuanto a la efectividad de ciertos datos; pero él era demasiado sentimental en su lógica para que no vacilase en la interpretación.

Por ejemplo. Durante el combate nocturno habido en la Plaza céntrica de Santa Cruz, el año 1849, permanecieron abiertas y más iluminadas que de ordinario diecisiete casas principales, por obra de la inquietud misma de las familias y de su interés por socorrer heridos (21). Lo que va de ayer a hoy. El pánico y los cierrapuertas durante la sedición del mestizo Ibáñez, en 1876 (22), son indescriptibles a causa de las ideas demagógicas reinantes, del odio a los que de alto disfrutaban y de los conatos de saqueo soldadesco: todo exactamente a la manera de las ciudades altoperuanas, copiando a sus choladas ensoberbecidas por servil y rapaz proselitismo.

Pero el hecho es demasiado complejo para que, conforme al método experimental, consienta una explicación tan simple, cual es en este caso la que estriba en la herencia de la índole pernicioso de una casta. Está buena la coincidencia para prestarse a opiniones o conjeturas simplemente sociológicas; nunca para dejar en el espíritu la certidumbre positiva de un fenómeno etnológico.

Sea de esto lo que fuere, es muy fuera de duda que ha desaparecido, sin otras ventajas en cambio, aquella familiaridad respetuosa y cordial que en Santa Cruz medió siempre entre el inferior y el superior en todas las esferas; confianza muy del todo semejante, en lo que mira al servicio doméstico, a la que se ve entre amos y criados en las comedias de Calderón y de Lope de Vega (23). Ahora al cruceño cobrizo o cetrino no le nace espontáneamente en Santa Cruz, esta sumisa llaneza con el blanco de buena casa: tiene que gastar insolencia para mostrarla, y es lo peor que muy a menudo muestra su llaneza por este camino.

Aquellos pueblecillos de indígenas misionarios, de colonial fundación jesuítica, proveedores circunvecinos de Santa Cruz, y que hasta hace veinticinco años conservaban sus primitivos trajes, costumbres, lengua y sangre guaraní, porque la plebe cruceña repugnó siempre emparentarse con ellos, están ahora poblados por sólo mestizos resultantes de la mezcla. Ya no existen allí indios puros; el habla guaraní ha buscado su postrimer asilo en la boca de unos cuantos ancianos (24). Todo ha mejorado, sin duda ninguna, en esas aldeas; pero la raza superior lo ha supeditado todo degenerando junto con eso ella misma. Por eso en los arrabales y granjas de la ciudad han venido a menos la gallardía, el tipo y tez peninsulares, la agudeza de ingenio, el aliento de dueños de casa con que se singularizaban en toda la República estos plebeyos.

Para el caso de urgente necesidad social, como por ejemplo el establecimiento de una colonia reproductora, Antelo tenía con respecto al cruzamiento sus preferencias preconcebidas. Cuatro eran los casos más generales que se le presentaban, en la República, para proceder a encastar al criollo o al extranjero caucásico con los inferiores: con indio incásico en las sierras, con razas guaraníes en las llanuras orientales, con mestizo de las sierras, con mestizo de las llanuras.

Entre indio neto e indio neto, admitía sin vacilar para la mezcla con el blanco al cambia misionario de origen guaraní; indio ingenuo, jovial, aseadísimo, estrechador amistoso de manos, agraciado y despierto; que no al sombrío, asqueroso, huraño, prosternado, estúpido y sórdido indio incásico. Consideraba esta última mezcla la peor de las mezclas posibles de blanco con amarillo. Este mestizaje ha dado origen al cholo altooperuano o *colla* (25).

En Santa Cruz y en la Argentina llaman en general *colla* al nativo del Alto Perú, pero más particularmente al cholo, nombre odioso por allá, sinónimo de ruindad y falsía, señaladamente cuando el cholo alterna con blancos, educado y vestido como los blancos (26).

En Chile y también en Buenos Aires han dado últimamente en la flor de llamar *cuico* al indio y al cholo altooperuanos. Don Juan María Gutiérrez escribe a este propósito: "Aquí se llama *cuico* a toda persona que tiene sangre o apariencia de gente común de Bolivia. Es un *cuico*, significa un hombre de la frontera norte de la República que muestra carácter bajo, rastro, falso. Es modismo puramente porteño".

VII

Después de lo anterior, nada raro es que, puesto en el caso forzoso de optar entre el mestizo incásico y el mestizo guaraní, se decidiese Antelo por el segundo, para efectos de conferirle el encargo de agente reproductor y propagador interino de la población nacional. Pero es muy raro que, entre el cambia guaraní y el cholo altooperuano, aquel ilustrado amigo

preferiese al camba, que es indio neto, resignándose con ello a desechar el octavo, o la mitad, o los tres cuartos, etc., de sangre española que el mestizo alto peruano pudiera llevar en las venas.

Antelo en esta parte era sistemático. Alegaba razones fisiológicas, antropológicas y etnográficas más ingeniosas que sólidas. Atribuía un determinismo genial muy deplorable a la combinación del principio incásico con los gérmenes criollos. Creía que el atavismo incásico es pertinaz como ningún otro atavismo, y que con sus insistentes retrocesos burlará las más redobladas selecciones criollas.

El atavismo incásico es de veras intransigente, rebelde, casi imposible de extirpar. Frecuentísimo es, en Bolivia, que padre y madre ya blanqueados por una sucesión anterior de selecciones criollas, obtengan como es natural prole blanca; pero también se suele ver que de repente, como resultado del mismo ayuntamiento, la madre comience a parir cholos o indios netos. Un atavismo semejante, ¿es más indomable que el atavismo guaraní? He ahí la cuestión.

Si para la preferencia se tomase en cuenta únicamente, en los individuos, el carácter moral resultante de una o de otra combinación, claro se está que Antelo estaría dentro de una atinada selección republicana. La diferencia en la índole personal de las castas resultantes es demasiado notoria. Allá donde el mestizo cruceño (español-guaraní) saca la cara, el mestizo colla (español-incásico) elimina su individuo, para no cobrar ánimos sino a espaldas del compañerismo irresponsable por anónimo.

Por estos matices parciales, sin la bastante intensidad ni firmeza colectivas, no vale la pena ante la común degeneración persistente de ambas progenies, degeneración que marchita y troncha sin remedio la energía primordial de cada raza. Considerada la preferencia desde este punto de vista, la observación científica no parece inclinarse a favorecer el ayuntamiento del blanco con la india oriental, a trueque de evitar que el primero encaste con la mestiza incásica. El pernicioso atavismo es, por lo que se ve diariamente, tan pertinaz en uno como en otro caso.

Me parece que las observaciones de Agassiz en Amazonia pueden en el presente caso extenderse a los departamentos orientales de Bolivia por razones de analogía geográfica y etnográfica. Me place aquí el método del gran naturalista. No penetra en los antros de la frenología ni en las sinuosidades de la antropología. Averigua bien el hecho natural y lo consigna como fiel historiador. Este proceder zoológico, de comparar en la vida externa individuos de una categoría con individuos de otra, confrontando ejemplares escogidos para que resalte la verdad entre todos, es cabalmente lo que ahora nos interesa.

En la República son escasos el zambo y el mulato, que tanto abundan en el Imperio, y que, como castas llamadas a funciones soberanas, son preferibles al cholo, según aparece del examen hecho por Agassiz. Como una prueba admirable de las identidades naturales, habrá de notarse cual la pintura del mestizo indo-blanco brasileño, es también un retrato del mestizo indo-blanco boliviano, con sólo la temible duplicidad de menos, que el cholo saca de su abuelo el indo-incásico.

Después de cotejar descriptivamente las variedades amazónicas de la especie humana, concluye Agassiz:

"Unas cuantas palabras serán bastantes para hacer notar cuán profundamente desarraigadas están, en las castas, las diferencias primordiales que existen entre las razas puras. Bien así como las especies distintas de animales, las diferentes razas de hombres producen por su cruzamiento mestizos, y los mestizos nacidos de razas diversas presentan gran diferencia.

"El híbrido proveniente de blanco y negro, denominado mulato, es por demás conocido para que tenga yo que describirlo. Sus facciones son expresivas y regulares, su tez clareada. Aunque imbuído de confianza en sí mismo, es indolente.

"El híbrido de indio y negro, que aquí se llama *cafuzo* -el zambo de la América Española- es muy diferente. Sus facciones no tienen nada de la finura del mulato; el color es oscuro, ensortijada la tupida y lustrosa cabellera. Su carácter presenta una acertada combinación de la jovialidad del negro con la enérgica rusticidad del indio.

"El híbrido de blanco e indio, llamado *mameluco* en el Brasil, es pálido, falto de vigor físico, perezoso, sin ánimo varonil y algo testarudo. Parece que la influencia del indio hubiera contraído su fuerza toda a anonadar completamente en este mestizo los nobles atributos del blanco, mas sin comunicarle nada de la propia energía.

"Es muy de notar que en ambas combinaciones del indio, sea con el blanco, sea con el negro, el primero trasmite su natural a la progenie mucho más profundamente que el cogenitor de otra raza. En los cruzamientos subsiguientes los caracteres del indio puro resaltan y borran los de otras razas, y ello con una prontitud que conviene consignar. He conocido un hijo de dos mestizos, indo-negro el uno y el otro indo-blanco, que presentaba resumidos en su persona casi completamente los caracteres del indio puro".

Como se ve, tan pertinaz y dominante es el atavismo proveniente del aborigen de las verdes y cálidas llanuras, como el del aborigen de las agrias y frías sierras. En cuanto al híbrido indo-blanco resultante de una y de otra raza, los caracteres degenerativos del elemento caucásico son los mismos en el Brasil que en Bolivia.

Hay que convenir un poco en el alcance de ciertos gritos de la sangre por perseverar en su primitivo ser. Antelo mismo, ¿no sería en el caso actual llevado por el reclamo de cierta propensión antigua, no del todo quizá extinguida hoy entre sus paisanos de Santa Cruz?

Viendo estamos todos los días, en las familias altoperuanas más linajudas, las marcas indelebles que deja en el rostro la perniciosa rebeldía de la sangre incásica; pero, la verdad, en la intransigencia de Antelo sobre este puntillo o ápice del atavismo, vi también algo parecido a una resurrección de la carne cruceña de otros tiempos; vi un resquicio por donde saltaba a persistir una primitiva genialidad peculiarísima de aquel vecindario, muy aparte de los que componían el distrito de la Audiencia de Charcas. El de Antelo era un póstumo "no" de sus mayores. Mostrábase obstinado en borrar la estampa incásica en todas las esferas de la sociabilidad boliviana, al modo como un antepasado del terruño cruceño era inexorable en tratándose de hocicos y greñas y cueros de collas.

Allá, no ha muchos años, aquellos canónigos patricios de nobilísima presencia española, entraban a la sacristía saludando a cierto compañero"

-¿Cómo está el camba Rojas?

A otro prebendado le decían:

-Buenos días, colla Guardia (27).

Y tuvo éste que mudar de sacristía, y no encontraba consuelo ni entre los sacristanes, que eran de cara blanca y hablaban con el desembarazo de cosa única el castellano de los andaluces y extremeños del siglo XVI, mientras el canónigo se explicaba a duras penas en quichua traducido al castellano. Lo cual no es decir que canónigos y sacristanes no fuesen buenas y hospitalarias gentes sencillas, que servían al colla con afecto, mas sin dejar por eso de recordarle a cada paso su tipo y color llamándole: colla, colla, colla.

Profundo ha sido a este respecto el retraimiento de la raza cruceña antes de ahora. No menos profundo ha sido en ciertas familias altoperuanas ese mismo retraimiento con respecto a las castas mestizas. El indio incásico es por su parte hurafío por excelencia. Añádanse a estas mutuas repulsiones de sangre los celos provinciales y el estrecho localismo hijos del encerramiento general. Casi es preferible, en pro de intereses unificadores que no admiten demora, el bastardeamiento que de la raza superior se viene verificando con el mestizar sin coto ni selección desde la Independencia acá. Este ha sido y es un libramiento onerosísimo pero inevitable girado contra el tesoro del porvenir.

VIII

Republicanas instituciones adventicias con fundamento filosófico y hermosos principios de orden social en ellas contenidos, instituciones y principios que abriéndose paso hacia la práctica se esfuerzan por prevalecer en el espíritu de mayorías ignorantes, y que atravesando por formidable crujía de inicuas asechanzas y asaltos brutales pugnan por arraigarse en costumbres democráticas pacíficas: tal es, si no me equivoco mucho, el punto más levantado del espectáculo que quisieran seguir con la vista, en nuestras repúblicas americanas, los escritores, los tribunos, los estadistas, y hasta los que se empeñan por alumbrar el camino de la experiencia escribiendo la historia de estos países.

De aquí también la naturaleza común de ciertas aspiraciones muy generales. Conforme a los diversos momentos y sitios o a la simultaneidad de la lucha, el ideal de esas aspiraciones se contrae: ya al goce pleno de las garantías individuales y al ejercicio desembarazado de las libertades públicas; ya a una ley común de tolerancia respecto de los que creen en Dios diferentemente; aquí al predominio de la soberanía popular mediante la pureza del sufragio renovador, allá a contemplar a la opinión penetrando decisiva hasta los consejos del poder, al poder abrazado con la justicia, a la justicia reglando la ley, a la ley imperante sola en el Estado, etc.

El positivista observador que nos ocupa no consideraba las cosas bolivianas desde este punto de vista. Los elementos físicos, las propensiones fisiológicas, los agentes económicos, todo lo apropiable para el trabajo, las fuerzas naturales esencialmente humanas, operando de consuno al desarrollo orgánico de la raza nacional y determinando los actos trascendentales, buenos o malos, de su vida colectiva y de su actividad en la lucha por la existencia, dentro, fuera, encima, debajo, de las instituciones políticas: he ahí el espectáculo que, rodeado de cráneos, disecciones, fósiles, itinerarios de distancia y exploraciones, tablas de alturas y temperaturas, cartas geográficas, trazados de vías férreas y fluviales, vocabularios, libros de historia natural y topografía y papeles estadísticos, se contraía a observar allá en Bolivia, desde su retrete de Buenos Aires, Nicomedes Antelo.

Veía aquel concurso inmenso de espléndidos dones naturales no similares, raíces ponderables de una potencia cúbica enorme de producción y riqueza; pero también concurso sociológico incoherente por la topografía y los climas, desligadísimos por causa de las castas y las lenguas, despoblado de fuerzas vivas capaces de labrar la coyunda unificadora de los intereses económicos, en pugna ciertos elementos vivos para adaptarse políticamente unos a otros, estremeciéndose el cuerpo social por asimilárselos a todos, y estremeciéndose aún más para obrar en su organismo ese esfuerzo combinado, que en las agrupaciones humanas se llama la vida del crecimiento nacional y autónomo. Y, por encima de todo, veía separado naturalmente este enorme conjunto en dos grandes porciones territoriales y sociales, la Sierra y el Oriente, con el ayer y el hoy y el mañana contrapuesto.

Veíalo todo Antelo como naturalista, y como naturalista creía que, mediando el pronto depuramiento y la unificación caucásica de la raza nacional, podíanse resolver en Bolivia los más arduos y temibles problemas del presente y del porvenir.

¡El depuramiento y la unificación de la raza nacional! Pero, ¿no era esto querer resolver un problema con otro problema?.

América entera conoce la dilatada guerra sangrienta que las castas mestizas argentinas del interior han sostenido contra la civilización de Buenos Aires representada por los criollos de sangre indoeuropea. Antelo residía en el Río de la Plata, y estaba ahora deslumbrado con el grandor de un espectáculo: el espectáculo que, mediante la inmigración espontánea, ofrecen allí el depuramiento y la unificación caucásicos de la raza nacional. Y contemplaba con pasmo la precisión casi mecánica del fenómeno sociológico, según el cual, a medida que el indio y el mestizo iban pereciendo vencidos en su lucha por la existencia contra la superioridad irresistible de las razas indoeuropeas, se afianzaban en los vecindarios el orden público, quedaban resueltos de hecho los más terribles conflictos políticos, subía el progreso intelectual y moral por rápidas pendientes, la riqueza y el bienestar se iban esparciendo en todos los ámbitos de la República.

Ciertamente, los europeos que al Plata arriban en tropel y los criollos que les abren sus brazos fraternales, no toman en cuenta para nada la tal unificación ni el tal depuramiento. El fenómeno se obra sin arte político y como consecuencia mediata de otros hechos primordiales de muy complejo carácter económico. Pues bien; Antelo concedía un valor de primer orden a los factores económicos para cualquier evolución sociológica, y no se puede negar que uno de esos factores, si no el primero, es la pujanza del arte y del esfuerzo humanos radicados en la raza.

Resolver el problema boliviano etnológicamente no es en rigor rehuir la dificultad asilándose en otro problema; es simplemente sobrentender previos arreglos administrativos combinados con maestría. Concedamos, pues, al hombre de ciencia este modo de mirar por alto los hechos sociales, concedámoselo; puesto que, en el caso presente, lo hacía fascinado por un ejemplo positivo y empujándose con la punta de los pies por sobre algo practicable en Bolivia.

"La grande obra, decía, no estaría lejana en un país minero, y por ende gran remunerador temprano de aquellos que se arrojasen a pelear allí la batalla de la vida con asaltos y sorpresas de fortuna. Que los collas avancen en cuenta para la empresa sus metales perecedores pero tentadores y convocadores. El auge de la industria minera refluirá entonces en pro de la agricultura, colonización y comercio fluvial de nuestras orientales comarcas, que tantas producciones valiosas brindan a las industrias así de cultivos como extractivas. Por este camino llegaríamos a la depuración y unificación consabidas. Después vendrían el crecimiento y desarrollo orgánicos y con ellos la plenitud generadora que se denomina la vida nacional".

Cuando uno trata de cerca a ciertos espíritus aptos para seguir, y que siguen con efecto, el desenvolvimiento actual de las ciencias biológicas, advierte que atribuyen valor esencial al asunto de las razas. No discurren jamás en sociología sin dejar previamente entendido este dato, que para ellos es el registro matriz del documento humano en cualquier sociedad constituida. En su lenguaje la raza es el protoplasma histológico del organismo social. Es como si dijéramos la urdimbre donde se labrará de realce y que hará fuerte o frágil, fina o burda, la tela de la labor sociológica. Como se ve, esto es mirar la raza cual si fuera un cimiento fundamental.

Por eso el debate con estos hombres toma un giro especialísimo en tratándose de administración o de política. Prestan una atención tan preferente a la índole castiza de los pobladores, para juzgar de las cosas de un país, como la que los fisiologistas experimentales conceden hoy a los agentes físicoquímicos para explicar en los organismos la vida. La razón del caso es obvia. No obstante y por más que ellos concedan después de esto alguna cabida a otros motores libres de los hechos sociales, es lo cierto que dejan la impresión de visionarios en política y administración, cuando en realidad de verdad estos hombres no son sino materialistas empedernidos.

¡Pobre Antelo! Tan olvidadizo de su saber, tan perdulario y desvalido como era, tan

penetrado de que la finalidad del hombre concluye con la muerte tenía un orgullo impreso en su frente calva, el único que le conocí, orgullo propio de un naturalista darwiniano: ser descendiente por línea de las hembras y por línea de los machos, de las barraganas y soldados españoles que fundaron a Santa Cruz de la Sierra.

Esas barraganas y soldados eran, como él decía, exploradores de exploradores. Habían sido lanzados a campo traviesa, lejos, más lejos todavía, por otros exploradores, por los heroicos navegantes y viandantes del Paraguay y de Santa Catalina. ¿A dónde van esos hombres? A implantar la superioridad imperecedera de los blancos en el corazón de la América meridional. La estirpe ibérica, quiere probarse en este puñado ante las razas y las castas. El será, dentro de estos barbarismos que hormiguean, la levadura de la sociabilidad selecta del porvenir. Y sin equivocarse ciertamente, Antelo sentía correr en sus venas la propia sangre de esos pobladores de Grigotá, que legaron a sus hijos la famosa repulsión de tres siglos, repulsión para no mezclar nunca su sangre con la de los guaraníes y quichuas circunvecinos.

Con estos antecedentes muy bien comprobados, más de una vez sometió su persona al examen de algunos sabios viajeros. Los antecedentes hacían muy interesante el ejemplar aun después de trasmontada en él la fogosa juventud. Las cosas pasaron cierta vez con toda formalidad. Entre otros, su amigo el doctor H. Burméster, director del museo en Buenos Aires, y célebre descubridor del caballo fósil pampeano, declaró que el individuo que acababa de examinar no era, ni con mucho, lo que los franceses llaman un *grand gaillard*, siendo por ende poco a propósito para encostar con él una selección enderezada al transformismo; pero que el ejemplar ofrecía en toda su pureza un tipo genuino de la raza caucásica, sobre todo en la conformación del cráneo.

Espero haber referido lo bastante para dejar ver que, por su calidad orgánica, el cerebro de Antelo estaba libre de las insuficiencias de entendimiento y de índole que son achaque de las razas y castas inferiores. Usando los términos de la escuela científica a que él pertenecía, su cerebro era hábil para prestarse a las adaptaciones del espíritu moderno; estaban sus células listas para entrar en las funciones que la evolución superorgánica de los blancos, que es la más avanzada, impone a todos sus agentes para el desenvolvimiento del progreso humano.

No cabía duda: la raza española al centro del nuevo continente trasplantada, y reproducida allí por siglos, erguía en la persona de Antelo su tipo primitivo con aquellos caracteres de identidad y de fijeza que constituyen a una gran raza de la humanidad. Y el orgullo del hombre consistía en poder clasificarse así: un individuo de raza superior pura en la escala antropológica de la etnografía general.

Rechazó el apodo de microbio de la humanidad, apodo que por causa de este orgullo le apliqué un día. Dijo que eran parásitos vivientes dentro de otro organismo los microbios por regla general; que aquellas razas y castas refractarias de nuestra organización social y política son los verdaderos microbios patológicos; que él era con más propiedad una célula cerebral en el organismo sociológico argentino. Estábamos a punto colocados en la puerta de su escuela.

No vaya nadie a imaginarse que este ilustrado observador sustentaba la superioridad de la raza española respecto de las demás razas indoeuropeas. De ninguna manera. Simplemente estaba contento de ser latino, si bien por las tendencias de su espíritu hubiera sido con más propiedad anglosajón.

Confesaba las proyecciones profundas que sobre el genio de una raza cualquiera arrojan las influencias exteriores y locales. Estimaba en precio los diversos valores que contribuyen a determinar la índole de un pueblo autónomo, agregados a las energías naturales de la sangre. No pocas veces estas agregaciones han tenido su parte en convertir a un pueblo en fuerza impulsiva, o en agente moroso, o en causa de retroceso, o en

desertor del movimiento progresivo de la humanidad. Reconocía sinceramente que, en el certamen de la civilización contemporánea, el pueblo español no se ha conquistado ni está en vía de conquistarse premios de gran valía. Antelo había leído a Buckle; y las demostraciones concluyentes del historiador positivista le traían impresionado penosamente por lo que a España respecta.

Nicomedes no consideraba este asunto sociológico de la raza desde un punto de vista étnico meramente; distinguía entre raza y nación. Es fuerza reconocer que, discurriendo así, no procedía dentro de una contradicción lógica.

Donde la historia probaba que España había producido en Europa una obra política inferior a la fuerza y maestría de su poder continental; donde se probaba que había producido una literatura inferior a su lengua, una industria inferior a sus medios productivos y a sus mercados, una colonización inferior al descubrimiento y conquista, una suma de cultura y de bienestar sociales inferior a la de naciones que fueron sus tributarias, etc., etc., donde la experiencia probaba todo esto sobre la inferioridad de España, Antelo admitía el cargo para probar este otro: que, efectivamente, por causas varias, que de todo tienen menos de antropológicas ni de etnológicas, España se ha mostrado inferior a su raza.

IX

En la tertulia del general Bartolomé Mitre, donde se reúnen varios personajes argentinos, promoví una noche conversación acerca de Nicomedes Antelo. No podía explicar por qué un espíritu tan superiormente cultivado se hubiese contraído años de años a la enseñanza en la escala rudimental de los conocimientos. En Buenos Aires, donde la carrera de la enseñanza oficial ha estado abierta a los extranjeros hasta en la más alta jerarquía de la dirección o de las cátedras, ¿cómo Antelo no salía de la condición de maestro de escuela?

Advertí al punto que todos conocían a Antelo y eran capaces de escribir un gran capítulo sobre "el tipo", como allá dicen. El dueño de casa, juez competente en materia científica y de muy sano criterio natural, estimaba en mucho el saber sólido y extenso del pobre preceptor, y hacía justicia a su carácter, mezcla algo desventajosa pero simpática de humildad y de independencia, una y otra llevadas a un grado verdaderamente estoico. El "tipo" como se ve, no era de suyo viable en Buenos Aires (28).

Pero otras cosas más me refirieron también. Aunque curioso, aquello sería largo de contar. Hay controversias pedagógicas, reyertas con visitantes y directores, polémicas ruidosas contra las creencias sobrenaturales, sarcasmos centelleantes como el acero bruñido y templado. Aquellos señores me dejaron con la memoria maltratada. Y era preciso todavía oír a Antelo. Este asunto parecía requerir de mi parte tino, pulso, tiento. Pero de un golpe el reo mismo me sacó del conflicto. Cuando comenzaba a balbucear algo para inquirir las causas de su postergación y de su apatía, Antelo me interrumpió riendo:

-Por tres razones: por ateo, por no ser extranjero de Extranjís sino de Bolivia, y por pendenciero. Tóqueme usted aquí el órgano de la combatibilidad...

Y me hizo tocarle detrás de la oreja una enorme protuberancia del cráneo.

Algún tiempo después recorría yo los departamentos de la Exposición Continental de Buenos Aires, cuando se me ocurrió entrar al salón del Congreso Pedagógico Internacional, que dentro del palacio celebraba una de sus sesiones. Ante un concurso como de cuatrocientos delegados, uno decía desde lo alto de la tribuna:

"El sistema actual de Buenos Aires presenta los inconvenientes de un vestido viejo cuando se remienda con trapos nuevos, o, como decía el Divino Maestro, cuando el vino de la cosecha se echa en odres viejos (29)".

Era Antelo. Discurría sobre la división del trabajo en materia de educación pública,

derivando su dictamen de la economía política y de la fisiología, con cierta flor de erudición que a fuerza de arte no parecía exótica. Ignoro si hubo combate con motivo de éstas y otras "claridades" del delegado boliviano.

Había no sé qué vigor original en la manera de discurrir de Antelo sobre el gran problema etnológico de la sociabilidad sudamericana. Diseñábase fácilmente esta nota personal en el concierto de sus ideas a través de la lucidez expositiva de sus conocimientos adquiridos.

Francamente, no tocaría este punto si hubiera yo visto en él una mera prueba solitaria de talento. Tratándose de un hombre orgánicamente escéptico, traspasado de un empirismo, inexorable, vendría aquí más mal que nunca un párrafo escrito en el diapasón de aquel tópico frecuentísimo, el tópico sobre el notable ingenio inédito del prócer que es asunto de la biografía.

Colocando al preceptor de primeras letras de Buenos Aires en el centro habitual de sus ideas, pertenecientes como se ve al núcleo de la ciencia positivista europea más flamante, no he procedido con arte sino con lógica sincera. Quería explicar llanamente la filiación de las observaciones personales del pensador, presentarlas como ecos profundos, como datos que él aportaba por sugestión y a requerimiento de las doctrinas modernas. Pero también quería hacer ver que, al lanzarse Antelo a bogar en esa corriente de ideas, obedecía a una tendencia muy antigua o si se quiere ingénita de su espíritu. Y tengo aquí el documento para demostrarlo.

La más antigua producción suya, la primera en salir a la prensa y que él tenía casi olvidada, siéndome preciso recordársela mostrándole el número 3.409 de mi catálogo impreso, es un folleto político publicado en Salta el año 1860, cuando Antelo llegaba emigrado voluntariamente de Bolivia durante la tiranía de Linares (30). Este escrito brotó de su pluma con nervio y con sabor. Recomiendo su lectura a los curiosos investigadores. Paisajes hay en él que pertenecen a lo más granado del género polemista. El diálogo sobre el círculo vicioso de los gobiernos de Bolivia es de ello un buen ejemplo. El capítulo sobre la situación del país bajo la dictadura de Linares es una página vívida que sólo ha menester breves retoques para ser una página de historia.

El autor cuenta el origen de este escrito con un rasgo pintoresco sobre unos tiempos en que se desterraba por precaución y se encarcelaba a secas por guardadísimo desquite. Al salir de Santa Cruz fue a despedirse de dos caballeros muy principales, víctimas de la persecución de Linares, y les dijo:

-Escriban ustedes algo, que son hombres de pluma; combatan con su arma al tirano de la patria; yo haré las publicaciones en Salta ya que en Bolivia es imposible.

-¡Ay!, amigo- le constestaron-, cuando apenas tenemos aliento para alzar la cuchara con que comemos, ¡qué vamos a escribir! Haga usted allí lo que pueda.

Nicomedes Antelo pudo hablar alto a los bolivianos en aquella ocasión. Era un joven que no arrastraba compromisos políticos de ningún género. No había besado la mano de ningún caudillo. Era notorio lo que había hecho después que salió del colegio. Y él lo hacía valer para autorizar más la sinceridad de su pluma. Dijo:

"Mientras nuestros hermanos resolvían al fuego del vivac la suerte de la patria, nosotros nos ocupábamos por muchos años en cazar aves en el aire y peces en el río. Nuestra última temporada en la patria la pasamos regando la era con el sudor de la frente. Y, ¡quién lo creyera! Este y no otro era nuestro principio político: ¡El trabajo!".

¿Cuál sería por aquel entonces su bagaje intelectual? Traía de Santa Cruz ciencia valiosa, pero ciencia de 1831. La filosofía positiva en Europa iba apenas dicho año a entrar en su período embriológico. ¿Quién soñaba a su respecto en prosélitos ni en divulgar lo que aún no existía?. No estaban echados entre ribera y ribera, sobre el abismo del espíritu, esos famosos puentes de albañilería naturalista, para atraer a una alianza antimetafísica y antiteológica las ciencias todas de cálculo y de observación evidencial. La sociología

evolucionista ha provenido de aquí. Su advenimiento es cosa del día de hoy, bien así como la divulgación del darwinismo. ¿Qué podía ser Antelo, entonces, sino un materialista utilitario al uso de marras y como cualquier otro del gremio? Solamente que el caso era algo raro viniendo él de donde venía.

Pero, en esos días juveniles, sin un medio ambiente inspirador, era algo más raro todavía el aliento positivista de su filosofía política. Ahí está el folleto. Ya traía el año 1860 como primordial clavado en el cerebro el problema etnológico de las razas bolivianas.

La sociedad atormentada y convulsa no acertaba, en su afán por la existencia, a labrar otra tela durable para cobijarse que estéril y sangriento militarismo. Aspera tela, caudillaje por el derecho y revolución por el revés. El pueblo languidecía de ignorancia y de pobreza. Entre vociferaciones de redención y de cólera los bandos agotaban, por la presa del poder, el repertorio de los programas gubernamentales y las fórmulas del derecho público. Y he aquí que, como una exhalación luminosa de los ardores del horizonte, brota expelida de este caos una voz altísima y serena, declarando entre el rutinario fragor de las polémicas: que era inútil bregar con cálculos, ya contra las maquinaciones y ya contra los arreglos y ya contra el motín pretoriano, cuando es lo esencial que, debajo de todo, un disturbio congénito de humores anida en las vísceras del cuerpo social, desorganizándolo desde allí la eficiencia externa de las fuerzas vivas y verificadoras de la sociedad política.

Según este notable pensamiento, lo que más llamaba la atención de Antelo era la disparidad existente entre las diversas partes integrantes del agregado social. Véase la impresión que le causaba el aspecto social de su país: véase cómo gravitaba ya sobre su espíritu aquella noción positivista, que atribuye a la sola calidad de la raza decisivas eficiencias morales y políticas, un determinismo trascendente a la condición y destino de un pueblo.

"Heterogeneidad de razas, de costumbres, de idiomas, de índole, hasta de ideas: he ahí el conjunto múltiple que ofrece aquella amalgama, digámoslo así, de muchas naciones reunidas bajo un mismo pacto social, o más bien bajo un régimen impuesto por la espada de los libertadores.

"En esa compleja fisonomía física, moral e intelectual, es relevante un rasgo, de noble trascendencia en la vida política de esa república; a saber: la inmensa distancia que media entre las clases indígena y mestiza, no educadas, y la pequeña clase instruída procedente de la aristocracia del régimen colonial. Esta pequeña fracción es y debe considerarse como un vástago de la civilización europea, injertado en la masa primitiva de la población americana. Es la única capaz de vivir a la altura de las instituciones republicanas.

"Sea por el cruce o bastardeo de las razas, sea por la falta de competente educación, sea, en fin, la influencia fatal de los hábitos coloniales, es un hecho reconocido por escritores graves: que la raza mestiza americana abriga instintos poco favorables a la moralidad de las costumbres políticas...".

Antelo opinaba, además, que aquellas incoherencias de la estructura social, que en otros Estados del continente tanto contribuyen a extraviar el ejército de las instituciones democráticas, en Bolivia revisten un carácter especialísimo de profundidad, y ello por causa de las razas y las castas allí predominantes. Forman esas incoherencias una dispersión fragmentaria de fuerzas, fuerzas mutuamente repulsivas y antagónicas, que el régimen colonial acertó a conglutinar para que sirviesen de asiento compacto a la monarquía despótica, pero que el régimen republicano no puede fundir ni refundir en la igualdad legal, para conceder a esta resultante el ejercicio soberano del sufragio.

Veintidós años de estudios ulteriores en Buenos Aires, siguiendo día por día el desenvolvimiento de las ciencias positivas, no sirvieron sino para vigorizar, con la fijeza que ya conocemos, estas primeras convicciones del naturalista de Santa Cruz de la Sierra. Cuando le traté ya no fluctuaba, no, sobre las causas que constituyen al indio y al mestizo en

fuerzas divergentes y perturbadoras; no vacilaba sobre si aquel fenómeno era efecto consiguiente al cruzamiento, o a la educación servil, o al fácil extravío de la ignorancia, o, en suma, a inferioridad congénita para estar a la altura de las instituciones republicanas. Sus afirmaciones eran categóricas:

"El indio y el mestizo incásicos radicalmente no sirven para nada en la evolución progresiva de las sociedades modernas. Tendrán tarde o temprano, en la lucha por la existencia, que desaparecer bajo la planta soberana de los blancos puros o purificados. Son una cantidad negativa, un valor heterogéneo, que no deben ser planteados en la ecuación republicana. Constituyen mientras tanto, por su número y preponderancia, y especialmente el mestizo incásico por su astucia imitadora y a veces por su cultura misma, el mayor obstáculo presente para que en la sociabilidad boliviana se produzca, como fenómeno sociológico, la génesis democrática de sí mismos por sí mismos. Son, además, y mientras actúen en la escena pública el indio soldado y el mestizo administrador y estadista, un riesgo permanente y mortal para la nacionalidad boliviana; establecimiento caucásico, que reclama ante todo la sangre de los suyos cuando tiene un honor patrio que saber sentir, una autonomía en que perseverar sin ineptitud, un territorio que conservar íntegro a precio de la vida. Y todo esto, ¿por qué? Fisiológicamente, por causa de las células, que elaboran índole pernicioso y mente inadecuada en el cerebro del indio y del mestizo".

Tales eran, si soy fiel en la enunciación, las conclusiones postreras sobre el indio y el mestizo a que había arribado Antelo en 1882; conclusiones cuyas premisas me sería imposible exponer aquí técnicamente, pero cuya demostración hube de escucharle varias veces con mezcla de asombro y pesar.

La supereminencia de la raza caucásica respecto de todas las demás, su papel preponderante en la historia del mundo, la predilección con que la especie humana le ha conferido por dondequiera el cetro del progreso, son nociones geográficas elementales que no podían haberse escapado al folletista de Salta en 1860. Pero fueron cosa particular suya el percibir que los conflictos de su patria era una revulsión orgánica, y el pronunciarse aquella vez contra ciertas malas tendencias latinas de la raza criolla en Bolivia.

Antelo para esto último se apartó del común sentir dando espaldas a las cosas e ideas de su tiempo. Se pronunció contra la educación ideologista e improductiva de la juventud, clamó contra las teorías políticas profesadas sin sentido práctico por la clase pensadora, denunció las faltas e inconsecuencias que por este camino iba arrastrando en el poder la raza blanca encabezada por Linares, predijo la próxima ruina del partido criollo envuelto en su túnica de moralización e hidalguía, lo pintó próximo a languidecer en adelante supeditado por la avilantez mestiza del militarismo pretoriano, y acertó a escribir, según mi parecer, el brillante programa de sus próximos estudios etnológicos con aplicación a su patria.

A manera de los economistas ingleses, con quienes había de encontrarse más tarde en la escuela positivista, Antelo sostuvo esa vez *a priori* lo mismo que le oí sostener en 1882 después de maduro examen: que la libertad y el orden en Bolivia no debían buscarse sino en el campo del bienestar material, poniendo de preferencia en actividad efectiva todos los agentes económicos que sugiere el arte industrial, y los que brinden allá los naturales recursos del país. En 1882, bien así como en 1860, su principio político era el trabajo.

Tales eran las fases intelectuales más salientes del hombre que dejé sano y robusto, y que meses después de la separación descendía al sepulcro.

X

¡El sepulcro! Ignoro cómo fueron sus últimos momentos. Un día me habló de ligero sobre la "sustancia inmortal del organismo humano". Notando que paraba yo en ello la atención, me explicó que aquello podría ser lo que mejor pluguiese al pensamiento, el cual era libre y por demás fecundo en el concebir; pero que si esa sustancia no se incorporaba al

fluido del transformismo en que evoluciona la inteligencia de la humanidad, no veía cómo por separado se pudiera demostrar su existencia, ni demostrar científicamente otra inmortalidad que la indestructibilidad de la materia. Fueron poco más o menos sus palabras.

Todo su ser propendía irresistiblemente hasta el materialismo. Era el hombre adecuado para que se obrase en él un milagro de revelación famoso.

Cosa muy sabida es que el darwinismo sostiene que todos nuestros movimientos interiores no admiten otra explicación que aquel viejo principio utilitario del interés personal, el amor de sí mismo, la gravitación hacia el yo.

"El hombre propende a su felicidad como cae la piedra hacia el centro de la tierra. La indestructibilidad del amor de sí propio y la indestructibilidad de la fuerza, son dos consecuencias paralelas de una sola y misma tendencia que rige al universo, y que Spinoza denominaba 'la tendencia del ser a perseverar en su propio ser'. Apego a sí mismo, tal es la ley esencial de la naturaleza. El darwinismo rechaza una voluntad superior al puro instinto de conservación, una potencia cualquiera de libertad capaz de traspasar positivamente los límites del egoísmo, del yo queriente de su yo y de su cosa".

Antelo tenía, a propósito de este culminante punto de discusión de la moral evolucionista, una frase sacada de sus autores, una frase bellísima. Se preguntaba al darwinismo: Y, ¿cómo explicáis el sacrificio de la propia dicha, el sacrificio de la vida por otro? "Respondemos: el sacrificio es como una brújula cuya orientación ha sido transformada por una poderosa influencia: no cesa de seguir la corriente universal; sólo si los dos polos, yo y tú, han sido invertidos".

¡Ah! Un trastorno de su naturaleza, la impulsión de una fuerza omnipotente, la Voz con mayúscula que detuvo la carrera del sol a fin de salvar a las huestes de Josué, eran precisos para invertir la gravitación del espíritu de Nicomedes Antelo hacia el desierto polar del materialismo.

Santiago, marzo, 1885.

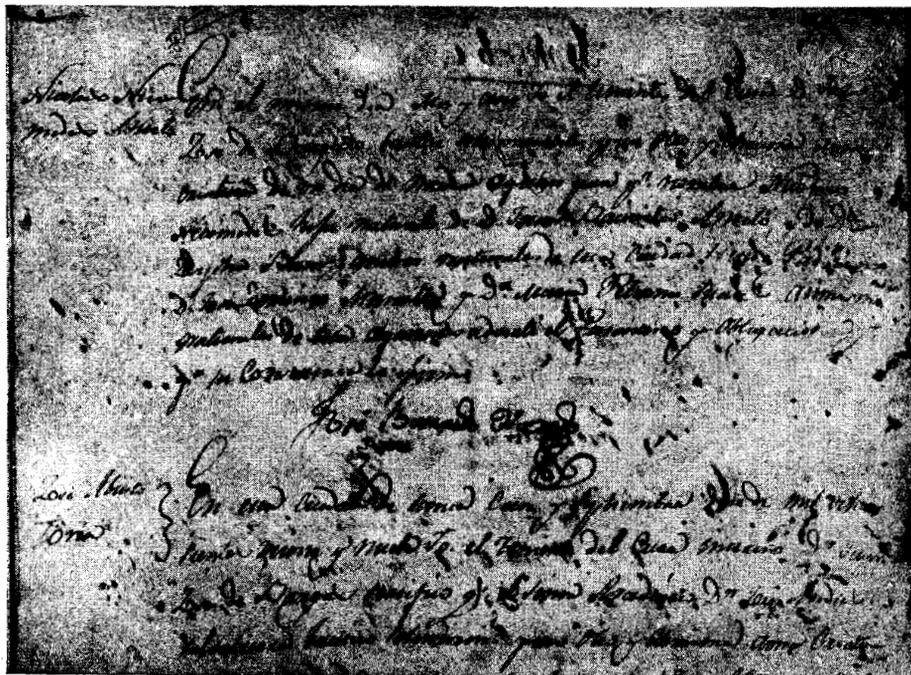
NOTAS

(1) Por su partida de bautismo existente en el libro respectivo de la antigua parroquia del Sagrario, hoy de La Merced, cuyo fotograbado se inserta en estas páginas, consta que nació el 9 de setiembre de 1829, siendo hijo de D. Juan Bautista Antelo y doña Josefa Bazán.

Los Antelo y los Bazán eran familias de prestigio y ascendiente en la comunidad hispano-criolla de aquel entonces, en gracia a su abolengo y preeminentes funciones. Los primeros entroncaban en un don Antonio Antelo Montañés, hidalgo gallego que había probado limpieza de sangre en la Real Cancillería de Valladolid y venido a Santa Cruz como funcionario de la corona en el ramo de hacienda, a mediados del siglo XVIII. Los Bazán picaban mucho más alto, pues se tenían por descendientes de D. Miguel de Bazán, hijo menor del célebre marino español D. Alvaro de Bazán y Guzmán, a quien el rey Felipe II hizo marqués de Santa Cruz y grande de España, habido en su segunda esposa, doña María Manuela, hija del conde de Santistevan. Así lo pretendía al menos el presbítero D. Francisco Xavier de Bazán, en curioso memorial dirigido a su obispo el año 1782.

(2) La abuela de D. Gabriel René llamábase doña María Juana del Rivero y, según quieren las crónicas de la época era dama de mucho estrado y tejemaneje social, amén de activa, puntillosa y arrogante. Perteneciente a una familia de la pequeña aristocracia colonial, cuyos orígenes remontábanse a los primeros tiempos de la peregrina ciudad de la selva, respaldaba su posición y bienestar con la posesión y frutos de ciertas tierras aledañas, permitiéndole tener casa bien abastecida y de puertas abiertas para las escogidas amistades. Un hermano suyo don José Joaquín del Rivero fue alcalde de la ciudad hasta días antes de operarse el movimiento criollo antipeninsular del 24 de setiembre de 1810.

(3) Bien vale apuntar aquí algunas referencias acerca del curioso personaje que de pasada se menciona en el texto. Se trata de Luis Pablo Rosquellas, figura de las más sugestivas e interesantes en la vida boliviana del pasado siglo. Poeta y músico en uno, las



Partida de bautismo de Nicomedes Antelo, que se conserva en el archivo parroquial de La Merced.



Casa donde nació Nicomedes Antelo, situada sobre la calle Colón, entre Ingavi y Ayacucho. Vista tomada en 1930 por A. Velasco F.



Plaza de Portachuelo, la pintoresca villa cruceña en donde Antelo pasó los días de su infancia.

sugerencias y diligencias de la lírica no obstaron para que, habiendo escogido la carrera de las leyes, fuera causídico de nota y brillante magistrado. Este desdoblamiento de la personalidad, fácilmente explicable en nuestro medio por los apremios de la vida material, ha sido y seguirá siendo cosa frecuente en el vivir de los hombres de espíritu. Mas, en el caso de Rosquellas, adquiere contornos de mayor relieve y notoriedad más patética.

No era boliviano de nacimiento, y en cuanto a la fijación de éste, la crónica familiar, celosamente guardada por sus descendientes, le atribuye un origen que se pierde en el secreto de las alcobas imperiales de la corte luso-brasileña del ochocientos veinte y tantos. Su padre, o el que por tal pasaba, a estar a las tácitas versiones de dicha crónica, era el violinista y cantante español Mariano Pablo Rosquellas, que llegó a ser nada menos que músico de cámara del rey Fernando VII. Su madre, doña Leticia Lacy, entroncaba con hidalgas progenies hispanas y, de otra parte, con familias de viejo abolengo irlandés.

Venido este casal a tierras de América, radicó por algún tiempo en Río Janeiro, y allí nació Luis Pablo, el 23 de abril de 1823. Con el niño de apenas un año de existencia, dejó la corte carioca y emprendió viaje a Buenos Aires, ciudad en la que habría de permanecer por varios años. No tardaría el virtuoso del violín en iniciar al niño en los secretos del atildado instrumento y al hacerlo bien pudieron advertir propios y extraños que las magníficas condiciones del iniciado revasaban de la simple precocidad hasta linderar en los chispazos del genio. Pablito, como niño prodigio, fue el encanto y la atracción de los salones en el Buenos Aires del ochocientos treinta. Tocaba el violín a la maravilla, cantaba con dulce y delicada voz, danzaba que era un primor, y como si esto fuera poco, su peregrina belleza contribuía a mostrarle más sorprendente aún.

La admiración de los porteños devino en asombro cuando al promediar el año 1830, la editora musical Bacle dio a la estampa cuatro vales compuestos por el precoz artista y dedicados a otras tantas amiguitas de su edad, con los nombres de las agraciadas por títulos de las partituras.

Todo marchaba del auspicioso modo que a la calidad y mérito de tales artistas correspondía, cuando a pocos años de entonces la desatada violencia del régimen implantado por Rosas vino a turbarlo todo con sus desmanes y tropelías. La animadversión contra lo extranjero, que singularizó al rosismo, hubo de tocar al celebrado cantante y violinista español que Buenos Aires había aplaudido, y de tal manera que le obligó a buscar residencia en otras tierras. Quiso el azar que por aquellos días presentárasele la perspectiva de un negocio de minas en el Potosí de la larga fama. A Bolivia se encaminó entonces don Mariano Pablo, trayendo consigo a la familia, con el niño prodigio en principal. Corría el año de 1833.

Por cierto que la intención de esta nota no es ni con mucho la de biografiar a Luis Pablo, siquiera sea sucintamente, sino tan sólo la de referirse a su personalidad artística, en cuanto ésta tiene relación con la vida social y cultural de Bolivia hacia la mitad del pasado siglo y a la de Santa Cruz en particular, según se alude en la mención que trae el texto. Quienquiera ahondar un poco en el conocimiento de aquella sugestiva existencia, tiene para satisfacer su curiosidad en dos trabajos que son lo más completo y documentado de la especie: *Don Luis Pablo Rosquellas*, escrito por Juan de la Ermita, conocido pseudónimo del Dr. Alfredo Jáuregui Rosquellas, nieto del insigne hombre de arte, y *Un precoz talento artístico en el Buenos Aires de 1830*, cuyo autor es el escritor argentino Vicente Gesualdo. Corre el primero en el "Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre", tomo XXXVI, del año 1941, y el segundo en el suplemento literario del periódico "El Día" de la ciudad de La Plata (Argentina), año LXXIV, nº 26, correspondiente al 16 de marzo de 1958.

Bien sea porque los delicados dones del arte que la naturaleza le tenía señalados, ésta se apresuró a otorgarle de una sola vez en la tierna infancia, no reservándole ya nada para la juventud y la edad madura; bien porque el poco favorable ambiente boliviano de la época obstó el acrecentamiento de aquéllos o su elevación a mayores alturas, lo cierto es que Rosquellas hombre no dio de sí, como artista, lo que hacían presumir sus virtudes de niño prodigio. Definitivamente incorporado desde los diez años a la vida boliviana de aquel entonces, hubo de atravesar por ella como uno más de los hombres que anhelan, sienten, laboran y concluyen por desaparecer dentro del ámbito de las montañas, sin lograr de la fortuna, o de quienquiera que sea, la soñada armonía entre lo que concibe el espíritu y lo que ejecuta la materia.

Hacia la época de la juventud y la madurez de Rosquellas, la *élite* cultural y espiritual de Bolivia vivía el romanticismo un poco trasnochado y otro poco difuso que nos vino de Europa con años de retraso, no sin recoger al paso la influencia de los argentinos del antirrosismo y los mejicanos y colombianos de la verbosa endecha amatoria. Mientras afuera la furia de las revoluciones y los golpes de cuartel laceraban el organismo social hasta dejarle

hecho una viva llaga, en lo interior de los viejos hogares criollos con resabios del tiempo virreinal, bullfan los ideales de ese romanticismo novedoso y atildado, manifestándose en una literatura de modestos alcances pero laudable intención y un arte que pugnaba por interpretar el alma de ese pueblo triste en razón de sus desgracias. Pero los formadores de esos cenáculos, no por constituir selecta minoría dejaron de chapotear en las aguas del torrente político que lo inundaba todo. Unos de propia voluntad y otros impelidos por las circunstancias, hubieron de sumarse a las agitaciones de la época y ser, por consecuencia, bien favorecidos del vaivén político, bien desmedrados y víctimas de éste. Pero, a pesar de ello, o tal vez en razón de ello, su creación artística vino a trascender en el pueblo y en no pocos casos a encarnarse en él.

Rosquellas, músico desde niño y poeta desde sus días de colegial en Chuquisaca, aportó con los primores de su espíritu a la formación de esos embriones de la cultura boliviana. Mejor dotado que muchos de los concurrentes a esa obra, aporte tal se manifestó en versos de exquisita sentimentalidad y elegante factura, que insertaban en sus columnas las gacetas coetáneas y romanzas de tierna melodía que cantaban las niñas y los mozos en las plácidas veladas familiares.

Si fuera a decirse más de la obra musical del que fue niño prodigio en Buenos Aires y más tarde *doctor* boliviano, podría añadirse que no sólo escribió canciones de la naturaleza anotada, sino también composiciones de mayor aliento y más mérito artístico. Fueron éstas, durante largo tiempo, números de preferencia en los programas de conciertos y piezas preferidas por las bandas del ejército para ser ejecutadas en las clásicas *retretas*, hasta no ha muchos años.

Quando a su música de salón, que tuvo lugar tiempo de auge en todos los centros del país, cabe expresar que fue compuesta para el canto de algunas de sus poesías del género amatorio. Crecido debió de ser el número de las composiciones de este género, con música y letra propias y amplia su circulación en copias a mano. José Domingo Cortés, compilador de la primera antología de poetas nacionales, que dio a la estampa en 1869 con el título entonces a la moda de *Parnaso Boliviano*, expresa haber conocido buen número de ellas, durante sus años de residencia en Sucre, y concluye diciendo: "Algunas de sus canciones, poesía y música, han sido publicadas en París y han circulado en Bolivia con gran aceptación. Esas obras respiran una profunda melancolía que es el fondo del carácter de su autor, y se parecen a la triste armonía de la queña indígena".

Que canciones tales llegaron hasta Santa Cruz y alcanzaron en esta ciudad la merecida boga que en otras de la república lo evidencia el hecho de estar presente alguna de ellas en la memoria de René Moreno, al evocar la personalidad juvenil de su biografiado. En este orden de evidencias, cupo al autor de los presentes escolios la grata satisfacción de ver entre los papeles de D. Florencio Landívar, artista cruceño de las últimas décadas del pasado siglo, copia manuscrita de una de las canciones de Rosquellas, bien que sin indicar el nombre del autor. Tratábase de aquella cuya letra empieza diciendo:

*Corre, tiempo, que separas
Dos amantes corazones
Que adorando sus prisiones
Bendicen su esclavitud.*

Es la que el antologista Cortés inserta en la página 289 de su *Parnaso* anteriormente mencionado.

Queda por decir que la romanza cuya primera estrofa apunta Moreno páginas más adelante del texto al que esta nota corresponde, como parte del copioso repertorio de Antelo cantor, pertenece también a Rosquellas. Es la estrofa inicial de la composición intitulada *E/*

Sueño. A la verdad, basta lo transcrito para advertir que composición tal, en lo que a poesía respecta, no fue de lo más feliz que produjo el numen romántico de Luis Pablo.

(4) No poca diligencia se ha puesto en investigar la razón que asistió a René Moreno para escribir este nombre en la forma como llanamente aparece. Todo con negativos resultados. Error de imprenta no pudo ser, y menos *lapsus calami* del cuidadosísimo y luminoso Príncipe de las Letras.

Doña Marquesa Toledo -"la marquesa Toledo" en el texto- si bien de noble alcurnia, estaba lejos de llevar el título nobiliario que la frase le atribuye. Era ésta una arrogante dama de los altos estrados en la Santa Cruz de los postreros días virreinales y primeros de la república. Nacida en esta ciudad el 30 de abril de 1788, de la unión legítima del Dr. D. Pedro José Toledo Pimentel, último gobernador colonial en los días que precedieron a la guerra emancipadora y doña Juana Gutiérrez de Soliz, casó en 1809 con D. Juan Manuel Zarco, criollo de buena cepa, de quien tuvo larga descendencia. El doctor Toledo Pimentel pertenecía a una rama del ilustre linaje de los Alvarez de Toledo, avecindada en tierras del Tucumán desde los primeros tiempos de la conquista. Como es bien sabido, los Alvarez de Toledo españoles tenían por cabezas de familia a los duques de Alba y se preciaban de entroncar en Fernando III rey de Castilla, más conocido en la historia y en la hagiología con el nombre de San Fernando.

Una hermana de doña Marquesa, llamada doña Manuela Antonia Toledo Pimentel, había casado en 1819 con su pariente, el rico hacendado D. Bernardino Gutiérrez del Rivero. Fruto de este matrimonio fue Indegunda, la que cantaba a dúo con el egregio Nicomedes.

(5) Se refiere, como el lector debe de hallarse ya informado, al cuaderno de presentación más o menos vistosa que la legación boliviana en Buenos Aires mandó imprimir con los discursos leídos en la sesión de honor celebrada el día de la efemérides patria. De dicho acto se ha hecho mención en el Prefacio, con referencia a los párrafos preliminares del estudio bio-bibliográfico original.

(6) El conde de Castelnau que visitó Santa Cruz por los días en que René Moreno sitúa la animada evocación de las reinas de la belleza, sobre este particular:

"Chaque année une *reine de beauté* est proclamée par la mode, et plus heureuse que bien des souveraines, elle est assurée de garder son pouvoir une année entière. Lors de notre passage, une jeune fille de nom Henriquetta López était revêtue de cette haute dignité. Plus gracieuse que jolie, il fallait pour comprendre l'enthousiasme dont elle était l'objet, la voir dans une salle de bal, excitée par la danse et par les applaudissements de la foule, elle s'élevait en fermissant et accélérât encore la vive mesure des danses castillanes par les sons précipités de ses castagnettes". (*Expedition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud*. Paris, 1851, vol. 3^e, pág. 346).

Para solaz de curiosos y satisfacción de allegados, no está de más redondear esta nota con referencias familiares acerca de la *plus gracieuse que jolie* doña Enriqueta López. Casada a los años de concluir su reinado con el abogado paceño don Zacarías Salmón Ampuero, oriundo de los Yungas, tuvo de este matrimonio un hijo único que recibió el mismo nombre del padre. Fue el Dr. Zacarías Salmón López, magistrado y político de gran ascendiente en la tierra natal, cuyo nombre llegó a postularse en la convención liberal de 1908 como candidato a la vicepresidencia de la nación. Hijo suyo fue el Dr. Julio Salmón, jurisconsulto y escritor de nota, rector de la Universidad Gabriel René Moreno y proclamado Maestro de la Juventud Boliviana.

Viuda doña Enriqueta del abogado yungueño, casó en nuevas nupcias con el extranjero D. Juan Nernuldes, de quien habría de tener larga descendencia.

(7) El intendente a quien se alude en el texto es D. Francisco de Viedma y Narváez, primero que exhibió el título aquel en la serie de los gobernadores de Santa Cruz, bien que con residencia en Cochabamba, ciudad a la que hubo de trasladarse la capitalía de la

gobernación, en virtud de la llamada "Ordenanza de Intendentes", dictada por el soberano español en 1782.

En minucioso y puntual informe elevado al Virrey de Buenos Aires en el año de 1793, decía Viedma de las aguadas de Santa Cruz, con cierto airecillo de moralista ofendido: "...en un terreno llano, a una legua por el E. del Piray, y a distancia de cuatro o cinco cuadras por la parte del O. de una cañada, por donde corre un pequeño arroyo que llaman Pari, de cuya agua se proveen, el cual escasea tanto en tiempo de seca que se necesita hacer *paúros* o pozos para recoger la poca que filtra aquel arenal... Sin embargo de haber tanta abundancia de ganado caballar y mular, no se valen de este auxilio para la conducción del agua; las pobres mujeres soportan este diario trabajo, cargando los cántaros en la cabeza, de que se siguen no pocos desórdenes para dar pábulo a la libertad de la juventud". (*Descripción de la Provincia de Santa Cruz, en Colección de Documentos para la Historia del Río de la Plata*, formada por Pedro de Angelis. Reimpresión de Lajouane. Buenos Aires, 1910. Vol. II, pág. 463).

(8) Figura harto sugestiva e interesante la del sacerdote D. José Vicente Durán, a quien se menciona en el texto, sin el nombre de pila, como a memorioso admirable y consumado latinista. De ambas singularidades de su persona dan prueba elocuente sendos documentos que existen en el archivo capitular cruceño. Consta su versación en la lengua del Lacio por cartas escritas a su obispo cuando ejercía la cura de almas en Santa Ana del Yacuma y principalmente, por cierto curioso memorial dirigido al deán y cabildo eclesiástico, del que formaba parte como canónigo lectoral, formulando reparos a la regla consuetada que aquella corporación tenía en estudio.

Varias veces diputado por la ciudad natal, tuvo sobresaliente actuación en la convención de 1851, que aprobó los actos de Belzu como presidente interino y dictó la quinta carta constitucional de la república. Fue de los contados representantes que, a poco de iniciadas las labores legislativas, votó por la admisión de la teatral renuncia hecha por Belzu de las funciones gubernativas.

Mas, con ser ya bastante meritorias, no son éstas las únicas muestras de su recia personalidad. Más mérito aún, si cabe, tienen sus andanzas de explorador y conversor de aborígenes, entre los años de 1810 y 1815, cuando se hallaba en ejercicio de funciones curales en los pueblos de Moxos.

Para el conocimiento de los servicios prestados al país y a la iglesia en particular, junto con otros pormenores de su vida, consúltese la breve pero bien documentada biografía que de él tiene escrita el P. Adrián Melgar y Montañó y fue publicada entre las páginas 180 y 183 de la revista "El Archivo".

El otro de los mencionados por Moreno como excelente cultor de la lengua latina el Dr. Basilio de Cuéllar, es personaje conocido en la magistratura nacional, como que desempeñó por cerca de veinte años una vocalía de la Suprema Corte de Justicia, los nueve últimos con la investidura de presidente de aquel alto tribunal.

Anteriormente había ejercido, primero como diputado y luego como senador, la representación de su tierra natal durante varios períodos legislativos, y el ministerio de gobierno en el primer gabinete del presidente general Córdova.

Tenido por el mejor civilista de su tiempo, al decir de Humberto Vázquez Machicado, su carrera de magistrado señalóse, principalmente, por la probidad más acrisolada y la más firme rectitud. Así lo reconocen con encarecidas frases de encomio historiadores y tratadistas de la justedad de criterio y la fina observación de Pantaleón Dalence y Luis Paz. Concebía la misión del juez como misión de tan depurada sustancia que el ejercicio de ella habría de involucrar la práctica de una moral irrestricta. Suyos son estos conceptos, tomados de uno de sus discursos de la rutina judicial, buenos para servir de eterna advertencia a los jueces bolivianos del presente y el futuro: "El juez hábil

e instruído, sin moralidad, es más peligroso y temible que el ignorante honrado. Dirigiendo sus conatos a justificar aparentemente sus actos, emplea su saber y su talento no en descubrir la verdad, sino en obscurecerla o desfigurarla; presenta lo especioso como real, y en lugar de administrar justicia, asegura sus apariencias legales a la impunidad de sus prevaricaciones".

Eadem vis tacit adque expressi...

Para mayores conocimientos sobre la vida y la personalidad del ilustre jurisconsulto cruceño, véase *La Corte Suprema de Justicia*, de Luis Paz; *El Doctor Don Basilio de Cuéllar*, por Lucas Saucedo Sevilla, Sucre, 1947; y *Datos sobre el aporte cruceño a la Cultura Boliviana*, de Humberto Vázquez Machicado La Paz, 1938.

Apenas es necesario decir que el nombre de Gabriel José Moreno corresponde al del progenitor de don Gabriel René. La mención que de pasada se hace en el texto no es para ser tenida como consecuencia del amor filial o manifestación de parecida índole. Don Gabriel José fue hombre de singulares méritos en gracia a su sólida preparación, integridad moral y eminentes servicios prestados al país. Nacido en Santa Cruz de la Sierra el año 1804, de la unión legítima de D. José Marcelino de Moreno y doña Manuela de la Roca cursó humanidades en la ciudad natal y leyes en la ilustre Universidad de San Francisco Xavier de los Charcas, alcanzando a recibir la toga el año de 1828.

Vuelto a Santa Cruz, desempeñó sucesivamente las funciones de juez de letras, profesor de latinidad en el colegio de Ciencias y Artes y presidente del Concejo Municipal. En 21 de junio de 1832 se unió en matrimonio con doña Sinforosa del Rivero, de la que tuvo los siguientes hijos: Gabriel René, el primogénito, nacido el 6 de febrero de 1834, Clemencia, Corina y Arístides.

Posteriormente representó a su tierra como diputado a varias legislaturas, ejerció las funciones de prefecto del departamento y pasó luego a una vocalía de la corte superior del distrito, siendo presidente de ella durante tres años. En 1851 fue designado ministro de la Suprema Corte, cargo que retuvo durante algún tiempo y del que habría de retirarse por achaques de política. En las postrimerías de la administración de Belzu fue nombrado prefecto del departamento del Litoral, y desde la capital Cobija pudo enviar a su primogénito a que cursara estudios universitarios en Chile.

Hombre de vasta cultura se ha dicho, y prueba de ello son sus estudios sobre la geografía y la historia del oriente natal, que sólo parcialmente dio a publicidad. Según lo asegura el hijo en una de las curiosas apostillas de su *Biblioteca Boliviana*, estudios tales fueron aprovechados por el viajero Castelnau, no sin alguna infidencia de parte de éste, por haber omitido de mencionar el nombre de quien generosamente le brindó el fruto de sus desvelos.

(9) Del vizconde Eugenio D'Osery, hace Francis de Castelnau frecuentes como encarecidas menciones, a lo largo de los seis gruesos volúmenes de su *Voyage*. En la *Introducción* de éste, entre las páginas 15 y 16 del primer volumen, da de él una breve noticia biográfica. Según ésta, M. D'Osery era sobrino del célebre general Moreau, aquel general que al servicio de la república y el consulado hizo más de una vez la ruta del Rhin al Danubio, poniendo en derrota a alemanes y austriacos, y concluyó por traicionar a Napoleón y pasarse a los enemigos del corso genial.

Egresado el vizconde de la Escuela Politécnica de París como ingeniero de minas, con altas clasificaciones que le recomendaban, fué agregado a la expedición científica de Castelnau como personero del Ministerio de Instrucción Pública. Durante el largo perigeo por tierras de la América Austral, su jefe llegó a profesarle señalada estimación y encomendarle misiones de alta importancia. Era en el cuerpo expedicionario el encargado de los trabajos geológicos y de la conducción y guarda de las libretas de apuntes y las piezas destinadas a los museos que se recogían al paso.

Veintiocho años había cumplido apenas cuando fué asesinado, en 1846, por tres remeros mestizos que se comprometieron llevarle por el Ucayali y el Marañón abajo, en la región amazónica del Perú.

Asegura Castelnau que de todo lo que D'Osery llevaba consigo, nada pudo ser recuperado, perdiéndose de esa manera no sólo las anotaciones oficiales de la expedición, sino que también los papeles privados del joven visconde, y entre ellos su Diario. Por suerte, algunos cuadernos con apuntes habían sido enviados por D'Osery a su padre, tiempo antes de emprender aquella etapa del viaje que para él sería la última. Con dichos apuntes y estudios particulares suyos, formó Castelnau otro libro, que habría de dar a la estampa, años después de imprimir el *Voyage*, con este título: *Des Itinéraires et de la Coupe géologique á travers le continent de l'Amérique du Sud*.

Debe suponerse que de este último tomó René Moreno la relación del episodio de los carreteros cruceños iniciados en el conocimiento de la lengua de Horacio.

(10) Mariano Zambrana, jurisconsulto de nota y escritor elegante, escribe a este propósito: "No sólo antes sino después de 1840 los devotos cruceños rezaban en latín. Mi abuela materna, doña María López, enseñóme a santiguarme i a rezar en la lengua papal el principio de los tercios del rosario i otras oraciones, inclusive la dominical i el símbolo apostólico. Quizá muchos de los fieles cristianos de esa época, i la vieja de mi abuela, no entendían sus mismos rezos, pero lo cierto es que la mayor parte los articulaban en latín". (Vide: *Plumadas Centenarias*, Santa Cruz, 1925, pág. 78).

(11) Por lo que puede apreciarse a través de sus escritos, su obra material de naturalista *amateur* y las amistades que cultivaba en Buenos Aires, Félix San Martín era hombre de merecimientos bien ganados a costa de talento y laboriosidad, amén de estar relacionado por vínculos de sangre con el patriciado porteño. Expatriado el año 1840, cuando la tiranía rosista llegaba a su ápice de terror, vino a buscar asilo en Santa Cruz, y aquí se estableció por cerca de veinte años, dedicándose al comercio como medio de vida.

Casó el 12 de julio de 1846 con Matilde Antelo, hermana mayor de Nicomedes y preferida de éste en la ternura familiar. Tuvo de ella los siguientes hijos: Félix Florentino, nacido el 26 de mayo de 1847; María Matilde, nacida el 12 de abril de 1850, y Vicenta Celestina, el 6 de abril de 1853.

Cúpole en 1859 retornar a la patria, llevando consigo a su familia y al dilecto cuñado, con quien, en los años de vivienda en Santa Cruz, había compartido los fruiciones del estudio, las observaciones de la naturaleza y el recojo de especies animales y vegetales para ser transformadas en piezas de museo. Tras de una breve permanencia en Salta, pasó

a Buenos Aires, y allí se estableció definitivamente.

A poco de llegado dió a la estampa un interesante opúsculo que lleva por título *Emigración del año 1840. Ojeada zoológica sobre el Oriente de Bolivia y sobre sus relaciones comerciales con la Argentina*. Dedicado al Dr. Marcos Paz, prestigioso político porteño más tarde vicepresidente de la nación junto a Mitre y de quien el autor se declara amigo, fué impreso en los talleres de "EL Comercio del Plata", a principios del año 1861.

Moreno, que apunta las referencias bibliográficas arriba expresadas, junto con otros pormenores de la especie, como correspondientes a la pieza 1.375 de su Biblioteca Boliviana, comenta en el libro que lleva este título: "Interesantes pinceladas sobre la geografía zoológica de Santa Cruz de la Sierra, i disertación juiciosa i bien calculada sobre los intereses comerciales de gran consideración que llaman a la Argentina hacia el lado oriental de Bolivia.

San Martín fué uno de los tantos emigrados de la época de Rosas que se asilaron en la república. Hizo frecuentes viajes en los departamentos de Santa Cruz y el Beni, con la mira de formar una colección zoológica. Vuelto a la patria logró instalar dicha colección en Buenos Aires donde ella causó asombro i mereció ser adquirida por el gobierno." (Cf. *Biblioteca Boliviana*, pág. 354).

(12) La *Flora Cruceña* de Rafael Peña, a la que se alude en el texto al observar el biografiado la nominación de la planta cuestionada, es en Bolivia obra única en su género. Salvo pequeños o parciales ensayos, nadie hasta el presente ha tenido la suficiente capacidad o la suficiente voluntad para emprender tarea de esta naturaleza y darle la forma de catalogación y exposición que el botánico cruceño dió a la suya.

Biógrafo y biografiado, por los años en que el primero ubica su encuentro con el segundo, sólo pudieron referirse a la edición incompleta de aquella obra, hecha por el autor en la ciudad de Tacna, el año 1870. La menciona Moreno en su *Biblioteca Boliviana* bajo el número 1.666, como "curioso diccionario que quedó inconcluso al final de la letra M".

La impresión del texto íntegro tardó aún bastantes años en llevarse a término. Fué hecha en Sucre, el año de 1901, por la imprenta Bolívar de Moisés Pizarro. Se reimprimió en 1944 como volumen décimo, y creemos que último, de la Biblioteca Boliviana, cuya labor directiva tenía a su cargo el escritor paceño D. Gustavo Adolfo Otero.

Unas cuantas palabras sobre el autor. Nacido en Santa Cruz el 23 de octubre de 1822, emprendió la carrera del derecho y fué doctor en leyes por la Universidad de San Francisco Xavier. En el Colegio Nacional de la ciudad natal, hoy apellidado Florida, fué durante años profesor de ciencias naturales y matemáticas. Desempeñó asimismo, funciones administrativas y judiciales, sin haber podido hurtarse, a fuer de hombre de ciencia y de moralidad incorruptible, a los ajetreos de la política y sus correlativos las revueltas armadas, de una parte, y los trajines electorales de otra. Cabecilla local de un alzamiento contra Melgarejo, fallido el intento tuvo que expatriarse, yendo a dar al Paraguay, por entonces bajo la férula de Solano López y en furiosa guerra contra la Triple Alianza. Bien recibido, en un principio, por el autócrata paraguayo, tuvo después la mala suerte de caer en los celos y las iracundias de éste. Reducido a prisión y allí torturado física y moralmente, debió su salvación a los azares del destino, habiendo sido uno de los pocos bolivianos que logró salir con vida. Sobre este infausto episodio de su existencia escribió más tarde un interesante opúsculo que lleva por título *Recuerdos de Viaje*.

Cuando se hallaba ya cargado de años y de merecimientos, la política volvió a tomarle, esta vez en plaza muy señalada. Candidato a la vicepresidencia de la república por el partido conservador, junto a Severo Fernández Alonso, que postulaba a la presidencia, resultó ganador en las lides electorales con el peso de la votación de la

ciudadanía boliviana consideraba para tales funciones los nombres de cuatro candidatos: los doctores José María Santiviáñez, Belisario Salinas y Jorge Oblitas y el general Hilarión Daza. Diferendo más, diferendo menos, representaban los dos primeros el civilismo linarista, esto es, el grupo idealista y romántico de "los Rojos". Inquieto y ambicioso el tercero y nada firme en ideas y en apegos, trafa consigo el caudal de su artería en materia política y el impulso de sus premiosas ambiciones. Cuanto al general Daza, legítimo producto de los cuarteles de la época, sólo tenía en su haber la calidad de ministro de guerra y el ser ídolo viviente de la soldadesca, y en principal de los ya célebres "Colorados".

A poco de iniciada, la pugna acabó en un doble entendimiento de sus elementos concurrentes, de cuyas resultas sólo quedaron en acción dos candidatos: Santiviáñez y Daza. Salinas hizo causa común con el primero y Oblitas halló mejor someterse al segundo, en un juego de cartas que después habría de ser tendido sobre la mesa.

El caudillo del "igualitarismo" cruceño, que por razones fáciles de comprender y por haber sido en la universidad discípulo de Oblitas era ferviente partidario de éste, enterado de la componenda, se afilió al dacismo y sostuvo en el Oriente la candidatura del general - ministro junto a la suya propia para ser reelecto diputado.

Como es bien sabido, faltando apenas tres días para la realización de los comicios, Daza dio el golpe alevé del 4 de mayo y se proclamó presidente de la nación, con el doctor Oblitas por secretario general, quedando las elecciones en suspenso por no haber ya necesidad de ellas. En Santa Cruz, donde por falta de comunicaciones no se tuvo noticia alguna del hecho, tales elecciones se llevaron a efecto y, como era de esperar, el voto de los "igualitarios" dio el triunfo a Daza y al caudillo local. El propio que ese mismo día fue despachado a Cochabamba con la nueva del triunfo electoral, al arribar a aquella ciudad encontróse con un paisano que llevaba pliegos oficiales con destino a Santa Cruz, en los que se daba cuenta del cambio de gobierno y se expedían nombramientos de nuevas autoridades. El doctor Demetrio de la Roca, personaje de primera fila en la capital oriental, no nada amigo de Ibáñez y de su partido, había sido designado prefecto y el coronel Ignacio Romero, comandante general y mayor de plaza. Esto implicaba no sólo un desconocimiento de la adhesión prestada por el caudillo "igualitario" a la persona y la causa del nuevo gobernante, sino también una manifiesta ingratitud para con él.

Fácil es imaginar la reacción de Ibáñez frente a tamaña preterición. Las reuniones de su gente volvieron a sucederse, más fogosas si cabe que en los tiempos de la campaña electoral, y las expresiones de descontento no tardaron en enderezar a las de airado repudio contra Daza y su gobierno. Las cosas debieron de llegar a tal punto, que un día de esos el caudillo fue detenido en la calle, conducido a prisión y allí afrentosamente aherrojado. Los suyos se pusieron en movimiento, y como el hecho hubiera causado enfado aun entre los ajenos a la taifa "igualitaria", no fueron pocos los que de entonces en adelante hicieron causa común con el coterráneo en desgracia.

Así las cosas, la noche del 1º de octubre de aquel mismo año la columna de guarnición se amotinó en el cuartel, donde a la sazón Ibáñez se hallaba preso. El coronel Romero corrió a poner orden entre los soldados, pero fue recibido a tiros y muerto de una descarga. Al motín soldadesco se sumó la plebe enardecida, que, después de libertar a su *líder*, se lanzó sobre las calles.

Al día siguiente reunióse un comicio en la capilla del Colegio Seminario, al que concurrieron no ya tan sólo los "igualitarios", sino también algún número de ciudadanos hasta entonces tenidos por independientes. Las deliberaciones de la asamblea concluyeron en el nombramiento de Ibáñez como primera autoridad departamental, "por ser éste el único que podía conservar y guardar el orden público". Se lanzaron proclamas a manteniendo, cuyo

ciudadanía oriental, que no obstante de ser en su mayoría contraria a aquel partido, otorgó su favor al compatriota, sin duda por aquello de *Civis romanum est*. En ejercicio de aquellas elevadas funciones tocóle asumir la primera magistratura de la nación cuando el presidente Alonso, puesto a la cabeza del ejército abrió campaña contra los rebeldes federo-liberal-regionalistas de La Paz. Eran las postrimerías del régimen conservador, que cayó al corto tiempo de eso.

(13) Se refiere al doctor don Francisco de Paula León de Aguirre, vigésimo octavo obispo de la diócesis cruceña, cuya sede ocupó en 1838, siendo residencial de La Paz, por permuta canónica hecha con D. José Manuel Fernández de Córdova. Fué el primer obispo oriundo de su diócesis, pues había nacido en Santa Cruz el 5 de febrero de 1790. Su padre, D. Tomás de Aguirre, vino a esta ciudad como "Ministro de la Real Hacienda en la Tercera Partida Demarcadora de Límites", o sea como tesorero o pagador, que diríamos hoy, de aquella comisión, inútil a pesar suyo, que envió la corte española para fijar linderos con los dominios luso-brasileños correspondientes a la parte del Alto Perú.

Su madre, doña María Micaela Velasco, criolla cruceña, era tía carnal del general José Miguel de este apellido, cuatro veces presidente de Bolivia.

La figura del obispo Aguirre es una de las más sugestivas y relevantes de la iglesia boliviana, por mucho que de las notabilidades de su personalidad no se haya ocupado la fama tal cual ellas se merecen.

René Moreno ha hecho de él una semblanza pintoresca y jugosa, que empieza por describir la residencia episcopal del Pari, mencionada en el texto. Bien vale la pena transcribirla.

"A dos millas más o menos de la catedral de Santa Cruz, esa metrópoli oriental de Bolivia, fuera de los arrabales y en una eminencia florida, se levanta un pintoresco palacio de forma longitudinal, guardada hoy de reptiles y sabandijas, treinta años ha la morada de un obispo célebre, que por cierta permuta de mitras dió margen a cuestiones ruidosas con el patrono nacional y la curia romana, y que, por haberse traído de Quito en su compañía a una monja exclaustrada, dió mucho que hablar en aquel entonces en cuatro repúblicas del Pacífico.

"El sitio episcopal era romanesco y con vistas y panoramas espléndidos. Hacia los términos occidentales del horizonte se divisan como una lejana cortina azul, las últimas sierras de los sistemas andinos. Al oriente, verdes soledades que se juntan en el confín con el azul del cielo. Al norte y al sur de la misma selva virgen negruzca, inconmensurable y exuberante. Allí también se recogió la monja en departamento lejano y en medio de la servidumbre doméstica, la cual ella sabía regir magistralmente; siendo afamados en Quito, La Paz, Santa Cruz y Valparaíso los chumbos y almendrados de la madre Carmen. El obispo habitaba un pabellón superior del extremo opuesto, que es como el castillo de proa de una nave que va surcando aquel piélago inmenso de esmeralda; nave que, alejándose de la costa formada por las serranías occidentales, va como orillando hacia el noreste un islote, la ciudad de Santa Cruz, donde pacía el rebaño del pastor, y que asoma sus tejados entre tamarindos, palmeras y naranjos; por lo cual y porque la floresta invade sus plazas, calles, patios y sitios poco frecuentados, como queriendo devorar el albergue del hombre, es, según D'Orbigny, "la ciudad campestre por excelencia", y se la pudiera reputar un reducto para guardar, defender, y dominar esos ríos y llanuras que esconden para Bolivia un porvenir de grandezas.

"Pero la verdad es que no era aquel pastor un sibarita epicúreo, ni un cínico liviano. Triste, recogido, achacoso, está demostrado que sus costumbres eran castas, y que con su singular afecto a la monja, fue tan sólo un celibatario de condición altiva y pertinaz, que al

través de las vías espirituales, había caído en las flaquezas íntimas del amor paternal." (*Fúnebres*, en la revista "Sud América" de Santiago de Chile, tomo II, págs. 121 a 141, últimamente incluido en el tomo II de la recolección publicada por la Editorial Potosí con el título de *Estudios de Literatura Boliviana*.)

Tal fué el peregrino mitrado que trajo del Ecuador una adelfa para plantarla en el huerto contiguo a su palacio, y tal el huerto mismo.

Queda por decir que de aquel palacio no subsiste al presente el más ligero vestigio. Sobre el pintoresco altozano en que se hallaba asentado, ha poco más de una treintena de años un caballero alemán, el señor Germán Mozer, mandó edificar su morada con el tipo corriente de *chalet*. El huerto, que el señor Mozer abrió y replantó de nuevo, acaba de desaparecer, retaceado y "loteado" a la buena de Dios.

(14) Esteban Rosas: Otra de las lúcidas mentalidades y atrayentes figuras de la Santa Cruz de ha más de un siglo. Nacido en esta ciudad el 9 de marzo de 1820, fueron sus padres D. Esteban de Rosas, antiguo funcionario del Consejo de Indias y enviado de la metrópoli para ejercer funciones de administrador en las misiones de Moxos y doña María Cuéllar, criolla cruceña emparentada con familias de la pequeña aristocracia colonial.

Pasando por alto sucesos de su vida que encarecen lo brillante de su personalidad, bien vale hacer mención de un acontecimiento de alta significación en la historia boliviana, en el que cupo intervenir a Rosas del modo que cuadra a la altivez y dignidad del hombre en funciones de representante del pueblo.

Corría el año 1850. El presidente Belzu, el adorado de las multitudes, yacía en el lecho de enfermo, víctima de heridas que sufrió en el Prado de Sucre, la tarde del 6 de setiembre. El consejo de ministros, que asumió en la emergencia el mando de la república, había impuesto al Congreso el dictado de una ley que suspendía las garantías constitucionales, con el fin de perseguir y castigar a quien quiera que apareciese comprometido en el atentado contra el semidiós de la estampa beduina. Como las tropelías, los desfueros y la iniquidad se multiplicaran al amparo de esa ley negativa, hasta el extremo de fusilarse por sentencia de un tribunal militar, nada menos que al presidente del senado, un grupo de diputados vió de su deber tramitar en la cámara la derogatoria de esa ley. Eran éstos los señores Mendoza de La Tapia, Evaristo Valle, Aniceto Arce, Nicolás Burgos, José Matías Castaños y el cruceño Esteban Rosas. Más despejado o más animoso, fué Rosas quien se brindó para presentar y leer el proyecto respectivo, que estaba concebido en los brevísimos y tajantes términos siguientes "Se deroga la ley de 7 del corriente y se restablece el régimen constitucional de la República".

Huelga decir que en el recinto de la cámara la proposición no sólo que no halló ambiente propicio, sino que se desató contra los proyectistas la de rechiflas e improperios que es de imaginar, dados los antecedentes. "El tumulto se hizo incontenible. La barra, soliviantada por el desigual combate, prorrumpió en verdaderos aullidos de cólera y amenaza, y los puños se tendieron airados sobre el recinto camarál. En ese momento, y cuando los diputados rodaban unos sobre otros, se presentaron dos compañías de soldados seguidas de una multitud de militares armados hasta los dientes y apoderándose de los siete proyectistas los condujeron a un cuartel entre dos filas de soldados, militares y plebe que aullaban soeces insultos, sandeces de prostíbulo, para encerrarlos en un oscuro y hediondo calabozo, después de remacharles las manos con grillos." (Alcides Arguedas: *La Plebe en acción*, págs. 119 y 120.)

Como es de presumir, pendía sobre los abominables representantes que habían osado atentar contra los fueros del belcismo, la amenaza de castigos mayores que los de la simple prisión con aherrojamiento. El joven abogado Manuel Ascencio Escalante,

conterráneo de Rosas y su muy amigo, valiéndose de la prianza que tenía ante el presidente del consejo de ministros, general Téllez, por ser yerno suyo, trató de salvar a aquél por las buenas. Dizque el autócrata de emergencia accedió a condescender con el cruceño, siempre que éste apretara filas dentro del belicismo y no se anduviera otra vez por donde anduvo. Negativa solemne del hombre, y como consecuencia, a no muchos días, camino del Guanay y de Moxos, junto con sus colegas de función ciudadana.

(15) Por el tiempo en que Antelo escribía, o más bien disertaba, el compuesto de los hechos concurrentes a la fundación de Santa Cruz y la fundación misma, corrían envueltos en la bruma de lo difuso y lo incompletamente averiguado. Las únicas fuentes de información disponibles eran, por una parte, las crónicas escritas al tiempo mismo de la conquista o poco después y dadas a la estampa hasta en la primera mitad del siglo XVII - Schmidl, Centenera, Ruy Díaz de Guzmán- y, de otra parte, las obras de los narradores de la colonia -Lozano, Guevara, Aguirre, Azara- que se limitaron a reproducir lo expuesto y relatado por aquéllos con poco o nada de novedad, como no fuera en la exposición. Se da por sabido que unos y otros incurrieron en omisiones, alteración de hechos y confusión de tiempos y lugares, cuando no en fallas de mayor calibre: Los primeros por achaques de la memoria o por influencia de afectos y desafectos personales, y los segundos por copiarles sin beneficio de inventario, como suele decirse.

Por consiguiente, la historia de los orígenes de Santa Cruz en la época de Antelo no andaba en las cabales y se prestaba a obscuridades y desaciertos que posteriores investigaciones en los archivos de España se han encargado de rectificar o poner en claro. La ciudad del Oriente Boliviano no fué fundada en 1575, sino el 26 de febrero de 1561. Nuflo de Chaves, su fundador, no era andaluz sino extremeño, y hacia el año de 1575, siete hacía que descansaba sobre el haz de esta tierra boscosa y sabanera que tanto amó y en cuyo "desencantamiento" cifró la mayor de sus esperanzas. Había muerto a manos de los itatines del cacique Buerteney, por el mes de octubre de 1568.

(16) Por lo que respecta a la presunta traslación de Santa Cruz en 1592, desde su ubicación primitiva a los llanos de Grigotá, conviene advertir que por razón de las circunstancias referidas en la nota anterior, Antelo no pudo estar en posesión de los pormenores de cómo y cuándo aconteció el hecho que de pasada se apunta.

A la verdad, el proceso de fundaciones y traslaciones que concluyó con el aposentamiento definitivo de Santa Cruz tiene alguna complejidad, y ésta ocasiona no pocos enredos y da pie a errores y confusiones en los que hasta hoy se incurre, no sólo entre el común de las gentes, sino hasta en libros de historia que circulan como textos oficiales de enseñanza. Y ya que la ocasión se presenta, juzgamos procedente, y aún necesario, hacer aquí una compendiada relación de ese proceso.

La ciudad fundada por Nuflo de Chaves en la vega de Sutós el 26 de febrero de 1561, nació con mala estrella.

Continuos asedios por parte de los belicosos aborígenes que moraban en sus aledaños; amenaza constante de la bravía naturaleza que pugnaba por recuperar lo suyo invadiendo calles y plazas con la exuberancia de ramazones y matojales; malogro virtual de todas las expediciones destinadas a buscar la fortuna o siquiera el buen pasar de sus habitantes: He ahí la característica de los primeros treinta años de su existencia. Y como si esto fuera poco, las autoridades del virreinato y de la flamante Audiencia de Charcas, en particular, dieron en verla con malos ojos, por estimar que su apartamiento de los centros de administración colonial no ofrecía ventaja alguna para ésta y porque el natural rebelde y levantisco de sus gentes, ya manifestado en más de una ocasión, las

tenía suspicaces y recelosas.

Así las cosas, dispuso el virrey que se fundara una nueva ciudad, más a la mano de los núcleos rectores de la colonia peruano-charquense, para que sirviera de capital de la dilatada provincia de los llanos, en vez de la recelada Santa Cruz. Comisión tal fué encargada al propio gobernador de esta provincia, que lo era por entonces D. Lorenzo Suárez de Figueroa. La fundación se hizo el 13 de setiembre de 1590, a orillas del turbulento río que los nativos guaraníes nombraban *Guapa-y*, con el nombre de San Lorenzo el Real o de la Frontera. A ella se mudaron autoridades y oficiales del fisco real, dejando a Santa Cruz en su aposentamiento de la vega chiquitana, poco menos que en desamparo.

No duró mucho la ciudad de San Lorenzo en el lugar donde fué erigida. Contratiempos resultantes de la muy próxima vecindad del río obligaron a que se buscara lugar más conveniente para refundarla. Fué señalada para ello la hermosa y dilatada llanura de Grigotá, extendida como una alfombra desde las últimas eminencias del Ande hasta las veras mismas del Guapay. Era lugarpreciado y de larga tradición entre los nativos. En siglos atrás había sido la morada del pueblo *chané*, pequeña agrupación de tribus de estirpe aruvage, que llegó a adquirir cierto incipiente grado de cultura. Su reyezuelo o cacique principal llevaba el nombre dinástico de *Grigotá*, que habría de recoger la tradición aborígen.

Los españoles, que en punto a topónimos en lenguas vernaculares cuya dicción no les era asequible, todo lo alteraban y enrevesaban, nombraron a la llanura con diversas modalidades de la palabra original Grigotá, diciendo a las veces *Gorigotá*, *Cuergorigotá*, *Güergorigotá* y finalmente *Güelgorigotá*. Sobre esta disconformidad hemos ensayado en pasada oportunidad una explicación que se resume en seguida.

Cuando el gentío guaraní irrumpió en la comarca, enseñoreándose de ella y dispersando a sus moradores, el nombre del régulo chané fué usado en su lenguaje para designar a la llanura, anteponiéndole el afijo *cue* que por eufonía suele trasformarse en *cuer*, tal como ocurre en el dialecto guarayo, y, denota la idea de lo que era y ya no es. Mas como en la dicción guaranítica no existe la *r* líquida y por esta razón la sílaba tiene que desdoblarse, dieron en decir *Cuergorigotá*, que en la lengua castellana equivale a "lo que fué de Grigotá" o "donde fué Grigotá".

En mitad de esta llanura y sobre un ribazo ya conocido con el nombre de "Punta de San Bartolomé", situado a corta distancia del río Piray, realizóse, el 21 de mayo de 1595, la nueva fundación de la ciudad de San Lorenzo.

Entretanto Santa Cruz de la Sierra languidecía en su apartado asiento de la vega del Sutós, mas sin perder su fervoroso espíritu municipal, ni cejar en su orgullo y altivez. Desde Lima y Charcas se ordenó, una tras de otra vez, que fuese abandonada y sus habitantes traídos a avecindarse en la flamante San Lorenzo. Ordenes tales distaron mucho de ser cumplidas. Fué menester que se constituyera allá un oidor de Charcas, el licenciado Francisco de Alfaro, quien, por las buenas y las malas, consiguió realizar la mudanza, el año 1605. Pero los cruceños, muy pagados de lo suyo no consintieron en incorporarse a la población de San Lorenzo, perdiendo su contextura social y municipal que les era tan cara. Simplemente se mudaron con su cabildo, sus instituciones y su unidad en suma, estableciéndose, en el paraje de Cotoca, con declaración expresa y terminante de que allí estaba presente Santa Cruz de la Sierra, la ciudad de Ñuflo de Chaves.

A no más de veinte kilómetros una de otra y con las rivalidades y trapatiestas que es de imaginar, las dos ciudades convivieron el lapso de más de quince años. Pero como las cosas no podían mantenerse así, ambos vecindarios por voz de sus cabildos dieron en pactar la fusión de sus respectivas obras materiales, no sin que cupiera en el pacto señalada parte de los padres jesuítas, como directores de conciencias y como consejeros privados

del entonces gobernador D. Nuño de la Cueva. La fusión se llevó a efecto a poco de los cabildos, entre los últimos meses del año 1621 y los primeros del 1622.

Tal fue la primacía con que Santa Cruz entró en la fusión de comunidades y municipios y tal el ascendiente que ejerció sobre San Lorenzo, que el espíritu de ésta acabó por ceder e identificarse con el de aquélla. Su mismo nombre no tardó en caer en desuso por haberse impuesto al conjunto urbano así integrado el de la ciudad viajera y fachendosa: Santa Cruz de la Sierra.

(17) D'Orbigny, en la traducción de Alfredo Cepeda para la Editorial Futuro de Buenos Aires, expresa en el párrafo correspondiente a la mención del texto: "Atravesé muchas calles, donde vi a todas las mujeres salir a las puertas para contemplarme. Unas gritaban: *es un colla*; otras, más jóvenes decían: *Yo fui la primera en verlo, será mi camarada, mi visita*".

No está de más advertir que dicha traducción se resiente de demasiado libre, cuando no de defectuosa, en ésta como en otras partes de la voluminosa obra. Los giros y locuciones franceses del sabio naturalista no guardan estricta relación con los que presenta su traductor castellano, quedando así desnaturalizadas no pocas de sus ideas y sugerencias. La versión de Antelo en lo que toca a la frase pronunciada por las niñas de Santa Cruz es más fiel al original, y, de otra parte, reproduce con exactitud el dicho que se da por corriente en la circunstancia: *Yo me lo vi primero*.

Y efectivamente, frase tal se atribuye, o más bien se atribuía, con menos justedad que soma, a las mozas de la tierra cuando catában por primera vez a un mozo forastero y de buena estampa.

(18) De aquí en adelante empieza el biógrafo a exponer, con la vehemencia que es peculiar de sus escritos, la posición ideológica del biografiado frente al problema del complejo étnico de la patria común, Vehemencia tal adquiere en esta exposición ardimiento de polémica, lo uno porque las ideas del personaje evocado armonizaban en un todo con las suyas propias y lo otro porque el problema aquel no sólo bullía en su mente con una especie de manía conceptual, sino que hasta parecía roerle las entrañas a fuerza de premiosas instancias.

Es llegado el momento de declarar que el concepto de uno y otro acerca del indio, tan radical en sus extremos de apreciación y tan pesimista en lo que atañe al valor de aquél como miembro componente de la comunidad boliviana, puede que resienta el ánimo de más de un lector, o por lo menos se halle en abierta contradicción con su parecer estimativo. Lejos está de quien esto escribe el someter a juicio tal concepto y más lejos aún el insinuar ideas propias con respecto al tema, así se tenga por bien cohonestar con ellas la actitud de las ideas expuestas por el sociólogo conterráneo. Lo primero significaría poco menos que un atentado a *posteriori* contra la emisión de un pensamiento tan sólidamente asentado y lo segundo equivaldría a demandar una excusa tardía e imprudente. De ambos extremos no pueden menos de repugnar la magnitud del hombre y la gallarda firmeza de sus ideas. Aparte eso, nadie con menor intención de llegar a esa posición equívoca y azarosa.

Lo que sí urge advertir, y sólo por razón de recto entendimiento, es que aquellos conceptos y aquellas apreciaciones fueron concebidos y vertidos al tiempo que las teorías de la evolución de las especies y la selección natural, de Darwin y Lamarck, daban origen en antropología a los postulados de Gobineau sobre la selección de los grupos humanos y la consiguiente premisa, de la sobreposición de los más aptos y los mejor dotados. Este compuesto de ideas, novedoso y por lo demás satisfactorio dentro de las experiencias científicas de la época, primaba en los criterios y era seguido por los pensadores, si no con pasión, al menos con vehemente convicción. El maestro de escuela de Buenos Aires y el polígrafo del Instituto Nacional de Santiago habían nutrido su intelecto con esas ideas y esas doctrinas y eran, por consecuencia, fieles profesantes de ellas.

Que la ciencia moderna haya rectificado esas nociones y hecho desmedrar el imperio

de esas doctrinas, es cosa que no puede ni debe tomarse como elemento de controversia para juzgar en lo retrospectivo. Hacerlo sería no proceder con cordura y probidad de juicio.

(19) Al final de la nota (297) de su *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos* expresa el autor sobre este mismo punto: "Mi finado amigo Nicomedes Antelo tenía datos recogidos sobre el bastardeamiento de la raza española en Vallegrande, provincia de Santa Cruz. Según él la fuerza del mestizaje había comenzado allí al mismo tiempo que en dicha ciudad. Pero, a más de que el trato y comercio con las razas inferiores del Alto Perú han sido en Vallegrande tanto o más inmediatas que los de Santa Cruz con Mojos y Chiquitos, veo que los 8.000 blancos de dicha provincia ya no preponderaban en 1831". *Vide, op. cit.*, p. 605.

Es probable que Antelo hubiera estudiado el mestizaje hispano-andino, o más bien hispano-quechua, en la población de la mencionada provincia al recorrer el territorio de ésta en sus andanzas con San Martín. Aparte esto, había material de estudio en relaciones demográficas sobre dicha población hechas desde en los tiempos de la colonia. El intendente Viedma en su minuciosa *Descripción* anteriormente citada, apuntaba de que en los tres curatos de aquella región subandina, sobre un total de once mil y tantos habitantes, 5.995 eran españoles, es decir, individuos de raza blanca, 3.218 mestizos y sólo 316 indígenas. Sesenta y cinco años más tarde, un censo levantado por el Dr. Santiago Vaca Guzmán, autoridad de dicha provincia, daba a ésta una población mayor por razón del crecimiento natural, pero de relaciones distintas en lo tocante a los elementos étnicos componentes. Dichas cifras eran las siguientes: blancos, 8.700; mestizos, 11.412; indígenas, 1.908. Vaca Guzmán, contemporáneo de Antelo y hombre estudioso y observador, atribuía el incremento de la población mestiza al continuo avestamiento en aquella región de gentes procedentes de los valles de Cochabamba. Con toda probabilidad estas cifras dieron pie a que Antelo emitiera la aserción del texto.

(20) El mestizaje en "la plebe urbana", para estar al dicho de don Gabriel René, no se ha debido exclusivamente al aporte biológico de extracción guaraní, sino también al de procedencia chiquitana. Bien sabido es que durante la época virreinal y aun en los primeros años de la república, el gentío guaraní, salvo contadas excepciones, vivía apartado de la población urbana de Santa Cruz y a las veces en rigurosa colisión con ésta. El ingreso de gentes de esta estirpe dentro de la masa pobladora de Santa Cruz sólo empezó a operarse cuando la extinción de las reducciones o misiones existentes en la campiña próxima determinó la dispersión de sus elementos componentes, ya medianamente civilizados y aptos para la vida urbana y la coexistencia con los blancos.

Cuanto al chiquitano, si bien los misioneros jesuitas cuidaron de retenerles en los lares nativos durante todo el tiempo que las misiones estuvieron a su cargo, al pasar éstas a manos de laicos y seglares no sólo se permitió, sí que también se dio pábulo a la saca de indígenas misionarios para ser llevados a Santa Cruz y su campiña, bien como gentes de servicio doméstico, bien como peones de labor agrícola.

La mestización con uno y otro elemento terrígena no habría de tardar en operarse, bien que no con la intensidad que la expresión de Moreno sugiere.

Sobre este interesante particular y sugestivo tema el redactor de estas notas tiene escrito un estudio que lleva el título de *Raíces autóctonas de la población oriental de Bolivia y fue* publicado en el interdiario "El Deber", durante los días 2, 4, 6 y 9 de agosto de 1956.

(21) El alzamiento a que se alude en el texto fue encabezado por el patricio cruceño D. Francisco Bartolomé Ibáñez y tuvo por finalidad desconocer la autoridad presidencial de Belzu, que meses atrás la había usurpado tras de cruenta campaña que tuvo remate en la batalla de Yamparáez. Ocurrió en el mes de junio del año indicado, levantándose el nombre

del coterráneo Velasco como presidente legítimo de la nación. Este se hallaba presente en Santa Cruz, pero no tuvo actuación alguna en el movimiento, y más bien trató de develarlo por medio de la persuasión.

Consumado el hecho, los rebeldes dieron mano a la preparación bélica, en la consideración de que Belzu no tardaría en enviar contra ellos la consabida expedición pacificadora. El jefe militar de la revuelta, comandante Fabián Hoyos, consiguió alistar una fuerza de hasta trescientos hombres, no mal dotados de armamento y munición y bajo el mando directo de oficiales oriundos en su mayoría de la sierra confinados a la sazón en Santa Cruz por el belcismo triunfante.

La suposición de los rebeldes no tardó en ser confirmada por la realidad. Un cuerpo de 500 hombres fue destacado en contra de ellos a órdenes del veterano general Gonzalo Lanza, aquel jefe de sombría conducta que durante la campaña de Belzu alojó a sus soldados en el recinto del palacio legislativo de Sucre y les permitió que encendieran fogatas para calentarse, usando como combustible los legajos de documentos que allí se conservaban. Llegado Lanza a las goteras de la ciudad sin óbice alguno, situó a la tropa en la explanada del cementerio, y desde este lugar envió a Ibáñez y a Hoyos la socorrida intimación. Mas, como éstos se negaran a deponer las armas, y más bien se aprevinieran para el combate tomando posición en las barricadas que tenían levantadas en rededor de la plaza principal, ordenó el ataque con previo fuego de artillería. Intervino entonces el obispo D. Manuel Angel del Prado viendo de convencer a los unos de que se rindieran y a los otros de usar de clemencia en el leno del deber. Nada pudo conseguir el mitrado, y el combate hubo de generalizarse desde en las primeras horas de la noche, con gran ardimiento por ambas partes.

Como era de esperar, combate tal no fue de larga duración, y las fuerzas del gobierno concluyeron por despejar las barricadas y hacerse dueños de la ciudad antes de que la noche declinase.

Tal fue la toledana noche que René Moreno menciona con algún pormenor informativo y que seguramente presencié, pues por aquellos días se hallaba aún en Santa Cruz.

(22) El doctor Andrés Ibáñez, a quien Moreno se refiere, es, indudablemente, la figura política de mayor relieve que haya habido en Santa Cruz durante la primera centuria de nuestra vida republicana. Poseía las aptitudes y singularidades que en esa esfera de acción hacen descollar a un hombre dentro de su comunidad: viveza, despejo, apego a las multitudes, buen temple de ánimo, facilidad en la expresión y cierto encanto natural de la persona. Hijo del doctor y coronel D. Francisco Bartolomé Ibáñez, de linajuda familia criolla, habido en sus placenteras mocedades, había heredado de éste la gallardía, el agudo ingenio y el inquieto temperamento.

Mucho se ha hablado, y más se habla en el presente, y no poco se ha escrito sobre su vida y hechos de político, con señalada magnificación de su populismo y su revolución federalista, más sin que el relato o el comentario hincue en el análisis sereno y desapasionado de tales hechos y se base en informaciones obtenidas en fuentes de primeras aguas. Se merece el hombre un estudio serio y practicado en las condiciones que se extrañan, y más aún su obra política, a decir verdad curiosa y sugerente.

Mientras alguien con mayor capacidad, tiempo y dedicación pueda y quiera dar mano a tal labor, permítase al que escribe pegar con goma unos apuntes acerca de la personalidad y los hechos de aquel caudillo de multitudes a quien don Gabriel René apoda de "el mestizo Ibáñez".

Estudiante universitario en Sucre, en cuya época desposó a una hija del patricio de la

independencia D. José Mariano Serrano, no bien obtuvo la toga de abogado volvió a la tierra natal, desempeñando desde entonces funciones administrativas y judiciales con el beneplácito de sus coterráneos. Como casi toda la juventud culta de su tiempo y más aún la de las promociones universitarias posteriores a la mitad del siglo, su idealidad política se identificaba con la del civismo linarista, cuyos miembros eran conocidos con la denominación poco menos que estrambótica de "los Rojos".

En los primeros meses de 1874 presentó su candidatura a diputado, en circunstancias que hacía lo propio Antonio Vaca Díez, médico recién graduado, mozo brillante por su inteligencia, su vivacidad y la galanura de su porte. Apegóse éste a las clases de mayores menesteres y cuya vida en la comunidad de la época hacía ver aún humillos de distinción heredados del tiempo de la colonia, mientras Ibáñez, con mayor tino político y mejor visión de la realidad, buscaba a las gentes de modesta extracción, poniendo en juego los recursos de naturaleza y de artificio que le eran peculiares. Exaltadas las pasiones con el fluir de los hechos consecuentes al candidateo, la animosidad de los grupos en pugna vino a incidir en una franca colisión de castas cuyo origen se debió a cierta imprudencia del brillante pero inexperto galeno. Según testimonio del Dr. Jerónimo Otazo, amigo y admirador de Ibáñez, parece que en cierta reunión de sus adherentes el Dr. Vaca Díez dejó correr sin tiento las palabras, refiriéndose en forma no poco despectiva a la ciudadanía que apoyaba a Ibáñez y aludiendo a la persona de éste en términos tocantes a su modesto origen del lado materno. De la imprudencia, hábilmente explotada por el aludido, surgió el apretar filas de la artesanía en rededor de su candidato y el asumir éste la actitud un poco teatral y un mucho expeditiva para la circunstancia, de arrojar en la plaza principal y delante de una multitud enardecida, la levita de doctor y los botines acharolados, para calarse en seguida la chaqueta de artesano y caminar descalzo por sobre la arena de las calles, haciendo ver que era un igual de sus queridos partidarios. A dos o tres días de tan simbólica postura echaba las bases de una nueva agrupación política a la que dio en llamar "Partido Igualitario", sobre la base de una proclama puesta en letras de molde, que circuló profusamente.

A estar a los dictados de aquella proclama y de alguna otra que le siguió, el "Partido Igualitario" hacía honor a su nombre y propugnaba ciertas corrientes de índole política y social tan novedosas para la época como sugestivas para el medio ambiente. Se deja ver en ellas la influencia de lecturas, en versiones de segunda o tercera mano, de aquellas exposiciones doctrinales que por esos años circulaban como primicia de las internacionales socialistas. Al lado de las tales, liviana y abstrusamente presentadas, viértense en esos documentos conceptos de pura sustancia política local, o nacional si se quiere, amén de vehementes imprecaciones contra los "ensacados" y "embotinados" que tenía como opugnantes.

Apenas es necesario decir que el triunfo electoral correspondió a los "igualitarios" por amplio margen de votos. Ibáñez concurrió a la legislatura de ese año, habiendo tenido en ella una discreta actuación.

Extinguido su mandato volvió al terruño, más que nunca inficionado por la política. De entonces en adelante tomó sitio en las filas de la oposición contra el gobierno, arrastrando consigo a sus fieles "igualitarios". Oposición tal no tardó en apuntar hacia la franca sedición. Perseguido por tal actitud, hubo de requerir el asilo de la campiña, para incursionar de vez en vez a la cabeza de gente armada, con fines de tomar la ciudad. Dos veces fue batido, en el curso del año 1875, por las fuerzas del orden. La primera en el lugar de Los Pororós y la segunda en las propias contigüidades del poblado, en el campo del Trompillo.

Por muerte de D. Adolfo Ballivián, interinaba entonces en el gobierno del país el anciano patricio D. Tomás Frías, quien determinó llamar a elecciones generales para la provisión constitucional del elevado cargo. Corran los primeros meses del año 1876 y la

ciudadanía boliviana consideraba para tales funciones los nombres de cuatro candidatos: los doctores José María Santiváñez, Belisario Salinas y Jorge Oblitas y el general Hilarión Daza. Diferendo más, diferendo menos, representaban los dos primeros el civilismo linarista, esto es, el grupo idealista y romántico de "los Rojos". Inquieto y ambicioso el tercero y nada firme en ideas y en apegos, traía consigo el caudal de su arteria en materia política y el impulso de sus premiosas ambiciones. Cuanto al general Daza, legítimo producto de los cuarteles de la época, sólo tenía en su haber la calidad de ministro de guerra y el ser ídolo viviente de la soldadesca, y en principal de los ya célebres "Colorados".

A poco de iniciada, la pugna acabó en un doble entendimiento de sus elementos concurrentes, de cuyas resultas sólo quedaron en acción dos candidatos: Santiváñez y Daza. Salinas hizo causa común con el primero y Oblitas halló mejor someterse al segundo, en un juego de cartas que después habría de ser tendido sobre la mesa.

El caudillo del "igualitarismo" cruceño, que por razones fáciles de comprender y por haber sido en la universidad discípulo de Oblitas era ferviente partidario de éste, enterado de la componenda, se afilió al dacismo y sostuvo en el Oriente la candidatura del general - ministro junto a la suya propia para ser reelecto diputado.

Como es bien sabido, faltando apenas tres días para la realización de los comicios, Daza dio el golpe alevé del 4 de mayo y se proclamó presidente de la nación, con el doctor Oblitas por secretario general, quedando las elecciones en suspenso por no haber ya necesidad de ellas. En Santa Cruz, donde por falta de comunicaciones no se tuvo noticia alguna del hecho, tales elecciones se llevaron a efecto y, como era de esperar, el voto de los "igualitarios" dio el triunfo a Daza y al caudillo local. El propio que ese mismo día fue despachado a Cochabamba con la nueva del triunfo electoral, al arribar a aquella ciudad encontróse con un paisano que llevaba pliegos oficiales con destino a Santa Cruz, en los que se daba cuenta del cambio de gobierno y se expedían nombramientos de nuevas autoridades. El doctor Demetrio de la Roca, personaje de primera fila en la capital oriental, no nada amigo de Ibáñez y de su partido, había sido designado prefecto y el coronel Ignacio Romero, comandante general y mayor de plaza. Esto implicaba no sólo un desconocimiento de la adhesión prestada por el caudillo "igualitario" a la persona y la causa del nuevo gobernante, sino también una manifiesta ingratitud para con él.

Fácil es imaginar la reacción de Ibáñez frente a tamaña preterición. Las reuniones de su gente volvieron a sucederse, más fogosas si cabe que en los tiempos de la campaña electoral, y las expresiones de descontento no tardaron en enderezar a las de airado repudio contra Daza y su gobierno. Las cosas debieron de llegar a tal punto, que un día de esos el caudillo fue detenido en la calle, conducido a prisión y allí afrentosamente aherrojado. Los suyos se pusieron en movimiento, y como el hecho hubiera causado enfado aun entre los ajenos a la taifa "igualitaria", no fueron pocos los que de entonces en adelante hicieron causa común con el coterráneo en desgracia.

Así las cosas, la noche del 1º de octubre de aquel mismo año la columna de guarnición se amotinó en el cuartel, donde a la sazón Ibáñez se hallaba preso. El coronel Romero corrió a poner orden entre los soldados, pero fue recibido a tiros y muerto de una descarga. Al motín soldadesco se sumó la plebe enardecida, que, después de libertar a su *líder*, se lanzó sobre las calles.

Al día siguiente reunióse un comicio en la capilla del Colegio Seminario, al que concurrieron no ya tan sólo los "igualitarios", sino también algún número de ciudadanos hasta entonces tenidos por independientes. Las deliberaciones de la asamblea concluyeron en el nombramiento de Ibáñez como primera autoridad departamental, "por ser éste el único que podía conservar y guardar el orden público". Se lanzaron proclamas a manteniendo, cuyo

texto repetía que el movimiento no era revolucionario ni mucho menos, sino simplemente de repudio a las malas autoridades locales y, por tanto, de vehemente adhesión al recién encumbrado Daza. Ibáñez mismo, haciendo abstracción de sus "igualitarios" expresaba en manifiesto personal, alambicado pero terminante: *"La adversidad y los tormentos -de que providencialmente me ha libertado la columna del orden- han avivado mis constantes aspiraciones a la verdadera práctica del orden con libertad y tolerancia política. Ayudadme todos con el contingente de vuestro patriotismo a la realización de tan eficaces tendencias por la felicidad comunal. Guardemos siempre en nuestra conciencia la salvadora Revolución de Mayo (se refería a la que encumbró a Daza), que en su ilustrado programa consigna la égida a lo prácticamente perfectible"*.

Con incidentes varios, que sería largo narrar, el estado de cosas se prolongó por semanas. El motín de cuartel, con muerte del jefe militar de la plaza, y la asonada del día siguiente bajo el socorrido disfraz de comicio popular constituían una rebelión armada con todas las agravantes, por mucho que su inspirador y caudillo haya tratado de velarla con reiteradas protestas de adhesión a Daza y su gobierno. Sin embargo, éste no tomó las medidas de represión que en casos análogos eran de uso y práctica, limitándose a enviar dos altos jefes del ejército con la investidura de autoridades: El general Juan José Pérez como prefecto y el coronel José María Lara como comandante general. Llegados éstos a Santa Cruz, Ibáñez no se les resistió, pero anduvo astutamente remiso en entregarles el mando. Se notaba ya en el vecindario disgusto y temor en uno, no sin dejar de advertir la probabilidad de que se operase una reacción en bien de la tranquilidad y el orden. En este estado de cosas optó Ibáñez por poner en juego el último y más extremo de los recursos, cuyo plan venía ya madurando desde tiempo atrás.

La mañana del 25 de diciembre la tropa salió de sus cuarteles, desparramándose por las calles con vítores y exclamaciones de franca subversión. No tardó en sumársele el pueblo, que voceaba por su caudillo y profería amenazas contra los presuntos gestores de la reacción. En calidad de tales fueron detenidos poco después varios de los ciudadanos más notables y de los que pasaban por poseedores de mayores bienes, como los señores Carlos Ibáñez, Pedro Ignacio Franco, Francisco A. Rivera, Angel Candia y el Dr. Urbano Franco. Por voluntad de los alzados y seguramente que con anuencia del caudillo, asumió el mando militar un cierto coronel Francisco Javier Tueros, peruano de nacimiento y prisionero de la batalla de Ingavi, que desde aquel entonces había quedado a vivir en Santa Cruz. Dueño éste de la situación, acudió al lugar donde se hallaban los detenidos y notificóles de que podían darse por libres a condición los unos de oblar una suma de dinero y los otros de sumarse a la revuelta. El doctor Franco, con su voluntad o sin ella, fue investido de las funciones de prefecto y don Antonio Antelo de las de intendente de policía. En las primeras horas de la tarde volvió a reunirse el consabido comicio, al que hubieron de concurrir, de buen o de mal grado y por expresa invitación de Ibáñez, no ya sus queridos "igualitarios" de la corta chaqueta y el pie descalzo, sino aquellos notables de la ciudad tenidos por aristócratas y cuyos sentimientos de vehemente apego al terruño conocía plenamente y sabía que no era difícil explotar.

En el comicio aquel apenas hubo lugar a deliberaciones. La voz tonante y patética del doctor Ibáñez se dejó oír en el recinto de la capilla, ya no para hablar de igualdad social y justedad en la distribución de bienes, sino para hacer ver el estado de abandono en que se debatía el Oriente cruceño y beniano, mal pese a sus riquezas potenciales, por exclusiva culpa del régimen unitario y centralista que imperaba en la república. De tal discurso surgió la proclamación inmediata del federalismo como sistema de gobierno y la decisión unánime

de ir a la acción expeditiva para alcanzarlo. Acto seguido formóse una "Junta Superior del Estado Federativo Oriental", bajo la presidencia del caudillo e integrada por los doctores Urbano Franco, Simón Alvarez y Santos María Justiniano, este último con las funciones de secretario general.

Quedó así muerta y enterrada la ideología "igualitaria", surgiendo en vez de ella la novedad federalista, no sin algunos tintes de localismo poco bien arrimado.

La "Junta Superior del Estado Federativo Oriental" se apresuró a manifestarse mediante proclamas, a discernir nombramientos de autoridades subalternas en elegante papel membretado y aun a dirigirse a otros centros de la república pidiendo a los partidarios de la causa federalista sumarse a la acción en armas. Pero la integridad de la "Junta" no tardó en sufrir graves lesiones. El 17 de enero siguiente el Dr. Franco formulaba renuncia irrevocable del cargo, alegando achaques de ancianidad y manifestando repugnar de ciertos hechos de sangre cometidos en Samaipata por los parciales del federalismo. A la renuncia siguió el ponerse en cobro del renunciante, ejemplo que habría de seguir a las dos semanas el tercer miembro D. Simón Alvarez.

Entretanto, el coronel Tueros y su oficialidad habían ejercitado a tres o cuatro centenas de artesanos, con cuyo efectivo y el de los soldados de la columna revoltosa fue abierta campaña sobre la provincia de Vallegrande. Tras de breve escaramuza en los alrededores de Samaipata, donde fue dispersado un piquete de guardias nacionales comandados por el subprefecto, coronel Napoleón Gómez, Ibáñez se abrió campo en aquella provincia, consiguiendo ocupar su capital en los últimos días de febrero. Pero apenas allí, fue anoticiado de que fuerzas del gobierno, en número considerable, venían en contra suya a marchas forzadas. Tratábase de una división puesta a órdenes del ministro de la guerra, general Carlos de Villegas, y compuesta del escuadrón "Chacoma", el regimiento "Bolívar" y una brigada de artillería. Fue preciso desandar lo andado y contramarchar sobre Santa Cruz más que de prisa.

En el interin, las cosas en esta ciudad habían subido de punto. Al salir de campaña encomendó el caudillo las funciones de autoridad civil y militar a cierto comandante Manuel María Fabio, oriundo del Paraguay y soldado en el ejército de su patria que ocupó el Matogrosso durante la guerra contra la Triple Alianza. En el gobierno de la ciudad, Fabio cometió toda clase de atropellos y exacciones, a tal extremo que las simpatías por la causa federalista y la persona de su conductor vinieron a desmedrarse hasta caer poco menos que en el descrédito y la repulsión. Ibáñez, a su retorno, apenas tuvo tiempo de alistarse para una retirada hacia el oriente, pues las fuerzas del gobierno avanzaban con celeridad y el ambiente había dejado de serle favorable.

Villegas entró en Santa Cruz el día 9 de marzo y fue recibido por la población con muestras de regocijo. Pero allí quedó por luengas semanas, dando tiempo a que la columna federalista se replegara sin peligro hasta ganar la frontera con el Brasil por el lado de San Ignacio. Fue menester que una orden, explícita y terminante, le instara a proseguir la campaña tras de los fugitivos.

El repliegue de Ibáñez hacia el oriente hubo a poco de transformarse en desordenada fuga. Desde el río Grande en adelante comenzaron las deserciones, las infidencias y hasta los conatos de traición. Al llegar a la frontera, el número de los fugitivos apenas si alcanzaba al medio centenar, todos en lamentable estado de postración y con la moral poco menos que perdida. Los "chacomos", que iban tras de sus pisadas, diéronles alcance desde en el pueblo de San Ignacio. Tras de brevísimas sumarias, que en cumplimiento de las órdenes del gobierno eran levantadas contra jefes y oficiales, quienes de esta categoría caían en sus manos, eran pasados por las armas. Así rindieron la vida Tueros, los oficiales Benjamín

Urgel, Cecilio Chávez, Manuel José Montenegro, José M. Prado, Manuel Valverde y otros varios. Ibáñez fue alcanzado en la estancia de San Diego, a corto trecho de la línea divisoria, y fusilado el día 1º de mayo de aquel mismo año 77.

Así concluyó la revuelta empezada con la prédica del "igualitarismo" de tinte socialista, y así su inspirador y caudillo.

Para redactar esta nota de intención informativa, se ha tenido a la mano los tres voluminosos cuerpos del proceso levantado en esta ciudad contra los corifeos de la revuelta, las proclamas de Ibáñez y algunas de las actas anteriormente aludidas.

Se ha consultado, además, las siguientes publicaciones: *Defensa de la revolución del Dr. Andrés Ibáñez*, de autor anónimo. Tacna, 1877.

Justa vindicación ante el supremo gobierno, por Demetrio S. Urdininea. Santa Cruz, julio de 1877. Tipografía de Chávez y Hermano.

Por la amistad. Ligeros rasgos biográficos de la vida (sic) del doctor Andrés Ibáñez, por Jerónimo Otazo, Santa Cruz de la Sierra, 1917. Imp. "El Trabajo".

El General Carlos de Villegas, por Pedro Krámer, La Paz, 1895. Taller Tipográfico.

Plumadas Centenarias, por Mariano Zambrana, Santa Cruz, 1925, Tipografía Industrial.

Las Revoluciones de Bolivia, por Nicanor Aranzaes, La Paz, 1918, Talleres Gráficos "La Prensa".

(23) Ya en párrafo anterior del texto, que corresponde a la página 9 de la presente reimpresión, tocó el autor el punto del trato social y familiar entre los convivientes de la comunidad cruceña. A este mismo punto se refiere la nota (188) de *Mojos y Chiquitos*, que dice a la letra: "Uno de los rasgos característicos de esta ciudad de blancos, era que todos los de esta raza se tuteaban o voseaban entre sí con exclusión de quien quiera que fuese indio, o cholo, o *colla* (natural del Alto Perú y casi todos mestizos). Tratábanse de *tú* los iguales y el inferior hablando con el superior usaba de la segunda de plural. Al chiquitano, mojeño, chiriguano o *colla* que, al igual de lo que podía hacer un sirviente blanco, se atrevía a tratar de *vos* a un cualquiera de raza española, se le escupía la cara, y no había a quien quejarse. A los *collas* de buena raza se les puso siempre a raya de esta comunidad de tratamiento por medio de un inexorable *usted*. Parece que dicha comunidad ha existido hasta 1830 ó 1835 más o menos. Desde entonces se introdujo una mezcla horrorosa del *tú* y del *vos*, hasta que por fin ha concluído por establecerse en esto el uso de otras partes, o mejor de todas las partes donde hoy se habla castellano". (*Op. cit.*, p. 546).

(24) Alude el autor a los pintorescos pueblecillos de Porongo, Paurito y Terebinto, situados sobre la campiña grigotana y en derredor de la ciudad madre, a una distancia no mayor de veinticinco kilómetros el más alejado de ellos.

Porongo fue fundado como reducción de indios chiriguano, hacia la segunda década del siglo XVIII, por religiosos de la orden mercedaria establecidos en Santa Cruz desde los tiempos de su primera fundación. Como tal subsistió hasta los primeros años de la república, al cuidado del clero secular diocesano y con una población indígena que cedía en cantidad ante la penetración de blancos y blancoides. A tal punto llegaron las cosas en este orden, que, en 1840, un auto episcopal dio por extinguida la misión chiriguana y el poblado que la albergaba quedó para en el servicio eclesiástico con la calidad de "doctrina". Al presente es cabecera de la tercera sección municipal de la provincia del Cercado -Andrés Ibáñez según ley de 1944-.

* Paurito fue en sus orígenes una estancia propia de hacendados vivientes en la capital, cuyo personal de servicio era todo de casta guaraníca oriunda de la comarca. La necesidad de prestar a ésta la atención religiosa que era menester, determinó la erección de una capilla, en torno a la cual no tardó en levantarse el caserío indígena. Allí debió de mestizarse de tal modo y con tal celeridad que, según lo evidencian papeles coetáneos, hacia el segundo tercio del siglo XVIII, la población "parda" superaba a la nativa. La autoridad diocesana le concedió entonces los honores de residencia viceparroquial, por auto de 6 de diciembre de 1770.

Terebinto se formó con neófitos de la vecina Misión de Porongo, quienes, con la venia de sus conversores y consentimiento de la autoridad civil, venían prestando servicios a los hacendados de la región, bien que congregados en comunidad aparte. El benemérito sacerdote D. José Vicente Durán, de quien se ha hablado en una de las notas precedentes, les construyó capilla y señaló linderos urbanos cuando ya la penetración blanca tenía poco menos que arrinconados.

Vide Adrián Melgar I Montaña, El Archivo, págs. 332 a 333.

Apenas es necesario agregar que de la primitiva población aborigen de estos tres conjuntos semiurbanos no resta al presente otra cosa que su concurrencia a la formación del tipo mestizo, el cual constituye un tercio o una mitad de sus actuales pobladores.

A pesar de ello, el habla guaraníca que era el excluviso de aquellas poblaciones primitivas, no desapareció con la brusquedad del mestizaje, sino que vino disminuyendo paulatinamente. Cuenta D'Orbigny que al aproximarse a Santa Cruz por vez primera y hallándose de parada en el villorrio de La Guardia, vio a un grupo de porongueños que se encaminaba a sus lares de regreso de la ciudad. Con no poca sorpresa y algún contentamiento oyóles hablar en aquella dulce y sonora lengua ya oída por él en Corrientes y el Paraguay. Añade que habiendo aprendido allí algunas frases de dicha lengua, no le fue difícil entenderse con los porongueños.

De aquellos días a esta parte la parla guaraníca ha venido desmedrando en esos pueblos hasta desaparecer hoy del todo, o al menos hasta no dejarse oír por puebleros. Quien esto escribe tuvo, hace ya años, la fortuna de escuchar a un anciano expresarse en un guaraní ya bastante torcido. Era el tal un peón que servía en los cafetales del hacendado D. Eugenio Vidal.

(25) La inquina cerebral y cordial revelada en el texto como común a biógrafo y biografiado hacia el aborigen andino y el mestizo resultante de la mixtión con el blanco, vuelve aquí a manifestarse con la más cruda llaneza. Sobre este tópico fundamental del

pensamiento de Antelo y Moreno ya el anotador ha insinuado su punto de vista no precisamente para aportar con criterio propio, pues ello valdría tanto como poner un mísero guijarro entre una montaña y un abismo, sino con la intención de mover en el lector aquellas depuradas facultades del espíritu que hacen apreciar las ideas de los demás con respetuosa tolerancia y serena ductilidad.

Magno problema el del indio como elemento componente de la sociedad boliviana, y mayor aún si bien se considera que asiste a tal composición con singular ventaja por razón de cantidad. El asunto, por su importancia y trascendencia, no es para ser puesto a repetición dentro de la naturaleza y dimensiones de una simple nota como las que van insertas en este libro; y si por fuerza de las circunstancias toca incidir en él, cuanto se exponga o diga sólo ha de valer como una explicación en torno a las ideas del maestro de escuela y antropólogo de afición que había en Antelo y las de su expositor y ferviente comentarista don Gabriel René.

Aunque los vientos que soplan hogaño no son precisamente los más favorables para dar soltura a tales ideas, conviene destacar que Moreno y Antelo no han sido los únicos en considerar al aborigen como elemento nugatorio dentro del conjunto orgánico de la bolivianidad. Bien es cierto que en las discusiones de la especie, o siquiera sea en el aportar de opiniones relativas, el número de los que abonan y hasta magnifican la calidad del terrígena es superior al de aquellos que le niegan o le repugnan. Pero no es menos cierto, y valga la ocasión para ponerlo de relieve, que muchos de los indianistas o indianófilos acreditados únicamente lo son de labios para afuera, o más bien al correr de la pluma con que escriben.

En este punto sea permitido al anotador traer a colación el relato de algo que pertenece a su personal experiencia.

Hallándose, años atrás, en la ciudad del Illimani, departía una mañana con cierto atildado escritor que ha empleado mucho de su talento y sus buenas letras en la exégesis y el panegírico del nativo de las montañas. Tras de la amable tertulia vino el salir a la calle en busca de aquel tibio y sedante sol paceño que tan benéfico se muestra en los inviernos. Al entreabrir la puerta de calle, el escritor dio con un prójimo aimará que muy arrellanado en el vano y con los pies sobre el alféizar, yacía en la hierática postura que adoptan las gentes de su raza cuando están entregadas al deliquio de la coca. El dueño de casa le pidió que se quitara de allí en términos nada corteses, ni siquiera considerados. Pero el hombre, bien fuera por no haber entendido lo que en lengua de Cervantes se le decía, bien porque no estaba de su voluntad el acceder al pedido, continuó en la postura, metiendo en la boca, una por una, las hojas de su ración mañanera. Fue preciso recurrir a medios más expeditivos para que diera paso, y cuando a duras penas le vino en gana incorporarse, no pudo reprimir que sobre el umbral se le derramara un grueso escupitajo verde. Al ver tamaño atentado, el indianista dio un empellón al indio, mientras de la boca le salían interjecciones de subido tono. El mísero dio con la humanidad en tierra, al tiempo que su *chuspa* de coca iba a caer más allá del embaldosado.

Sibi obstare, sibi non constare...

(26) Estas expresiones y los juicios que le son conexos, vertidos en la obra que se anota con mayor énfasis y más recargadas tintas que en cualquier otro escrito suyo donde se saca a colación el tema, han dado pie a que la incomprensión y la suspicacia

atribuyan a Moreno intenciones de baja esencia moral, ajenas de todo en todo a su nobleza de espíritu, su profundidad de pensamiento y los altos quilates de su patriotismo. Desde el calificativo de hijo ingrato hasta el de traidor a la patria, pasando por los estigmas de difamador e intrigante, de todo se ensayó cuando vivía para mostrarle, o más bien quererle mostrar, como boliviano desnaturalizado. Proceder tan injusto, por no decir otra cosa, tiene hasta hoy seguidores, bien que reducidos en número, entre aquellos que por tal o cual razón se sienten afectados por las alusiones o las punciones de aquella pluma acerada.

Hace poco más de un cuarto de siglo, cuando se discutía en las cámaras legislativas el proyecto de ley tendente a la reedición de sus obras, Franz Tamayo imprecaba con ardimiento: "Yo denuncié a Moreno como a un difamador de Bolivia; todo nuestro desprestigio en el exterior se lo debemos a él... Es el autor de aquella lápida que se llama el doctor, el cholo alto peruano. Y esa fama infame que arrastra el boliviano por todas partes, se lo debemos exclusivamente a Moreno".

Frente a las enconadas expresiones de quien pasa por ser el más alto exponente del pensamiento boliviano de nuestra época, bien vale poner en oposición el juicio atemperado y sereno de otros escritores nacionales que, sin tener la nombradía y el predicamento del autor de la *Prometeida*, han calado más hondo en el pensamiento de Moreno y emitido acerca de él opiniones que difieren en sustancia de las arriba transcritas.

Dos muestras son suficientes.

Carlos Medinaceli, una de las mentalidades más elevadas y robustas del país en estos últimos tiempos, crítico y ensayista de primer orden, se expresa así del discutido personaje y de sus aseveraciones más discutidas aún:

"René Moreno representa en la Patria el primer momento lúcido de la conciencia nacional". (*Páginas de Vida*, págs. 148 a 149).

"Si bien es cierto que Moreno miró a Bolivia con prejuicios de casta con el típico prejuicio del "oriental" que encuentra al 'kolla' étnicamente inferior, sentimiento que se le acrecentó por la boga, en su tiempo, de las doctrinas del evolucionismo y del arianismo, tan cacareadas entonces por los sociólogos europeos y en las páginas del ático y señorial escritor cruceño, es posible constatar más que serenos juicios valorativos, dogmáticas afirmaciones pasionales y furibundos anatemas contra el cholo y el indio, no es justo considerar esos juicios como premeditadamente encaminados a 'difamar' a Bolivia. A la inversa, si para Moreno el problema racial constituyó una tan obsesiva preocupación fue porque atribuía a ese factor, más que a otro, la orgía de cuartelazos, revoluciones y pretorianismos que tanto escandalizaron en su tiempo y le dictaron sus desgarrados análisis de *Matanzas de Yáñez*". (*Op. cit.*, págs. 134 a 135).

"Si lo que René Moreno dijo, que tenemos una moral turbia, típicamente alto peruana, hubiera sido una calumnia inventada por él para difamarnos, como con la translúcida nobleza de nuestros actos, habríamos desmentido esa especie, no se habría difundido, ni persistido; sino que hubiera caído por los suelos y el mal parado habría sido el escritor. Pero, en este caso, lo cierto parece ser lo que dijo Moreno, puesto que no se lo han creído a él en el extranjero porque él lo dijo, sino porque nosotros, con nuestra moral de *plebeyos enmascarados*, nos hemos apresurado a darle la razón a confirmar la exactitud de su juicio. Lo malo está, pues, no en que Moreno hubiese hablado mal de los

altoperuanos, sino en que los altoperuanos somos malos de veras". (*Ibid.*, págs. 148 a 149).

De su parte Gunnar Mendoza, historiador, ensayista y bibliógrafo, cuya capacidad en estas disciplinas tiene pocos pares en la intelectualidad boliviana de los presentes días, comenta breve pero sentenciosamente, a propósito de las airadas exclamaciones de Tamayo: "La obra de Moreno contiene no pocas páginas que pudieron irritar -¿irritan aún?- vanidades, prejuicios y conciencias en Bolivia, páginas por lo demás no bien estudiadas hasta hoy: en particular sobre el cholo y el doctor, ejemplares *sui generis* hasta cierto punto en la sociedad boliviana, Moreno apunta observaciones que antes de un pronunciamiento con pretensiones de irrecusable, deben examinarse bajo la fría luz de los hechos; observaciones, por otra parte, con las cuales Tamayo mismo -paradoja de notar- no está disconforme en absoluto... La actitud de Tamayo expresa, sin duda, un estado de ánimo boliviano general, dígame un complejo colectivo por resentimiento, quizá mitigado al paso del tiempo, mas no remitido en definitiva". (*Gabriel René Moreno, bibliógrafo boliviano*, en la Revista de la Universidad de San Francisco Xavier, tomo XVI, números 39-40, págs. 599 a 600).

Cuanto al estigma de mal boliviano, que en vida se le endilgó, por estulticia o por protervia, o por ambas cosas a la vez, y a los años de su muerte queda aún en el decir de algún zote que, probablemente, ni siquiera le ha leído, nada más concluyente y persuasivo que estas frases suyas tomadas del opúsculo *Daza y las bases chilenas de 1879*:

"Sin embargo de que la sociedad chilena me invadía de todos lados, tendía a absorber mi persona, a asimilarse mis sentimientos, creo que no necesito demostrar lo que a todos consta: ¡ es que en mi huraña soledad, en los libros que cubrían los muros de mi modesto gabinete, en los temas que de preferencia ocupaban mi pluma, en servicios positivos que no me está bien a mí recordar, he opuesto sin descanso un dique a esta inmensa y jenerosa creciente, permaneciendo incontrastablemente boliviano ¡ negándome a tomar la carta de ciudadanía que me aconsejaban conveniencias de adelanto y bienestar. ¿Hice bien o hice mal? Dios lo sabe. Yo sólo sé que ni aquí ni allá tendré ya quizá una patria a quien servir". (*Op. cit.*, pág. 4).

Y vaya para concluir, esta admonición tajante y sentenciosa con que se alude a sí mismo: "Fiel súbdito de Bolivia hasta la muerte, pero que no es y está contento con no ser de casta altoperuana". (*Biblioteca Peruana*, tomo I, pág. 240).

(27) El capitular del coro diocesano a quien se motejaba de "camba" era el doctor *in utroque jure* don Francisco Javier Rojas. Era éste oriundo del pueblo de Bibosi, antigua misión de chiriguano, en donde su padre don Manuel Rojas había establecido trabajos agrícolas y ganaderos que le proporcionaron regular fortuna. Fue el mismo que, años más tarde, habría de ganar fama de revoltoso y contumaz en cierto caramillo de gente de tonsura y hábitos, sostenido durante no menos de ocho años por el mejor derecho a regir la diócesis en sede vacante.

El otro capitular aludido es don Buenaventura Guardia, quien, siendo párroco del beneficio de Pampagrande, vino a ocupar una de las prebendas diaconales del coro catedralicio, pasando por encima de alguna formalidad exigida para en el caso por el derecho canónico. Esta anómala circunstancia debió de pesar en el ánimo de sus puntillosas señorías los restantes miembros del coro y predisponerles a recibir al nuevo colega con un trato no precisamente acogedor. El remoquete de "colla" le era arrimada por ser nativo de Cochabamba, departamento que a la sazón pertenecía aún a la diócesis

cruceño. Debía de ser buen sujeto y hombre de algún entendimiento y sagacidad en el porte, pues a no mucho de su colación tenía ganadas buenas amistades y gozaba de miramientos. Su nombre aparece por repetidas veces en documentos eclesiásticos y civiles de la época como padrino de bautismos y bodas, testigo deponente de buena fama, compromisario en comicios electorales, *et sic de caeteris*. Consta, además, que de la prebenda de ración entera pasó, a los años, a ocupar la silla arcedianal.

A propósito de la palabra "camba", con la que, a estar al dicho de René Moreno, se apodaba al canónigo Rojas, es llegada la ocasión de expresar el sentido de ella, siquiera sea en breves apuntaciones.

En el guaraní del Paraguay y regiones aledañas, vocablo tal, bien que con la acentuación aguda que tipifica esa habla, aplicase al individuo de piel oscura y más concretamente al negro, zambo o mulato del Brasil. En la forma dialectal chiriguana, que algunos guaranálogos consideran como la primitiva y más pura de esta lengua, *camba* es amigo, en acepción generalizadora al individuo de aquella estirpe, o si se quiere en una extensión de índole racial. En esta comprensión vale más que el término corriente de *inu*, cuyo significado reduce el concepto para aplicarlo al individuo que está más próximo o convive con el que habla. *Cherinu*, *ndinu* es como decir mi o tu compañero, camarada, paisano, refiriéndose en todo caso al hombre inmediatamente relacionado. En cambio, *catupiri checamba*, por ejemplo, es el saludo al prójimo que sin ser precisamente un conocido, se reputa como amigo por ser de la misma tribu o estirpe.

Asegura el P. Giannechini en su excelente *Diccionario Etimológico Chiriguano-Español*, inédito hasta hoy, que por el tiempo de las misiones, el indígena misionario llamaba *camba* no exclusivamente al hombre de su estirpe sino también al mestizo, en quien, con la acuidad que le es innata, descubría los rasgos fisonómicos, y quizá también los morales, que le emparentaban con él. De ahí que cuando un chiriguano entraba en Santa Cruz o en cualquier otro de los pueblos comarcanos, tratase de *camba* a ciertos hombres de estas comunidades, mientras que al blanco se dirigía llamándole *caray*, o más respetuosamente *cheya*, esto es, mi señor o mi amo.

En la comprensión de ello, el criollo cruceño, tan pagado de su progenie caucásica, del modo que René Moreno lo repite enfáticamente, dio en llamar *camba* no ya tan sólo al chiriguano y, por extensión, a cualquier indígena de la llanura, sino también a todo otro individuo de su comunidad a quien reconociera o simplemente reputara como producto de la mixtión hispano-terricola.

En la actualidad el término *camba* tiene ya muy poco uso entre los indígenas. En cambio entre los criollos, ha llegado a cobrar una acepción de índole peyorativa, que involucra o quiere involucrar, toda la masa de población cruceña, con cierta tendencia a la exaltación del *quid regional*.

(28) El doctor don Mariano de Vedia y Mitre, nieto del insigne general y escritor argentino y el mismo escritor y publicista de nota, habló cierta vez al redactor de estos escollos, a quien honró con amistad ocasional en la capital uruguaya, de la personalidad de Nicomedes Antelo que no le era desconocida. Dijole, entre otras cosas, haber visto el ejemplar de la *División del Trabajo como principio orgánico en educación* que su autor había obsequiado al ilustre abuelo con dedicatoria autógrafa. Que en no pocos párrafos del opúsculo era fácil observar subrayas y llamadas de atención y una que otra anotación marginal hecha por la mano del general Mitre.

El dato sugiere con elocuencia la idea del interés que debió de despertar en el alto intelecto de Mitre la tesis del naturalista y sociólogo boliviano venido a maestro de escuela en la capital argentina.

(29) Se refiere al opúsculo cuyo título se ha dado en el escolio anterior. Dicho opúsculo, cuyos pormenores bibliográficos se apuntarán en seguida, contiene el trabajo que su autor leyó en el Congreso Pedagógico Internacional celebrado en Buenos Aires el año 1882, y al que hubo de concurrir como delegado de Bolivia.

René Moreno que hincó hasta la exégesis y hasta con el aporte de lo suyo propio en el examen de las ideas de Antelo naturalista y sociólogo, no le magnificó lo suficiente en cuanto a maestro y pedagogo. La tesis sobre *División del Trabajo* es, en verdad, una obra digna de ser considerada y estimada en alto grado. Su contenido doctrinal y los principios de sistema y metodología que enuncia, a los setenta y más años, tienen mucho que sugerir al maestro de hogaña y no poco digno de ser tomado en cuenta en la práctica de la enseñanza. Enemigo declarado de la escuela lancasteriana, que contribuyó a derogar en Buenos Aires, según propia declaración, y no nada amigo del sistema gradual-concéntrico, a la sazón puesto en boga, propugna por una escuela de alcances positivos, en la que se contemple no sólo la alfabetización y la instrucción elemental del niño y el adolescente, sino también la orientación hacia la técnica industrial por el camino de las artes manuales, junto con la revelación y el estímulo de las vocaciones.

Lejos de quien esto escribe el hacer un análisis, siquiera sea lo más sucinto, de las ideas de Antelo como pedagogo, contenidas en la *División del Trabajo* y en *Contestación a la memoria sobre educación común*. Labor tal, que escapa a su capacidad en la materia, ha sido emprendida por el culto y laborioso inspector departamental de educación D. Avelino Peredo, quien tiene en preparación un estudio que, seguramente, ha de llenar con creces la sentida necesidad. Con todo, creemos conveniente transcribir a renglón seguido algunos conceptos que emite el maestro Antelo en las páginas de la *División del Trabajo*.

Glosando la conocida definición de Buffon sobre el genio, apunta:

"Huyendo de la metáfora, disfraz de la moneda falsa en el comercio de las ideas, diré yo sencillamente que en mi concepto el genio es el resultado acumulativo de muchas generaciones, tendiendo siempre en la misma dirección, y culminando en un momento dado, por el poderoso aliento de la perseverancia".

Con respecto al afán de copiar servilmente acá lo que allá pasa por bueno, sentencia:

"No reniego de la imitación, pero sostengo que para imitar es preciso saber elegir los buenos modelos, y luego (como el peor sastre no lo ignora), saber adaptar el vestido a la talla del cliente".

Y pronunciándose frente a cierta corriente más arraigada hogaña que antaño:

"No hay verdadero progreso nacional, si la educación de las masas no es fecundada por el desarrollo intelectual de las clases superiores; principio que debo proclamar en alta voz conocida la tendencia de algunos pueblos sudamericanos, a desatender la alta enseñanza, que llaman aristocrática, para favorecer la educación común que llaman democrática".

La síntesis de su pensamiento temático está concebida en estos términos:

"Llamo división del trabajo en enseñanza pública al hecho de suministrar a cada edad, a cada rango social y a cada profesión, aquella disciplina y conocimientos especiales que van derecho a su objeto, sin confundir los fines y las necesidades, ni tampoco los medios adecuados al fin".

Parecidos conceptos, bien que de mayor vehemencia en la exposición, podrían tomarse de *Contestación a la memoria sobre educación*. Con ello, si no conocimiento pleno, bien puede adquirirse una noción aproximada de sus ideas en la materia.

Ya que la referencia bibliográfica ha sido el motivo inicial de esta nota, valga la oportunidad para dar seguidamente noticia de la obra de Antelo que conocemos impresa, aparte de la que salió a luz en publicaciones periódicas:

Un nuevo tigrón y con fraque. Alerta a los cronistas de América. Algo de viejo y de nuevo sobre la política Sud Americana. Salta, Imprenta del Comercio, 1860.

El Poeta y el Fraile (un epígrafe tomado de Enrique Tomás Burke, que reza: "Contra superstición no hay más antídoto que ciencia"). Buenos Aires. Imp. de la "Sociedad Tipográfica Bonaerense". Tacuarí 65, 1865.

La División del Trabajo como principio orgánico en Educación Pública. Disertación leída por el Sr. Nicomedes Antelo, Delegado de la República de Bolivia en el Congreso Pedagógico Internacional reunido en Buenos Aires, en abril de 1882. (Un epígrafe, en francés, de Alex Bain, tomado de *L'Education*. París, 1860. Preface). Bs. Aires. Imprenta de Pablo E. Coni, especial para obras, calle Alsina 60, 1882.

Contestación a la memoria sobre educación común de Buenos Aires por el ex sultán de las escuelas D. José M. Estrada. Buenos Aires. Imprenta "Buenos Aires", Moreno 71 y 73, 1870.

(30) Se trata del folleto intitulado *Un nuevo tigrón y con fraque*, cuyos pormenores bibliográficos han sido dados en la nota anterior. Este libro es de intención polémica, escrito con pasión ardorosa, igualmente sentido que meditado y vertiendo en la meditación la amargura a que le llevan sus experiencias en el medio natal, y en el sentimiento el desahogo de las propias tribulaciones. Lo escribió no bien salido de la patria, a la que nunca retornaría, por azares de la política imperante en ella.

Apenas es necesario decir que Antelo no era político, en el sentido que por aquel entonces se daba a esta palabra y que aún ahora insistimos en darle. Naturalezas como la suya estaban lejos de comulgar con las posturas de los caudillos y las taifas de ocasión y menos con la arrebatada práctica de motines y golpes de cuartel. Empero el repugnar de estas morbosas manifestaciones de la vida social boliviana no obstaron en modo alguno para que cupieran en su mente definidas ideas de la especie, que armonizaban con su fino temperamento y su depurado intelecto y más en lo concreto alguna que otra simpatía por tal o cual de los gestores de la política en acción.

Con tal antecedente fácil es explicar su posición de idealista en materia política, al acontecer, en 1855, aquel hecho hasta entonces no visto en la vida institucional del país: La transmisión del poder público de quien le retenía a quien le había obtenido por el voto ciudadano: de Belzu, el caudillo de las multitudes, a Córdova, el ganador de los comicios electorales de mayo de aquel año. Sin haber sido, probablemente, de los que dieron su voto al yerno de Belzu, por razón de que su pensar acercábase más bien al del oponente Linares y porque estrechos lazos de familia le unían a otro de los candidatos opositores, el general Celedonio Avila, vio con muy buenos ojos la ascensión de Córdova al mando supremo, por considerar que el hecho en sí implicaba la instauración de un nuevo orden asentado en la voluntad de los pueblos, que no en el filo de las bayonetas o en el celo de las chusmas aleccionadas.

Faltos de información como estamos sobre la vida de Antelo por aquel tiempo, no nos es dado saber de sus actividades durante los dos años escasos que el tímido pero generoso Córdova rigió la convulsa marcha del país. Lo presumible es que, ajeno siempre

al *modus vivendi* político, continuara procurándose la subsistencia con el género de trabajo que le brindaba la ayuda de su cuñado San Martín. El derrumbe del régimen constitucional por obra de revolución y consiguiente ascenso del opositor y conspirador Linares, debió de resonar hondamente en la delicadeza de su espíritu, según se infiere de las expresiones vertidas en el opúsculo. Tal debió de ser la afectación y tan premiosas las instancias de su ser íntimo por manifestar la repulsa que, por primera vez en su vida, le entró en el ánimo la acción, siquiera sea verbal, de la política, y dejó oír su voz de protesta y condenación contra la dictadura que surgía de la revuelta victoriosa. Enterarse de ello la autoridad departamental y disponer la condigna sanción, todo fue uno. Tuvo entonces que hurtar de peligros la persona yendo a buscar escondite entre sus parientes de Portachuelo. Como los desmanes de la dictadura subieran de grado, él, que los sentía como si cayeran todos sobre sí, no pudo o no quiso negarse a la acción efectiva, y se vio comprometido en el alzamiento armado operado en Santa Cruz en el mes de mayo de 1859. Sofocada esta revuelta por tropas venidas de La Paz con el propio ministro de guerra a la cabeza, los comprometidos en ella tuvieron que apelar a la fuga. Tras de una nueva estada de ocultas en Portachuelo, Antelo se vio obligado a expatriarse, al tiempo que el cuñado San Martín volvía a la Argentina natal después de años de ausencia.

Se ha nombrado a Portachuelo, la pintoresca capital provinciana de los campos del norte, y la ocasión se presenta para decir de ella lo que guarda relación con algunos pormenores de la vida de Antelo, según quieren tradiciones familiares y testifican papeles de la misma procedencia.

Se tiene dicho que don Juan Bautista, padre de Nicomedes, fue a establecerse y permaneció algunos años en la risueña villa, donde a la sazón residían sus hermanos Ramón y Lorenzo, entregados a las labores de la tierra. Allí pasó el futuro sociólogo y pedagogo los risueños días de la infancia y allí cursó los estudios elementales y se inició en el aprendizaje del latín con las enseñanzas del cura don Baltazar Limpias. Se conserva hasta hoy, bien que en estado ruinoso, la casa de los Antelos, que edificó el llamado Lorenzo y más tarde habría de heredar su hija María Manuela. En el patio de dicha casa se yergue un tamarindo más que centenario, bajo de cuya copiosa ramazón sitúa la tradición del poblado el lugar donde Nicomedes recibía las lecciones del *pae* Limpias.

Doña Juana Manuela Antelo, que por ser de la misma edad que el primo latinista, creció junto con él y fue la dilecta compañera de sus andanzas infantiles, casó más tarde con el próspero hacendado D. Fidel Ortiz. De esta unión vinieron al mundo el celebrado galeno y filántropo Nicolás Ortiz Antelo; Peregrín, acaudalado hombre de negocios; Santiago, que murió en la Guerra del Pacífico, y Petrona, esposa del Dr. Bailón Mercado, médico que también concurrió a aquella guerra y fue segundo del doctor Zenón Dalence en la ambulancia boliviana de la batalla del Alto de la Alianza, donde cayó prisionero de los chilenos.

Asegura la tradición y ello se infiere, además, de ciertas cartas familiares, que Antelo visitaba con frecuencia a la dilecta prima, y que cuando fugitivo por persecución política, halló cálida acogida en su hogar y seguro escondite en los *chacos* de don Fidel.

Dícese, finalmente, que Nicomedes anduvo por algún tiempo cortejando a cierta acaramelada moza del pueblo, la que no pudo menos de otorgarle favores. Y agrega la crónica puebleña que la susodicha vivió largo tiempo para recordar aquellos amorios, habiendo muerto septuagenaria en la primera década del presente siglo.

PAGINAS EPILOGALES

NICOMEDES ANTELO, MAESTRO DE ESCUELA

He aquí un título modesto, pero realzado a la jerarquía de un magisterio rector para quien lo llevó toda su vida con la humildad del sabio, la austeridad del virtuoso, la vocación del predestinado y la misión creadora y fecunda del sembrador de ideas: Nicomedes Antelo.

Nació en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, el 9 de setiembre de 1829.

Durante muchos años, hasta su muerte, fue maestro de escuela en Buenos Aires, Argentina, con eficiencia y prestigio.

En esa labor docente, se destacó por el pensamiento libre y los ideales de reforma, que le llevaron, muchas veces, a la ardiente polémica en la prensa, el folleto y las conferencias pedagógicas.

José Abel Palacios, en un artículo publicado en "La Prensa" de Buenos Aires, el 11 de julio de 1883 decía de Nicomedes Antelo: "La manifestación característica de su genio fue la *reforma* y la *propaganda*. Ha sido un apóstol del progreso humano en todas las cuestiones que la filosofía y las ciencias han abordado en los últimos veinte años. Sabio a la antigua, su cátedra estaba abierta donde hubiese uno solo que lo escuchara".

Asimismo, con toda razón, Gabriel René Moreno, en su estudio sobre Nicomedes Antelo (1), expresa que el carácter del ilustre maestro cruceño era "mezcla algo desventajosa pero simpática de humildad y de independencia, una y otra llevadas a un grado verdaderamente estoico". Y agrega sobre su actuación científica y educacional: "Hay controversias pedagógicas, reyertas con visitantes y directores, polémicas ruidosas contra las creencias sobrenaturales, sarcasmos centellantes como el acero bruñido y templado".

Una publicación casi desconocida de Nicomedes Antelo

Bien, pues, de esa acción combativa y polémica de Antelo, con mucho de irónica y mordaz, procede uno de los folletos de que es autor: "Contestación a la Memoria sobre la educación común en Buenos Aires por el ex Sultán de las Escuelas José M. Estrada. Por Nicomedes Antelo. Buenos Aires, Imprenta 'Buenos Aires', Moreno 71 y 73. 1870".

Estrada había publicado esa Memoria, al dejar el cargo de Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires, elevadas funciones que antes estuvieron bajo la dirección del gran Sarmiento, desde 1856 hasta fines de 1861.

(1) *Bolivia y Argentina. Notas biográficas y bibliográficas.* Santiago de Chile, 1901.
Impr. Cervantes.

En su Memoria, Estrada no sólo se refirió al estado de la educación común en Buenos Aires, y a su labor como Jefe de Escuelas, sino también a los maestros públicos que pretendió destituir, y al profesorado en general, en términos que Antelo, como maestro que era, se sintió aludido y ofendido.

Es más todavía. Tuvo Estrada, en la misma publicación, frases duras contra el entonces Gobernador de la provincia de Buenos Aires y su Ministro Dr. Malaver, porque dichos funcionarios, respetando el voto en mayoría del Consejo de Instrucción Pública, y en su calidad de superintendentes del ramo, desestimaron la resolución de Estrada, que destituía a Nicomedes Antelo como maestro, sólo por la entereza de éste en defender sus principios pedagógicos en abierta disparidad doctrinal con el Jefe del Departamento de Escuelas, quien le había acusado por ello de conjuración y desacato.

El folleto de Antelo, contestando a la Memoria de Estrada, constituye una pieza bibliográfica verdaderamente rara, que conservamos en nuestro poder, obtenida de la biblioteca particular de nuestro extinto abuelo Dr. Felipe Leonor Ribera.

Es tan poco conocido ese folleto, que no figura en ninguna de las obras de René Moreno en que debía consignarse, tales como "Biblioteca Boliviana: catálogo de la Sección libros y folletos, Santiago de Chile, 1879", ni en los Suplementos, primero y segundo, a dicha Biblioteca, por el mismo autor, y que abarcan los años de 1879 a 1908.

Tampoco aparece consignado en la obra "Adiciones a la Biblioteca Boliviana de Gabriel René Moreno", por Valentín Abecia, con un apéndice del editor (Enrique Barrenechea), 1602-1879, Santiago de Chile, 1899.

No lo incluye, asimismo, otro de nuestros más eruditos bibliógrafos, Humberto Vázquez Machicado, en su obra "Hombres y cosas del pasado cruceño", La Paz, 1937, que nos fue entregada, inédita, por su autor, para algunas acotaciones de nuestra parte, las mismas que publicamos en el N° 26 del "Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos", Santa Cruz, Bolivia, mayo de 1945, bajo el título: "Apuntes biográficos y bibliográficos sobre hombres y cosas del pasado cruceño". En ese trabajo, dimos una breve noticia sobre el indicado folleto de Antelo, en forma adicional respecto a la obra de Vázquez Machicado, noticia que ya la habíamos anticipado, con transcripción de algunas partes de aquél, en la "Revista de la Universidad Mayor Gabriel René Moreno", N° 4, correspondiente a los meses de junio a diciembre de 1939, cuando dirigíamos la mencionada Revista en Santa Cruz y la Biblioteca Universitaria.

Pugna doctrinal entre Antelo y José Manuel Estrada

La refutación a que se refiere el título del folleto de Antelo, era nada menos, repetimos, que al Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires, don José Manuel Estrada, de tanto renombre como publicista, literato y educador argentino. Autor de varios libros históricos y políticos, de él expresa Pedro Goyena en su obra "Crítica Literaria", Buenos Aires, 1917 -dedicando

un capítulo a Estrada-, que "dieciséis años contaba apenas, cuando obtuvo en el 'Liceo Literario' el premio ofrecido a quien hiciera la mejor memoria sobre el descubrimiento de la América". También en términos conceptuosos le mencionan el "Diccionario Enciclopédico Hispano Americano de Literatura, Ciencias, Artes, etc.", editores Montaner y Simón, Barcelona, así como la "Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana", Barcelona, Hijos de J. Espasa, editores.

Por tratarse, insistimos, de una publicación de Nicomedes Antelo, tan poco conocida, y que, por otra parte, constituye quizá el mejor índice de su carácter moral; de sus orientaciones ideológicas y pedagógicas; de sus vicisitudes de maestro; de sus contrastes, sus luchas y triunfos en tan noble carrera; de sus eminentes servicios a la educación pública, nos vamos a permitir seguirle más o menos sistemáticamente a través del citado folleto, espigando del mismo sus párrafos de mayor importancia.

Parece que existía entre Antelo y Estrada una antigua pugna doctrinal mantenida con bastante vehemencia, ya que en la publicación que nos ocupa, comienza expresando el primero: "Cuando hace tres años se dio en concurso la escuela de suburbios al Sud, fue el Sr. Estrada quien hizo una resistencia tenaz a mi nombramiento, objetando mis opiniones *religiosas*. Dígalo el Sr. D. Roque Pérez, a cuya sola energía, ilustración y rectitud de carácter debo mi triunfo en aquel concurso".

Recuerda después, que el mismo Estrada, firmó la destitución de Antelo como maestro, "con motivo -expresa textualmente- de la polémica sobre el matrimonio civil, en la cual sostuve las ideas liberales de mi credo social y político", pero que halló la oposición firme, contraria a tal medida, de parte del Dr. Peña, quien reflexionó a aquél en sentido de que si los escritos de Antelo eran punibles, podía el asunto pasarse a conocimiento de los tribunales de imprenta, pues que "él no tenía queja alguna por la conducta de Antelo como maestro público".

Antelo no era ateo -como él mismo dice que se le llamaba por sus adversarios doctrinales-, sino que, en su concepto, jamás debía confundirse la misión del maestro, de suyo científica, "con el rol privado del propagandista religioso". Sosteniendo este punto de vista contra las ideas de Estrada, Antelo publicó un artículo titulado "El Libro de Job", en el periódico "La República", Buenos Aires, del 8 de octubre de 1869, en el cual citaba textualmente las palabras del teólogo católico republicano:

"La Iglesia que bendijo la tumba de mi madre, bendecirá la mía. Entre Dios y yo acepto al sacerdote, porque creo en su misión".

"Lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir -explica Antelo- que en materias religiosas, no hay progreso posible; que el protestantismo, que proclamó la libertad de conciencia, emancipándose de la tiranía teocrática, es un absurdo, un error, o un extravío, y en fin, que nadie tiene que hacer con Dios directamente, porque para eso están los intermediarios, reveladores e interpretadores".

Debió ser tan bien expuesta esa refutación de Antelo a Estrada, que

éste dirigió un *Mensaje al Pueblo*, expresando, entre otras cosas, que había "reformado la enseñanza religiosa, haciéndola compatible con la libertad de conciencia", etc.

Sus servicios a la educación pública en la Argentina

Aludiendo Antelo a su participación en las inquietudes e iniciativas del magisterio de Buenos Aires, por el mejoramiento de la educación común, señala: "Estrada desconoce la época más laboriosa y más fecunda, en que se hayan iniciado las ideas de reforma en el seno de los mismos preceptores. Esa época, que será como el pedestal de un edificio que algún día se levantará, son los dos años de fatigosa labor, de constante discusión y profundo estudio que pasaron en sostenidas y nutridas conferencias presididas por el Dr. Peña".

Nicomedes Antelo, fue uno de los maestros en Buenos Aires, que mayormente aportó a la reforma de la Escuela Normal sobre nuevas bases científicas, como lo deja ver cuando anota:

"Coincidieron con la elección del Sr. Estrada al puesto de Jefe, varios artículos que el infrascrito publicó en uno de los diarios de esta capital sobre mejoras en general, y articularmente sobre el plan de estudios de la Escuela Normal (2)".

En otros párrafos agrega: "Nadie ha predicado más que yo por una reforma en educación. Refiérome en esto a reformas radicales, como la que en estos momentos se opera en Europa, después de grande y prolongada lucha, de ideas por supuesto. Ella consiste en revolucionar los programas y los métodos, introduciendo en la Escuela el elemento reclamado de los estudios positivos".

Como partidarios de sus ideas pedagógicas, nombra Antelo a los maestros Pérez, González, Sáenz Peña, Luis de la Peña, Costa y Torres; al lado de Estrada, a Goyena, Juana Manso, Weis, Levis, miembros todos del Consejo de Instrucción Pública en Buenos Aires al año 1870.

Refiere Antelo en el mismo folleto, ser el autor de un *método iconográfico*, para enseñar la lectura y la escritura simultáneamente. Dice que lo presentó ante una Conferencia de maestros en Buenos Aires, "con motivo de unas observaciones del Sr. Krause", quien había prometido refutar el método, pero cuando oyó la exposición de Antelo, acerca de "su plan general, su desarrollo y sus ventajas, tuvo a bien quedar en silencio". Agrega que las únicas observaciones partieron de don José Manuel Estrada, criticando el método sólo porque empezaba con la *i*, "letra incongenial a nuestra lengua". Antelo replicó que puso la letra *i* primero que la *o*, porque para su método "era indiferente empezar por cualquiera de las cinco vocales, habiendo sin embargo ventaja en la *i* por motivos caligráficos y que

(2) En la biblioteca de Humberto Vázquez Machicado, existen dos gruesos volúmenes de recortes de prensa de artículos publicados por Antelo, la mayor parte sobre materias científicas y educacionales, dice VAZQUEZ en su obra inédita *Hombres y cosas del pasado cruceño*, La Paz, 1937.

esto nada tenía que hacer con las condiciones que lo constituían un método especial y nuevo".

La disciplina intelectual y la pedagogía de la naturaleza

En el Apéndice del folleto que comentamos, hay un capítulo sobre la "disciplina intelectual", que contiene, indicadas, dice Antelo, "las ideas porque venimos trabajando hace algunos años, en la prensa y en otros terrenos más activos".

Sobre educación común, hace ver que "aunque los conocimientos (instrucción) sean el objeto final, más vale en nuestras escuelas afilar el instrumento, que dedicarnos a atesorar desde luego. Ello parece una paradoja, y es sin embargo una gran verdad".

Añade: "Las proposiciones son cuatro:

"1º En la educación de los niños vale más la disciplina (del entendimiento o lo que se llama *educación intelectual*, según Antelo), que la instrucción.

"2º Nosotros descuidamos completamente la primera.

"3º Deben atenderse ambos objetos.

"4º La misma instrucción que damos, no es generalmente adecuada, y por consiguiente es aparente o efímera".

Siguiendo en cierto modo a Rousseau en las soluciones de su Pedagogía: "Naturaleza" y "Libertad", de que se ocupa la obra "Emilio", del filósofo francés, dice sobre esta materia que hay algo que "vale más que todos los libros: el *libro de la naturaleza*. En los libros aprendemos lo que otros saben y lo que otros opinan; tomamos el producto de segunda mano. En la naturaleza aprendemos por nosotros mismos, y si nos equivocamos al leerla, nuestros errores tienen la ventaja de ser nuestros, y de poder rectificarlos repitiendo la observación".

En otro aspecto, anota que "sin perjuicio de los *conocimientos*, puede sostenerse que el mejor sistema de educación consiste en *enseñar el modo de aprender*. Por ejemplo, la Historia Natural (que era ciencia predilecta de Antelo), es un ramo tan vasto que no podría aprenderse ni en seis años. ¿Qué hace el profesor, este profesor que tiene que enseñar cuatro o seis ramos a la vez?. Lo que hace es *enseñar el modo de estudiar la Historia Natural*. Enseña el método de que se han valido los *naturalistas y observadores*: los instrumentos que han usado, las clasificaciones que han hecho, las modificaciones que éstas han sufrido, los defectos de que adolecen. Hace una especie de historia de la ciencia. En una palabra, enseña la filosofía de su ramo, y para esto analiza algunos tipos salientes, deslinda la materia, muestra sus horizontes y sus conexiones, y señala al alumno el rumbo de la investigación y el estado de sus problemas".

Y en seguida advierte: "En realidad, un alumno que en cualquier ramo no sabe investigar por sí, está mostrando que ha sido mal educado, por más conocimientos que posea. Es común en este tipo el servilismo, la falta de

criterio, la credulidad, el no saber usar de los conocimientos adquiridos como el medio de investigar nuevas verdades".

"Teóricamente hablando, el principio es general. El niño no debiera estudiar sino aquello que puede observar, indagar o comprender por sí. Este es el único plan que consulta el estímulo natural y que es realmente educativo y provechoso. Es el principio que salva el carácter, que aguza el entendimiento, y que asegura la dicha del discípulo y del maestro".

Al recomendar que la educación infantil debe ocuparse, con preferencia, en desenvolver las facultades del niño, previene que "el enseñar a leer y escribir desde los seis años, es una atrocidad, a la cual le damos poco plazo. La dirección que toman las ideas en todo el mundo, nos garante que esta clase de errores cruentos van cediendo el puesto a la razón y a los sentimientos de humanidad".

Antelo termina por señalar que "el principio fundamental de la educación consiste en *arreglar sus programas y sus métodos a la naturaleza del niño*".

*

Antes de cerrar aquí esta breve síntesis sobre el citado folleto de Antelo, deseamos reiterar, dejando bien explicado, que nuestro propósito no ha sido otro que difundir una de las producciones casi totalmente ignoradas del eminente escritor y maestro cruceño, pues ella ofrece marcado interés y significación desde distintos puntos de vista, no sólo en los aspectos biográficos y bibliográficos del autor, sino por lo que toca a la historia de la instrucción pública y de la cultura, en general, de Argentina y Bolivia.

Hubiéramos querido prescindir de la controversia de Antelo con Estrada, pero hay una ligazón tan íntima de ella con los temas expuestos por el primero en su folleto de 1870, que ha resultado imposible marginar por completo esa referencia, máxime si el mismo título de la publicación vuelve inevitable.

De ninguna manera, pues, la intención de disminuir en lo más mínimo la destacada figura del prestigioso humanista y literato don José Manuel Estrada. A los hombres hay que juzgarlos según las ideas o el espíritu de su época, investigando las determinantes de sus opiniones y reacciones. En aquellos tiempos de las polémicas pedagógicas de Estrada y Antelo, las creencias religiosas se abrazaban con vehemencia intolerante, disculpable hasta cierto punto.

José Manuel Estrada era un "católico ferviente", como lo define Pedro Goyena en su ya citada obra "Crítica Literaria", mencionando las polémicas que también sostuvo, sobre cuestiones religiosas, primero con Minelli y después con Bilbao entre 1861 y 1862, siendo fruto de esta última, su libro "El catolicismo y la democracia".

Así se explica, entonces, la profunda disidencia doctrinal entre el polemista religioso y el maestro Antelo, ya que éste, sin negar la existencia de Dios, pensaba opuestamente a Estrada, que en materia de instrucción pública debía primar la libertad de conciencia, el espíritu científico, los conocimientos positivos, reservando para otros campos, como la Iglesia y el hogar, la enseñanza de los dogmas católicos, o encomendando la misma a los propios sacerdotes.

Pleno triunfo pedagógico y escolar de Antelo

Intenso y prolongado fue el debate pedagógico entre el educador argentino y el boliviano, que se resolvió con la desaprobación por el Gobierno de los planes de aquél; la conservación de la Escuela Normal que él quería suprimir, y con el rechazo de "las destituciones en masa" que había decretado contra numerosos maestros, todo lo cual remató, finalmente, con la caída de Estrada como Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires, a los diez meses de su jefatura.

El triunfo no podía ser más rotundo para Antelo, que había ganado esa contienda pedagógica y escolar contra un adversario de "tan brillantes antecedentes", con grandes influencias ante el Gobierno y "apoyado por las relaciones sociales de una familia histórica y poderosa por la fortuna", como textualmente declara Antelo.

En su folleto, al referirse Antelo a este sonado éxito, lo hace con los justificados conceptos que siguen:

"El Gobierno del Sr. Castro ha conquistado, con su rectitud en este asunto, una corona cívica, que no soy yo el que se la discierno, sino el pueblo entero, espectador y testigo de un drama que ha preocupado su atención por veinte días". (Alude al tiempo que seguramente tardó la decisión del Gobernador en la queja interpuesta por Antelo contra su destitución de maestro de una escuela municipal, ordenada por Estrada). Y continúa Antelo: "Ha consignado, en los anales gubernativos de un pueblo libre, el antecedente fecundo y consolador de que, arriba de las influencias, arriba de la fortuna, y arriba del mismo poder, está la ley, creada para garantizar la justicia, aun cuando ella sea reclamada por un pobre maestro, sin fortuna, sin prianza y sin más amparo que su derecho".

Realmente la forma y condiciones como se definió la pugna entre Antelo y el Jefe del Departamento de Escuelas en Buenos Aires -recibiendo el maestro cruceño la amplia protección del Gobierno y el apoyo de la más calificada opinión

pública de la Argentina-, muestran la tradicional cultura, el sentido de justicia y el espíritu hospitalario y democrático de la nación del Plata, modelo de naciones.

Posteriormente, la personalidad y la obra de Antelo como maestro, fueron cobrando relieve e influencia, según veremos a través de otras actuaciones y escritos suyos.

Se le encomendó, en calidad de acúmulo, por el Consejo Escolar del distrito de San Nicolás, el preceptorado de una escuela nocturna de adultos, que empezó a funcionar desde el 9 de abril de 1877, agregada a la escuela elemental de varones, diurna, que Antelo venía ya dirigiendo en la ciudad de Buenos Aires, calle Córdoba N° 318 (3).

Su actuación en el Congreso Pedagógico Internacional

Después fue delegado por Bolivia ante el Congreso Pedagógico Internacional que se reunió en Buenos Aires durante los meses de abril y mayo de 1882. A dicho Congreso presentó Antelo un importante estudio, que luego dio a la publicidad, bajó el título: "La división del trabajo como principio orgánico en Educación Pública", Buenos Aires, 1882, Imp. de Pablo E. Coni.

"Llamo división del trabajo en la enseñanza pública -dice Antelo- al hecho de suministrar a cada edad, a cada rango social y a cada profesión, aquella disciplina y conocimientos especiales que van derecho a su objeto, sin confundir los fines y las necesidades, ni tampoco los medios adecuados al fin".

Y continúa: "Estudiando los progresos de Alemania, hasta donde me ha sido posible, he arribado a estas conclusiones de Política Pedagógica, sobre las cuales me permito llamar vuestra atención:

"1^º Que no hay verdadero progreso nacional, si la educación de las masas no es fecundada por el desarrollo intelectual de las clases superiores; principio que debo proclamar en alta voz conocida la tendencia de algunos pueblos sudamericanos, a desatender la alta enseñanza, que llaman aristocrática, para favorecer exclusivamente la educación común que llaman democrática.

"2^º Que la educación que da el Gobierno no debe cultivar sólo la inteligencia, sino también las facultades activas y productivas de la Nación.

"3^º Todo ciudadano es productor, y para cumplir esta misión, de que depende la vida de la familia, y la riqueza y la prosperidad del Estado, tiene que profesar una industria en virtud de la división del trabajo, so pena de ser arrollado y vencido en esa lucha tenaz por la existencia, de que surge el progreso como la chispa al contacto del eslabón".

Refiriéndose al sistema de Lancaster, nacido en Inglaterra en 1798, dice que éste "redujo la escuela a la enseñanza mecánica de la lectura, la escritura, algo de cálculo y el catecismo", y que en la Argentina "se mantuvo firme, incólume, tiránico, como un príncipe oriental, hasta ayer no más, hasta el año de gracia de 1874, en que unos cuantos preceptores, entre los cuales tengo el honor de contarme, lo echaron por tierra, de donde no volverá a levantarse más".

Mereció Antelo especial felicitación de parte de la Comisión del Congreso

(3) Véase la obra: *Fundación de Escuelas Públicas en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno escolar de Sarmiento, 1856-1861 y 1875-1881*. Prólogo de Ricardo Levene, La Plata, 1939, págs. 255 y 256.

Pedagógico de referencia, que le participó haberse aprobado en la sesión de clausura del mismo, un voto unánime de agradecimiento por el valioso concurso de Antelo como delegado de Bolivia. La nota lleva fecha de 9 de mayo de 1882, suscrita por el Presidente de esa Comisión, O. Leguizamón, y como Secretario, T.S. Osuna.

Influencia de las ideas de Antelo en materia educacional

Las ideas de Antelo en el ramo de educación ejercieron notoria influencia en la Argentina, como se advierte leyendo las Declaraciones del Congreso Pedagógico Internacional de Buenos Aires, suscritas el 8 de abril de 1882 (4), por lo que respecta, principalmente, a lo que Antelo llamaba "la disciplina intelectual" y la especialización o división del trabajo en la enseñanza pública.

Permítasenos una breve demostración comparativa en este sentido.

Ya hemos expuesto una síntesis de los principios de Antelo en materia educacional, sobre los cuales insistió tanto, en forma de una sostenida campaña, respecto a que "*educar es desenvolver las facultades por medio del ejercicio, procurando que éste sea lo más espontáneo posible*"; que "en la escuela vale más educar que instruir; dar hábitos al entendimiento, disciplinarlo, ejercitar la observación, la comparación, el juicio, la clasificación y también el raciocinio deductivo". Que debe tenderse a la *especialiación* así como a una *educación nacionalista*.

Por su parte, las Declaraciones del Congreso Pedagógico Internacional de Buenos Aires de 1882, decían:

"Los sistemas de educación pública deben responder a un propósito nacional, en armonía con las instituciones de cada país".

"La enseñanza se armonizará en las escuelas comunes con las condiciones de la sociedad en que hayan de ejercitarse las facultades de los alumnos".

"En las naciones sud americanas conviene que las leyes y reglamentos escolares estimulen y favorezcan la *especialización* y el predominio que adquiere naturalmente y por esfuerzo propio la mujer como educacionista primaria".

"El maestro debe *clasificar* las ideas que componen cada una de las materias escolares, y dirigir de tal modo la enseñanza, que se cumplan las siguientes condiciones:

"*Ejercicio de la facultad o facultades* que correspondan a la *clase de ideas* que se quiere comunicar al alumno.

"Aplicación del método por el cual las facultades correspondientes adquieren *naturalmente* esa clase de ideas.

"Adquisición de los conocimientos por la *propia actividad* del alumno, según el orden en que naturalmente se desarrollan sus facultades", etc.

Asimismo la ley de Educación Común en la Argentina, de julio 8 de 1884, -y de acuerdo en gran parte a los principios sustentados por Antelo- marginó la enseñanza religiosa de los programas, disponiendo en su Art. 8º, que "sólo podrá ser dada en las escuelas públicas por los ministros autorizados de los diferentes cultos, a los niños de su respectiva comunión y antes o después de las horas de clase" (5).

(4) Véase esas Declaraciones en "Nueva Revista de Buenos Aires". Dirigida por Vicente G. Quesada, año II, tomo V., Bs. Aires, 1882. Imp. y Librería de Mayo, de C. Casavalle, Perú 115 (págs. 475 a 490).

(5) Véase el libro *La educación común en Buenos Aires*, por Pablo A. Pizzurno. Buenos Aires, 1910 (págs. 10 y 14).

Comentando este Art. 8º, Pablo A. Pizzumo, en su obra "La Educación Común en Buenos Aires", 1910, dice: "Disposiciones posteriores del Consejo Nacional han completado esta reglamentación disponiendo que la *enseñanza religiosa* sólo podrá ser dada a los alumnos cuyos padres manifiesten previa y expresamente su consentimiento, quedando prohibido al personal directivo y docente tomar ninguna participación en esta enseñanza. (Resolución de agosto 24 de 1904)".

Acerca de la tesis de Antelo, de que "no hay verdadero progreso nacional, si la educación de las masas no es fecundada por el *desarrollo intelectual de las clases superiores*", el eminente pensador argentino Ricardo Rojas, que fue Presidente de la Universidad de La Plata, coincidía con Antelo en una conferencia pronunciada en dicha Universidad el año 1911, con motivo de celebrarse el primer centenario del natalicio de Sarmiento: "El problema argentino de la hora actual *no tiene su única solución en la enseñanza primaria*, como cuando Sarmiento lo planteara. Acaso es más bien un problema de *educación superior*. El destino de las naciones depende, por ahora, más que de sus muchedumbres pasionales, de sus *minorías directivas*, y de éstas va a depender por mucho tiempo, aun en las democracias. Pero, desde luego, el problema argentino es un problema de educación, y de educación superior, puesto que en él se implica la solución de los otros" (6).

Cómo juzgó el problema de las razas en Bolivia

Sobre el problema de las razas en Bolivia, creemos que Antelo juzgó esta cuestión, no sólo como partidario de las doctrinas naturalistas y positivas, sino a través de esa "tendencia ingénita de su espíritu": la de *educador*, que lo fue por temperamento o vocación.

René Moreno, en las últimas páginas de su biografía de Nicomedes Antelo expresa -con la salvedad de *si es fiel en la exposición*, confiada a la memoria- que "las conclusiones postreras sobre el indio y el mestizo a que había arribado Antelo en 1882", eran de que éstos constituían una "cantidad negativa", "un riesgo permanente y mortal para la nacionalidad boliviana, fisiológicamente, por causa de las células, que elaboran índole perniciosa y *mente inadecuada* en el cerebro del indio y del mestizo".

Pensamos que Antelo, al hablar de esta manera, según la relación de René Moreno, no se refería sino al indio y al mestizo incásicos en el estado o la época en que eran objeto de su apreciación.

Y veamos por qué. El mismo René Moreno, en su citada biografía sobre Antelo, dice aludiéndolo, que "el maestro de escuela en Buenos Aires sabía leer de corrido en Lamarck, en Darwin, en Herbert Spencer, en Hæckel", agregando sobre la filosofía de la evolución, que "la historia del origen, desenvolvimiento y conclusiones de la teoría y las fórmulas abstractas de la teoría misma, le eran familiares en términos de estar habilitado para profesarlas públicamente".

Bien, pues, tales científicos y principalmente Spencer, habían afirmado, con más o menos variaciones de detalle, las leyes universales de la evolución y la disolución"; que "todo se transforma"; "todo ser es transición"; que "la vida no aparece como forma definitiva sino en desarrollo"; "todo es relativo"; que "son

(6) Véase *Los Arquetipos* (Obras de Ricardo Rojas), Buenos Aires, 1922. Librería "La Facultad", págs. 152-153.

trasmisibles las modificaciones de estructura producidas por la función del individuo mismo, es decir, las calidades adquiridas en la vida y debidas así en parte a la influencia del medio"; además que "debía tenerse en cuenta el valor importante de los poderes espirituales como factores de la evolución, cuyos gérmenes están incluidos en el organismo de los individuos sociales"; llegando Spencer a la consecuencia, finalmente, en su obra "Educación", que "en la dirección de la acción individual es donde ha de encontrarse la solución de los fenómenos sociales", o sea que "la educación podrá obrar como un factor poderoso y saludable en el desarrollo de la vida", etcétera. (7).

Si esto proclamaban los científicos a quienes seguía Antelo, especialmente Spencer, repetimos, quien cuidó de que se le atribuyera "una interpretación puramente materialista de las cosas", reconociendo factores ideales en el proceso evolucionista; si Antelo como buen maestro y pedagogo, sabía que la educación constituye una "segunda naturaleza" en el hombre, capaz de operar saludables transformaciones en su espíritu y su acción, no es posible aceptar como la *última palabra* de sus investigaciones sobre el problema de las razas en Bolivia, la conclusión aquélla respecto a "la índole perniciosa que elaboran las células en el cerebro del indio y del mestizo", determinando en la sociedad la perpetuación del "bochinche y el caudillaje, la anarquía y el despotismo".

Según información que hemos podido recoger con la fidelidad inmediata y exacta que sólo es dado captar del documento impreso, y lo que es más, información a través de varios escritos del pensador cruceño, las acusaciones de Antelo tenían un sentido mucho más profundo que el de las simples palabras con que eran expresadas, pues aquéllas no estaban dirigidas, en verdad, *contra el indio y el mestizo por ser tales*, sino contra su "*mente inadecuada*" para la normal convivencia colectiva y las ansias de progreso. He ahí, para nuestra interpretación, "*el meollo que se oculta entre confusas y difusas apariencias*", aplicando una frase del mismo René Moreno.

Semejante inadecuación del indio y el mestizo -diremos de nuestra parte- culpa ha sido, en último término, de los hombres dirigentes de Bolivia, por el abandono que hicieron de estas clases humildes de la sociedad, al no haberlas incorporado, mucho antes, a la cultura y la civilización nacionales.

La interpretación que damos sobre las conclusiones de Antelo acerca del indio y el mestizo, la derivamos también de sus propias palabras, referidas por René Moreno en su citada biografía -y que deben comprenderse en su hondo alcance- cuando dice de Antelo, que "confesaba las *proyecciones profundas* que sobre el genio de una *raza cualquiera* arrojan las influencias exteriores y locales"; que "no consideraba este asunto sociológico de la raza *desde un punto de vista étnico meramente*"; que "clamó contra las teorías políticas profesadas sin sentido práctico por la clase pensadora y denunció las faltas e inconsecuencias que por este camino iba arrastrando en el poder la raza blanca encabezada por Linares"; que llegó a plantear *como una de las soluciones*, hablando siempre de la Patria ausente: "Que la política y la administración, favorezcan allá con sus arreglos más valiosos el ejercicio natural de las fuerzas inherentes a una nueva *evolución etnológica*, a fin de que, por la *virtualidad que es propia del transformismo*,

(7) Véase la doctrina de Herbert Spencer y las líneas directrices para el progreso de la educación, por Wilhelm Mann. Santiago de Chile, 1905. Imp. Cervantes.

desaparezcan cuanto antes el indio y el mestizo en Bolivia", esto es, por el blanqueamiento de los mismos, para ir hacia la "unificación caucásea de la raza nacional", y resolver así "los más arduos y terribles problemas del presente y del porvenir".

La pedagogía nacional como una de las soluciones para el problema étnico

Más antes ya había sostenido Antelo, en un trabajo publicado el año 1865, *como otra solución* para el problema sociológico-político que determinan el indio y el mestizo en las democracias hispano-americanas: "El único modo de ahorrar sangre, sería *ilustrar al pueblo, difundir la educación, para dar dirección al instinto liberal exaltado, y preparar la opinión para la realización tranquila de las reformas.* En una palabra, *nuestra cuestión social* no es ya de libertad, es de educación. Yo no hallo un hombre más sabio en la República Argentina que el venerable Sarmiento; su tesón para arrancar una piltrafa de esas rentas públicas que se extravían en objetos secundarios, prueba su incontestable patriotismo. En suma: *yo creo que el semillero de la anarquía está en la desarmonía de la educación con nuestro sistema político*" (8).

En este sentido, consideró Antelo que los planteamientos sobre la educación, debían consultar la *propia naturaleza de los pueblos*, investigando sus elementos psicológicos característicos, sus virtudes y sus taras, anticipándose en cierto modo a Franz Tamayo, con su conocida tesis sobre "creación de la de la pedagogía nacional", título de una de sus más notables obras, cuya primera edición se hizo en 1910 (9).

Tamayo decía: "Nuestro problema pedagógico no debe ir a resolverse en Europa ni en parte alguna, sino en Bolivia. La cuestión de instrucción que supone antes la cuestión educativa (muy más trascendente) es sobre todo un problema de altísima *psicología nacional*. Es una pedagogía boliviana la que hay que crear, y no plagiar una pedagogía transatlántica cualquiera".

Seguramente eso mismo quería decir Nicomedes Antelo, en una publicación del año 1865, cuando recomendaba: "No es más sabio el que más estudia en los libros de los hombres, sino el que mejor sabe leer en el *gran libro de la naturaleza*; y la ciencia de los derechos del hombre, sólo ha existido, cuando los hombres dejaron de preguntar a los libros, para consultar la única revelación que Dios ha hecho de su infinita sabiduría. El inca Atahualpa recibiendo amigablemente a Pizarro, es más sabio, más prudente y moral que éste, cuando lo traiciona y asesina. *Y cuántas lecciones de sabiduría no escucharon esos bárbaros blancos de la Europa, de los labios de los indios de América*".

Ya en 1870, Nicomedes Antelo en su folleto de Contestación a la Memoria de José Manuel Estrada, definió claramente su tesis sobre la *pedagogía nacional*, al proclamar: "Siendo el objeto de la educación el desarrollo armónico de las facultades, y su ideal la perfección humana, el programa debe dar preferente ejercicio a aquellas facultades que están en defecto, y trabajar menos las que están en exceso. *El buen educador, como el buen político, debe conocer el carácter de su nación, lo mismo que el médico el temperamento de su enfermo.*

(8) *El Poeta y el Fraile*, por Nicomedes Antelo, Buenos Aires, 1865.

(9) *Creación de la Pedagogía Nacional*, Franz Tamayo, La Paz, Bolivia, 1944, segunda edición.

Casi todos los pueblos adolecen, etiológicamente hablando, de algún desarrollo preponderante, que destruye el equilibrio necesario en las facultades. La educación, por medio de sus programas, debe corregir estas tendencias viciosas, y cultivar con preferencia las cualidades que se desean tener, según nuestro ideal de la perfección".

Las conclusiones etnológicas de Antelo a la luz de la moderna investigación

Si bien las conclusiones positivistas de Antelo por lo que toca al concepto de raza en sentido antropológico, han sido superadas por una acepción cultural, "la realidad del problema que planteó sigue en pie", como lo hizo notar Humberto Vázquez Machicado en un estudio sobre la sociología de René Moreno (10).

A propósito, es de gran interés anotar que cuanto dijo Antelo del indio en 1882, lo confirma Fernando Díez de Medina, al hacer una crítica del autor de "Creación de la Pedagogía Nacional", en su obra "Franz Tamayo, Hechicero del Ande", 1944, y cuanto dijo del mestizo en el mismo año, lo confirma a su vez Franz Tamayo, en su ya referido libro -primera edición de 1910 y segunda de 1944- ambos autores, oriundos de los Andes de Bolivia, con fervoroso espíritu nacionalista y cultores de lo autóctono.

Tamayo expresa del mestizo en su citada obra, página 66: "Históricamente hablando, el resorte y material inmediato de todas nuestras revoluciones políticas ha sido el cholo. Sus condiciones propias han hecho siempre de él una pasta fácil que se ha amoldado a las locuras y ambiciones de nuestros más viciosos demagogos. En resumen: socialmente hablando, es o tiende a ser parasitario; políticamente, ha sido o puede ser un peligro; como factor económico su exponente es bajísimo, y está amenazado de ser aplastado por la competencia extranjera, que toca ya a sus puertas y de la manera más alarmante".

Díez de Medina, expresa por su parte, sobre el indio, en las páginas 99 y 100 de su citado libro: "El indio pudo ser, fue seguramente la planta vigorosa del Ande. En la actualidad, por mucho que constituya el poblador más numeroso y el primer productor de nuestra economía, es, por más de un concepto, un factor regresivo de la nacionalidad. Hombre de tipo elemental -en el sentido spengleriano- es la raza muerta, orgánica y espiritualmente agotada; la raza "fellah" que sobrevive extraña a la evolución histórica. Sin ir tan lejos como D.H. Lawrence que profetiza el destino de los indios de América en una sola frase -norteamericanizarse o desaparecer- es lícito afirmar que si el indio no se despoja de la piel seca y estéril del pasado ancestral, para revestirse con el indumento rápido y nervioso de los tiempos nuevos, está condenado a desaparecer. ¿Tiene reservas orgánicas para intentar esa evolución? Este es el problema".

Al respecto, insistimos en considerar de nuestra parte, que tales insuficiencias y fallas del indio y el mestizo bolivianos, constituyen sólo un *estado inferior de su civilización*, o sea que provienen más que todo, de las circunstancias históricas; de su servidumbre social; de sus miserables condiciones de vida, trabajo y económicas en general; de las influencias del medio; de la absurda política colonial que por largo tiempo padecieron: del retraimiento de las razas para la fusión

dialéctica de sus elementos étnicos y culturales; por último, de la falta de una educación adecuada y ampliamente democrática que acabe con los prejuicios de la desigualdad de clases.

Para demostrarlo, pongamos en contraposición lo que expresaba Antelo en 1882, sobre la suerte corrida por la raza indígena en el imperio peruano, con lo que acerca del mismo punto dice recientemente el escritor Antonello Gerbi.

Antelo, refiriéndose al indio incásico de Bolivia, apuntaba:: "Esa raza de cobre ha rendido ya sus pruebas secularmente. Su poder y su civilización no resistieron en el *imperio peruano* al primer contacto del poder y civilización de un grupo de blancos aventureros. Su herencia es hoy para nosotros nada. Ningún nuevo factor, ni uno solo, ha aportado esa raza a la cultura ni al concurso de la actividad moderna".

Gerbi, maestro y sociólogo italiano, expresa en su libro "El Perú en marcha", juicios que nos hacen renacer el optimismo en el indio y el mestizo de nuestra Patria -tal si quisiera llevar consoladora esperanza a las conclusiones de Antelo- pues Gerbi demuestra como una realidad actual, gracias a *propicias condiciones*, "la aptitud del indio para entrar a tono en la vida de nuestro tiempo, revelando la parte positiva y sobreviviente de la cultura incaica que se incorpora al nuevo ser colectivo y que ése es, en último término, el concepto de modernización" (11).

En efecto, dice Gerbi: "El imperio incaico desapareció; empero, la energía espiritual implícita en su tradición, sobrevivió a su caída. Más aún, cristalizándose en las almas y en los corazones, creció en fulgor inextinguible como el diamante nacido el oscuro carbón y pudo así constituir el primer núcleo de una conciencia nacional peruana. Este núcleo adamantino resistía al principio y hasta se oponía a la penetración española; pero, una vez consolidada la República, brillaba a través de los elementos importados y asimilados como un sello de antiquísima nobleza y operaba en el nuevo estado como un ejemplo atávico, como una exigencia de organización y de disciplina, de fuerza y de orden, como el mito propulsor característico (Por ser históricamente verdadero y reciente) de la religión patria del Perú".

Evidentemente, la incorporación de indios y mestizos al proceso económico y cultural del Perú, es un hecho innegable y rotundo, como lo destaca Luis E. Valcárcel en sus obras "Tempestad en los Andes", 1927 y "Ruta Cultural del Perú", 1945, "no en forma de estallidos revolucionarios ahogados en sangre ni de una lucha de razas a la manera de Gumplowicz sino de un movimiento general en procura de todas las oportunidades y posiciones" (12).

De igual modo lo hace notar Francisco Ponce de León en su obra "Al servicio de los aborígenes peruanos", edición de la Universidad Nacional del Cuzco, 1946, abordando el problema indígena de acuerdo a las ideas más nuevas y generalizadas acerca de las razas. Así dice: "*creemos que el indio debe mejorarse como individuo y no como raza; ésta debe fusionarse perdiendo sus caracteres de tal*. Vienen a apoyar la tesis del mejoramiento de los indios como individuos las conclusiones a que ha llegado el Primer Congreso Universal de Razas reunido en Londres, conclusiones que representan el pensamiento actual acerca de las razas: si la raza es inestable, si la naturaleza plasma al hombre, si no son esenciales ni

(11) Véase *Ruta Cultural del Perú*, Luis E. Valcárcel; México, 1945.

(12) *Ruta Cultural del Perú*, LUIS E. VALCARCEL; México, 1945.

eternas las diferencias entre las estirpes, de tales premisas se deduce una fe indestructible en el porvenir de todos los hombres. La nota dominante del Congreso fue el acercamiento de las razas". Y continúa: "El mestizo es el mejor instrumento de fusión y nivelación de clases y de castas; es un factor para la nacionalidad. La educación como un factor democratizante es el mejor medio de destruir los prejuicios de raza, clase o condición social, y es también a la vez un poderoso medio de mejoramiento. La acción de la educación y el mestizaje es recíproca. Hoy no se cree en la superioridad sustancial de ninguna raza. No hay sino estados de cultura".

Deseamos, por eso, que las conclusiones de Nicomedes Antelo -según nuestra interpretación- sean cabal y rectamente entendidas, defendiendo así de nuestra parte al ilustre maestro, como al gran René Moreno -que comentó sus ideas sociológicas- contra las acusaciones que se les ha hecho, tan injustamente, de ser ellos dos, enemigos a todo trance del indio y el mestizo de Bolivia.

La interpretación que formulamos se apoya en que Antelo (véase la biografía que de él hace René Moreno en su libro "Bolivia y Argentina") se refiere *al indio y al mestizo incásicos*, como *razas primitivas o coloniales*, no propiamente a los indios y mestizos *como individuos*. Tan es así que Antelo al hablar siempre del indio y el mestizo *incásicos*, expresa que "tendrán tarde o temprano, en la lucha por la existencia, que desaparecer bajo la planta soberana de los blancos puros o purificados", esto es, de la "*inmigración europea*", como pone por ejemplo, en otro párrafo.

Palabras más, palabras menos, estos planteamientos del maestro cruceño en 1882, coinciden con las actuales opiniones de los modernos maestros peruanos como Ulloa, Valcárcel, Ponce de León, etc., diciendo este último de acuerdo con aquéllos: "Hemos visto que la sociedad peruana, desde que se constituyó en nación soberana, ha *procurado la conservación de los indios, pero no de la raza indígena*. Semejante labor, como ya hemos dicho, sería imposible. Aislar a una raza, querer que permanezca estática ante la fusión general de una raza en otras, ante ese movimiento constante de endósmosis y exósmosis de unas sangres en otras, es ir contra la naturaleza. Las razas como los individuos tienen necesidad de renovar su sangre. Al cabo de algunos siglos y a fuerza de cambios continuados ya no queda nada de la raza primitiva".

Conviene, pues, remarcar que Antelo, no podía menos de querer -como partidario de la teoría evolucionista y profesante del más noble humanismo- jamás la destrucción sino la absorción de las viejas razas indígena y mestiza, esto es, disolviendo sus primitivos caracteres, coloniales, arcaicos o retrógrados, para que salga de esas razas una estirpe joven y fuerte, de nuevas individualidades, a fin de lograr la más armoniosa integración nacional, en todos los aspectos de la vida colectiva.

El destino de Bolivia, como el de México y Perú, por la determinante de su mayor población indígena, ha sido señalado por Luis E. Valcárcel, en su libro "Ruta cultural del Perú": "La tónica del americanismo será perceptible en los pueblos de mayoría india. En ellos la cultura occidental será coloreada por la aborigen y las minorías blancas se verán forzadas a una convivencia transaccional que anule sus tradicionales tendencias al privilegio y el predominio, a cambio de un comercio

armónico dentro de un *estado sin clases, fundadas en la discriminación racial. Naciones integradas por disímiles elementos étnicos sólo pueden subsistir mediante el convenio de garantías mínimas recíprocas*".

En nuestra Patria, ya se ha impulsado un movimiento intenso para absorber al indio y al mestizo incásicos, ya por las corrientes inmigratorias, ya por los factores culturales y económicos. Algunas manifestaciones de ese movimiento, son el Primer Congreso Indigenista Boliviano, reunido en la ciudad de La Paz del 10 al 15 de mayo de 1945; el nuevo Código de la Educación (Decreto-Ley de 20 de enero de 1955), inspirado en la más amplia democratización de la cultura; las Jornadas Indigenistas, entre las cuales podemos citar la reunión del Tercer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en La Paz del 2 al 13 de agosto de 1954; la planificación industrial; el Código de Seguridad Social (Ley de 14 de diciembre de 1956); el desarrollo de la legislación indigenal y del trabajo; la dotación de tierras y viviendas urbanas en favor de las clases más necesitadas del país, etc.

La misión económica y nacionalista de Santa Cruz de la Sierra

Pasando al problema de Santa Cruz, quedan en todo de actualidad las reflexiones de Antelo, cuando se refería a la posición especial de nuestra tierra en el macizo andino, "a la manera como suele verse un jardín enclavado al pie de una roca, si bien esta vez el jardín es tan grande como la roca", cuando decía, aludiendo a la inagotable riqueza de nuestros llanos, que se "debía buscar para Bolivia una industria verdaderamente nacional, algo de aquello que tiene un abundante valor cambiante en el mercado y vías de comunicación para exportarlo"; cuando hablaba de los cruceños de estirpe ibérica como "la levadura de la sociabilidad selecta del porvenir"; cuando advertía que "el auge de la industria minera debía refluir en pro de la agricultura, colonización y comercio fluvial de nuestras orientales comarcas, que tantas producciones valiosas brindan a las industrias así de cultivos como extractivas, y que por este camino llegaríamos a la depuración y unificación consabidas y a la plenitud generadora que se denomina la vida nacional"; cuando proclamaba que "la libertad y el orden en Bolivia no debían buscarse sino en el campo del bienestar material, poniendo de preferencia en actividad efectiva todos los agentes económicos que sugiere el arte industrial, y los que brinden allá los naturales recursos del país"; cuando, por último, repetía que "*su principio político era el trabajo*", pero a condición de ofrecerte como núcleo central el medio que le sea más propicio para todas las oportunidades y todos los desarrollos de la múltiple capacidad humana.

Así esbozaba Antelo la misión económica y nacionalista de Santa Cruz de la Sierra y, en general, del Oriente Boliviano, misión sensiblemente no bien comprendida.

Antelo en la amplia función social del maestro y el humanista

Los temas estudiados y planteados por Antelo, abordando ya las básicas cuestiones educativas, ya los grandes problemas políticos y sociales de Bolivia, le

definen no simplemente como un pedagogo y reformador de métodos de enseñanza, sino lo que es más todavía, como un *maestro de escuela sociológica y cívica* en nuestra Patria.

Antelo es precursor, en efecto, de una *etnología y sociología nacionales, con proyecciones americanas*. Nada importa el rigor de su método, si creyó cumplir un deber científico y patriótico al señalar, como lo hizo, los más típicos caracteres psicológicos del indio y el mestizo incásicos, todo con hombría de bien y honradez literaria al expresar sincera y valientemente sus opiniones. Reconocemos que puso en ello, es cierto, severidad y vehemencia, junto con el crudo análisis de la realidad, y hasta la innegable exageración en los gruesos diseños y contornos, pero quizá se propuso despertar así la conciencia pública en favor de la solución del inquietante problema étnico de Bolivia.

Vienen a propósito para explicar dicha actitud de Antelo, los conceptos de Valcárcel: "El etnólogo -especialista en el estudio del hombre- no cumpliría su primordial misión si, como resultado de sus investigaciones, no *denunciase la inferioridad y el sufrimiento* a que están reducidos millones de seres. Porque es ciencia del hombre, la etnología no puede desprenderse del calor y la pasión que todo lo humano despierta en el hombre".

Por lo demás, las observaciones críticas del maestro cruceño en Buenos Aires, contribuyeron a iniciar el debate en Argentina y Bolivia acerca de dichos temas etnológicos, abriéndose desde entonces hasta hoy mismo, algo así como un curso de investigaciones universitarias sobre la cuestión, bajo sus aspectos histórico y social, principalmente. De ese curso o seminario, como decimos, merecen citarse las obras: "Conflicto y armonías de las razas en América", por Domingo F. Sarmiento, 1883; "Las multitudes argentinas", por José M. Ramos Mejía, 1890, ambos escritores, de la nación del Plata; luego los libros "Biblioteca Boliviana: catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos", 1888 y "Ultimos Días Coloniales en el Alto Perú", 1896, por Gabriel René Moreno; "Pueblo enfermo: contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos", 1909 y 1910, y "La plebe en acción", 1924, por Alcides Arguedas; "Las taras de nuestra democracia", 1920, por Carlos Romero; "El Pongueaje: la servidumbre personal de los indios bolivianos", por Rafael Reyeros, 1949; hasta la reciente: "Figura y carácter del indio", por Gustavo Adolfo Otero, segunda edición de 1954, en que aún se discute la tesis etnológica de Nicomedes Antelo, tal se ve en la página 75, en términos que exigen más extensa y serena indagación en la materia.

Nicomedes Antelo falleció en Buenos Aires el 4 de julio de 1883. Recordando al eminente maestro, y en un discurso en su homenaje, Alejo Peyret decía: "Era un sacerdote de la religión del porvenir, un pontífice del libre pensamiento, un heraldo de la humanidad" (13).

Sin duda alguna, Antelo era un humanista en la más amplia acepción de la palabra, no sólo por su vasta erudición en ciencias y letras y la independencia de su espíritu sino por su hondo *humanitarismo social*, que le hizo actuar de periodista militante, en defensa de la justicia y los intereses generales de la causa pública.

Como Ricardo Rojas habla del autor de "Facundo" en su libro: "El Pensamiento Vivo de Sarmiento", 1941, así podemos decir de Nicomedes Antelo:

(13) Discurso pronunciado por el Redactor de "El Libre Pensamiento" en la tumba de Nicomedes Antelo. Por Alejo Peyret.

"Los contemporáneos lo apodaron "el loco" por su gesto patético, por sus ocurrencias chispeantes, por sus ideas de reformador. La crítica póstuma, sin embargo, prefiere otorgarle jerarquía de "genio", por su espíritu de profeta, su influencia de predicador, su empeño por cambiar la historia de un continente".

Así Antelo es un ejemplo para las nuevas generaciones. El supo realzar la humildad de su función docente -"en la escala rudimental de los conocimientos"- exaltándola con originales relieves a la más alta floración de una cultura; la selecta personalidad del pensador. Enseñó además la viva lección de que no hay actividad subalterna cuando se la sirve con profundo amor y sacrificio, como él lo hizo, ganando hoy la gloria de la inmortalidad.

"Sabio a la antigua", como ya dijimos que le llamó José Abel Palacios, con motivo de su muerte, la frase asume indudablemente un sentido de elogio, significando que Antelo ejerció la docencia por la docencia misma, a la manera de la peripatética escuela, todo espontaneidad y romanticismo, platónica y quijotesca, en la actitud de un misionero por muchos conceptos, desde la franciscana austeridad de su pobreza.

Antelo es también un ejemplo para todos los educadores respecto a que no deben limitar su acción a la escuela, y que está en la esencia de su elevado ministerio, extender su influencia hasta la vida ciudadana, en la noble tarea de los reformadores sociales, orientando los destinos de la colectividad. Sólo de esta manera, por otra parte, la escuela puede cumplir con la amplia función social que se le asigna, como claramente lo proclamaba Spencer al recomendar que el maestro "tiene que prestar oído a todas las voces que le transmiten el espíritu de su tiempo, para poder introducir al educando en la gran comunidad del trabajo de sus contemporáneos".

Bien hace, entonces, la Universidad de Santa Cruz, en reeditar la biografía escrita por René Moreno sobre Nicomedes Antelo, y que contiene el "pensamiento vivo" de tan esclarecido maestro acerca de los palpitantes problemas sociales, políticos y culturales de Bolivia, relacionados con la cuestión étnica de las clases indígena y mestiza. Tal esfuerzo de nuestra Univesidad es de positiva importancia patriótica, americanista y científica en general. De este modo coopera también, por otra parte, a una de las iniciativas del Tercer Congreso Indigenista Interamericano, reunido en La Paz del 2 al 13 de agosto de 1954, en cuya Acta final se recomienda "difundir en los países americanos los textos de antropología general y las publicaciones especializadas en asuntos indígenas".

La reedición de la biografía que se menciona, aparece hoy acrecentada en su belleza literaria y su verdad documental, con el hermoso *Prólogo* de Raúl Otero Reiche y las eruditas *Notas* de Hernando Sanabria Fernández, dos consagrados valores intelectuales del Oriente de Bolivia: Otero, delicadísimo poeta que ve las cosas a través de los rosados cristales de su lírica; Sanabria, investigador serio y profundo en la historia, la etnología, la sociología y la bibliografía nacionales.

El llamado "materialismo" de Antelo

De un educador como Antelo, abanderado de la reforma social, por la que tanto trabajó en la escuela, la prensa y la tribuna; sensible y rebelde a toda injusticia; con notorio "desapego de los afanes materiales de la vida"; como expresa René Moreno; que renunció a las actividades lucrativas no obstante su "saber sólido y extenso",

prefiriendo la modesta condición de maestro de primaria, que muestra la delicadeza y generosidad de su ánimo en el amor a los niños, y principalmente a los niños proletarios de los suburbios; de un hombre así, con tal riqueza de valores morales, con una fe acendrada en la cultura y el porvenir de la humanidad, no creemos que se pueda decir, en forma muy segura o absoluta, que "la gravitación del espíritu de Nicomedes Antelo era hacia el desierto polar del materialismo", como rezan las últimas palabras de su biografía en el libro "Bolivia y Argentina".

En nuestro concepto, y sobre la filiación positivista de las ideas de Antelo, pensamos que éstas no eran sino "ecos profundos, datos que él aportaba por sugestión y a requerimiento de las doctrinas modernas" (son expresiones de René Moreno), pero sin obedecer a "una tendencia ingénita de su espíritu", como para llamarlo "orgánicamente escéptico" y "materialista utilitario".

Tal opinión la fundamos en las consideraciones ya expuestas y en las citas documentales que hemos hecho en este trabajo sobre el pensamiento de Antelo, en que inclusive habla de Dios, de su creencia en la misión de la Iglesia y el sacerdote, etc.

Distinto es que Antelo, como maestro y más aún, como *hombre de ciencia*, y en el campo de sus investigaciones propias y específicas, hubiera tomado partido por la doctrina positivista, como una reacción en contra del dogmatismo, la intolerancia y el fanatismo, que dominaban en su época, y principalmente en la instrucción pública.

Por otra parte -y sea dicho aquí para apoyar a este respecto nuestro juicio sobre Antelo- cabe citar que C. E. M. Joad en su libro "Guía de la Filosofía", 1940, explica que "el materialismo es una *predisposición científica* más que una filosofía", por su vaguedad y sus contradicciones; que "los hombres de ciencia -continúa- en cuanto se limitan a afirmar las conclusiones que la ciencia justifica y sólo aquéllas, adoptan *inevitablemente una concepción* materialista; que "deben proceder experimentalmente, como si el materialismo fuese verdadero, por lo menos en el dominio particular de investigación de que se ocupan". Y Francisco Romero (14), expresa también sobre el particular, aludiendo a la *duda metódica* del cartesianismo: "Descartes se finge escéptico antes de confesarse racionalista, para eludir de antemano el escollo".

Además, anota Joad, que no todos los hombres de ciencia llevan la aplicación de sus opiniones materialistas "a esferas tales como la ética, la estética, la psicológica", etc., pues hay doctrinas que excluyen dicha interpretación para estos campos, como son, verbigracia, "las teorías propuestas por varios de los más destacados físicos ingleses durante el último decenio".

Un "materialismo" *constructivo*, realizador de valores morales, con apostólico renunciamiento, como el de Nicomedes Antelo, significa en último análisis, la más rotunda negación de esa doctrina y la afirmación plena del espiritualismo. Es una contradicción, si así puede llamarse, semejante a la citada por Croce, en forma al parecer paradójica: "Yo no conozco más optimismo que un pesimismo activo" (15).

Por último, no es la teoría proclamada, sino la propia acción cumplida, como en el caso de Antelo, lo que caracteriza en definitiva, la filosofía de un hombre en su visión del mundo y de la vida.

De tal modo ese "materialismo", negándose a sí mismo de la obra altruista, importa confesión inequívoca de la realidad y preeminencia del espíritu, como poseedor de una esencia que va más allá de la naturaleza, y trasciende hasta Dios.

Nicomedes Antelo símbolo de su tierra natal

Nicomedes Antelo, hombre de condiciones personales superiores, y que por su natural modestia y noble desprendimiento, no pasó de maestro de escuela en los barrios extremos de Buenos Aires, viene a ser la típica representación de la suerte de un pueblo: Santa Cruz, su tierra natal, recogida en los últimos confines del país, viviendo un *destino* humilde con una *misión* muy alta, por las virtudes de su estirpe, sus ingentes riquezas y posibilidades y su posición geopolítica como centro y eje del equilibrio nacional e internacional.

Innegablemente, la ciudad de Santa Cruz, próxima a cumplir cuatro siglos de su fundación, todavía no sale del colonial marco de la aldea, por motivos que no le son imputables y que están fuera del caso mencionar. Sin embargo, es la depositaria de una raza que colonizó todo el Oriente de Bolivia (16), fundando pueblos en audaces empresas civilizadoras, gracias a la acción de bizarros Adelantados como los Suárez Arana y Vaca Díez; portadora de una inteligencia y una cultura singulares, como es ejemplo Gabriel René Moreno, "príncipe de las letras nacionales"; de una raza, en fin que es símbolo de un patriotismo heroico y abnegado, a la manera de los generales José Miguel Velasco y Germán Busch, y de una tradición profundamente cristiana, resumida en la mística figura del santo misionero y Obispo José Belisario Santistevan, y todo dentro de un estilo de vida, claro y sencillo, como la pura lengua de Cervantes que hablan los pobladores de tan idílica tierra.

Santa Cruz, abriendo surcos luminosos en selvas y desiertos; regando silenciosamente el silabario de los granos fecundos, sin medios económicos, en una zona apta para todos los prodigios de la agricultura y la ganadería; haciendo historia del más estoico bolivianismo en la guerra y en la paz; impulsando talleres, explotaciones, fábricas e ingenios, casi a costa exclusiva y solitaria del esfuerzo de sus hijos, Santa Cruz de la Sierra, bien merece por todo lo dicho, - como Nicomedes Antelo, su más fiel paradigma o prototipo- el título insigne de *maestro de pueblos y escuela de la Patria*>

Santa Cruz, a 18 de abril de 1960.

(16) *En busca de Eldorado. La colonización del Oriente Boliviano por los cruceños; Hernando Sanabria Fernández, Buenos Aires, 1958.*